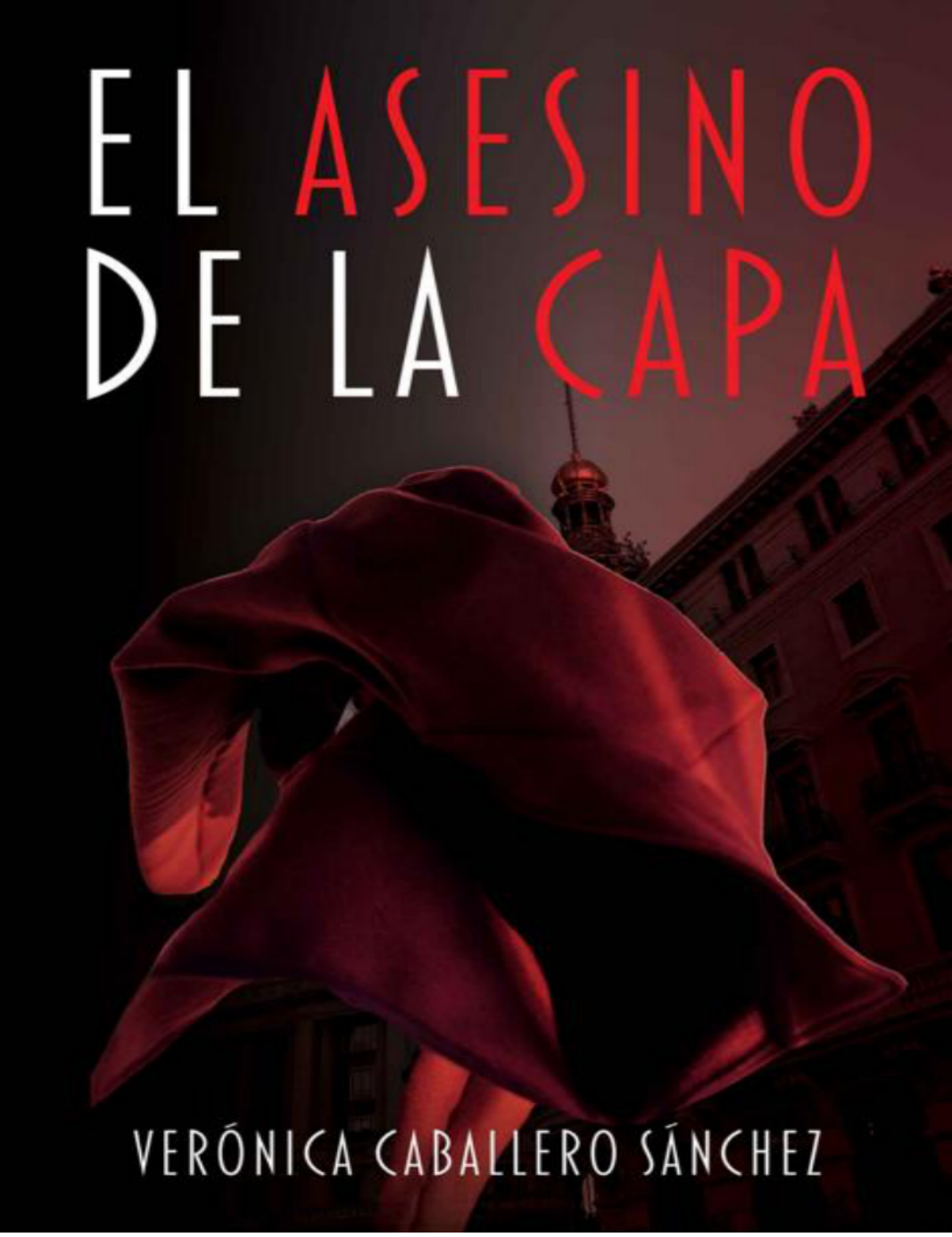
EL ASESINO DE LA CAPA



VERÓNICA CABALLERO SÁNCHEZ

EL ASESINO DE LA CAPA

VERÓNICA CABALLERO SÁNCHEZ

©Verónica Caballero Sánchez
©El asesino de la capa

Corrección: Ana Orgaz

Todos los derechos reservados

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley, y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de la autora.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33

Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52

1. Que se destierre de sus dominios españoles al Marqués de Esquilache y a toda su familia.

2. Que no se haya sino ministros españoles en el Gobierno.

3. Que se extinga la Guardia Valona.

4. Que bajen los precios de los comestibles.

5. Que sean suprimidas las Juntas de Abastos.

6. Que se retiren inmediatamente todas las tropas a sus respectivos cuarteles.

7. Que sea conservado el uso de la capa larga y el sombrero redondo.

8. Que Su Majestad se digne a salir a la vista de todos para que se pueda escuchar por boca suya la palabra de «cumplir» y «satisfacer» las peticiones.

Capítulo 1

A las doce del 31 de diciembre sonó la última campanada del año en el reloj de la Puerta del Sol. Era una noche fría de invierno en la que el gentío rodeaba el centro de España. Personas de todas partes habían ido hasta Madrid para festejar el Año Nuevo. Se escuchaban los gritos y se palpaba la alegría en el aire cuando al comer la última uva del año, y ante la perpleja mirada de los presentes en el kilómetro 0, una persona cayó desde lo alto del reloj. Se produjo un silencio mientras el cuerpo sin vida caía hasta descansar en el suelo. La noche fría y oscura se había adueñado del cielo. Las nubes se agolpaban alrededor de la luna blanca y brillante cuando el cadáver explosionó en un estruendo que dejó atónito a quienes observaban con la mandíbula desencajada. A pesar de lo inusual y la perplejidad de la situación, fueron varias personas las que intentaron acceder de alguna manera al cuerpo sin vida. El frío aumentó de intensidad en la sensación térmica de los cuerpos. El aire soplaba a la misma vez con ráfagas de silencio y murmullos. Algunos individuos apartaron la vista en un acto reflejo al observar la caída, otros se abrazaron, pero la gran mayoría dejó ver gran parte de la esclerótica de sus ojos y se llevó las manos a la boca. Gritos y susurros de incredulidad inundaron el ambiente de la zona centro. Las ganas de fiesta por la llegada del nuevo año se habían convertido en un malestar generalizado. El horror se podía seguir observando minutos después del incidente inesperado y fuera de lugar.

Los policías rodeaban la zona de festejos por seguridad. Era la manera en la que solían proceder para evitar incidentes durante la retrasmisión de los medios de comunicación durante las campanadas. Sin embargo, este año no había sido posible. Varios recordaban lo que había ocurrido y la piel se les volvía a erizar. Enfrente de la Puerta del Sol se había desplegado un dispositivo de la Unidad Intervención Policial (UIP) para evitar más incidentes por culpa de los curiosos. Los agentes, que custodiaban las vallas colocadas alrededor, fueron los primeros en comprobar lo que había caído de las alturas. La imagen del cadáver no daba lugar a dudas. Pero era mejor asegurarse y evitar hacer un revuelo de un muñeco disfrazado. El agente que se acercó el primero rezó a todos los santos que se sabía para que fuera una broma de mal gusto. El compañero pensó: «Imposible. No puede ser real». Un cuerpo caído de lo alto del reloj más famoso de España el día de Nochevieja era demasiado para cualquier psicópata, pero se equivocaron.

—Es un hombre —aclaró el policía que se agachó para verificar

lo que había caído.

—¡No puede ser!

—Míralo tú mismo —dijo con voz angustiada—. Es una persona.

—¡No lo toques! —Se levantó del suelo y rodeó el cuerpo.

—Joder, llama a la central. Deprisa.

El resto de agentes llegaron en unos segundos. Algunos intentaron apaciguar los ánimos de los testigos. Por suerte era el día que destinaban más agentes a un evento. Los inspectores de cada una de las furgonetas de la UIP reaccionaron rápido con el claro objetivo de que la situación no se desbordara. El desconocimiento de lo que había pasado y de la identidad del cuerpo era generalizado. Nadie tocó nada. La gente empezó a escandalizarse y a correr embargada por el terror y el espanto que acababan de presenciar. Muchos pensaron que era una broma de Nochevieja, pero la confirmación de los agentes daría pronto la voz de alarma y el pánico se extendió por los miles de asistentes para realizar el ritual de las uvas.

Los policías organizaron la zona para que estuviera despejada de curiosos que querían obtener información. Las pistas que los compañeros intentarían conseguir podrían estar en cualquier parte. De la misma manera que lo podría estar quien lo había provocado. La prioridad de los agentes era la ciudadanía. En esos momentos no podrían estar seguros de que la presencia de tantísima gente no desembocaría en una situación peor. Comenzaron a desalojar ante la confirmación de los responsables de urgencia del gobierno. La seguridad de las calles era prioritaria para comenzar con la investigación. Los agentes de homicidios no tardarían en llegar a la escena donde descansaba el cuerpo sin vida.

Capítulo 2

Eloy era el inspector del departamento de homicidios. Estaba celebrando el Año Nuevo con su mujer cuando recibió la llamada. Se alegró por no tener que estar más tiempo en aquella situación absurda en que se había convertido su vida. Así que descolgó pronto el teléfono. Se regañó por pensar de aquella manera, pero era inevitable. Trabajaba largas horas para evitar llegar a casa y estar con ella. No soportaba la espiral de depresión en la que había caído y la manera inconsciente en la que se arrastraba él mismo. Tenía el móvil al lado de la copa de vino cuando observó que la llamada era de la central. Apenas habían pasado quince minutos de la media noche. Miró a su mujer, que por los efectos de la medicación no le dio la importancia que merecía a la llamada. Entrecerró los ojos y descolgó. «¿Qué puede ser tan urgente para llamar a esta hora? ¿Un asesinato? Imposible».

—¿Sí? —contestó dubitativo ante la mirada sin vida de su mujer.

—Jefe, ha aparecido un hombre muerto en la Puerta del Sol. ¿No ha visto la televisión?

—No. ¿Qué ha pasado?

—Enciéndala —dijo apesadumbrado—. Un hombre ha caído desde lo alto del reloj en la última campanada. Están todos los periodistas grabando y dando noticias de última hora. Ha sido en directo —se excusó el agente.

—Ahora mismo voy para allá. —Colgó.

Se echó el pelo hacia atrás en un movimiento que repetía cuando se encontraba presa de los nervios. Cada uno de los poros de su piel comenzó a sudar. Notaba el bombeo debajo de la camisa de cuadros azul que llevaba puesta y cómo el pulso aumentaba por segundos. Era agente de homicidios, pero nunca se acostumbraba a las llamadas de víctimas halladas muertas. El corazón se le encogía en un puño. Aquel era un día especial para cualquiera. El comienzo de un año lleno de esperanzas y oportunidades para todos. Sabía que la familia sentiría un dolor espantoso al conocer la noticia, de esas que odiaba dar, pero formaba parte de su trabajo. Suspiró de impotencia.

Se levantó deprisa de la silla con la mirada puesta en el mantel rojo de flores de Pascua y las copas de celebraciones que sacaba su mujer en ocasiones contadas. Cogió el mando y encendió el televisor. A medida que veía la noticia, sus manos se colocaron en un acto reflejo sobre su boca. Ahí estaba la noticia que sin duda marcaría el

transcurso del año. Un hombre se había tirado o le habían asesinado, estaba por descubrir. Su mujer, Sonia, le miraba desde el umbral de la puerta. Estaba como ida, igual que todas las noches. Eloy sabía que no tenía solución, que no había nada que hacer. Llevaba años intentando que saliera de la depresión desde que murió su único hijo, pero no obtuvo ningún resultado. Sonia no tenía familia, así que después de tantos años de matrimonio, aunque no existiera cariño ni amor, sintió que tenía la responsabilidad de hacerse cargo de ella. Sin embargo, no era consciente de que también se hundía a sí mismo. Ver día tras día cómo su estado era cada vez más deplorable, recordar tiempos pasados y la felicidad con la que habían vivido, le hacía todavía más daño.

—Tengo que irme. No me esperes despierta. —Le dio un beso en la frente.

Cogió el abrigo negro del perchero de la entrada, pero antes miró cómo su mujer se arrastraba con su amiga inseparable, tristeza, hasta el sofá. Agitó la cabeza y se secó una lágrima antes de salir de casa. No encontraba explicación a la situación a la que habían llegado.

Cerró la puerta y se levantó las solapas del abrigo. Eloy siempre tenía frío, razón por la que era fiel a las bufandas en invierno. Rodeó las solapas con la gruesa bufanda. Creía que era una técnica infalible para que no entrara el frío en su cuerpo. Vivía en un chalet. Lo compraron hacía muchos años cuando se casaron. Esperaban llenarlo de niños correteando por las habitaciones. Aunque eso nunca pasó. Solo tuvieron al pequeño Lucas.

Se montó en el coche, que solía aparcar por pereza enfrente de la puerta. Era raro que lo dejara en el garaje del chalet. Después de una racha con la puerta rota, se acostumbró a dejarlo en la calle. Encendió la calefacción mientras echaba una rápida mirada a la calle silenciosa y vacía. Normalmente hacía un frío endemoniado en diciembre, pero esa noche lo era especialmente. Se frotó las manos una y otra vez para entrar en calor. Todavía destemplado, se echó aliento mientras continuaba frotándolas por las prisas de llegar lo antes posible a la escena del presunto crimen. La experiencia de Eloy le hizo intuir que no era un suicidio. Miró su aspecto físico por los retrovisores. «Eres la sombra de quien un día fue Eloy». Sonrió sin pensar. Agitó la cabeza lentamente con una de las cejas levantada.

Alberto le llamó antes de que encendiera el motor. Era su compañero desde hacía muchos años. Tenía una pequeña cojera desde el accidente de moto que tuvo cuando era joven. Ahora estaba cerca de los sesenta años, pero se negaba a reconocer que no era el mismo y que los tiempos habían cambiado. Seguía teniendo las mismas

costumbres e iba en moto cuando la meteorología se lo permitía. Hoy no era uno de esos días, así que llegaría en coche.

Eloy descolgó. «Estará de camino».

—Ya lo sabes, ¿no?

—Sí, estoy llegando, pero están todos los accesos cortados, así que espero que no se te haya olvidado la placa, porque vas a tener que sacarla cada dos segundos —advirtió Alberto.

—Tranquilo, la llevo conmigo. ¿Qué te han dicho?

—Decirme, no mucho. No hacía falta, lo he visto en directo con las campanadas. Supongo que no estabas viendo la televisión cuando ha pasado, ¿no?

Conocía de sobra las costumbres de su amigo y compañero. Seguir los rituales festivos no era su fuerte. Después de la muerte de su hijo, nunca volvieron a ser el matrimonio feliz que fueron. Estar con ellos era deprimente. Se respiraba tal aura de tristeza que salías de la casa con una gran depresión de suvenir.

—Ya sabes que no —respondió Eloy de camino a la escena del crimen.

—Te adelanto que el hombre llevaba una capa y un sombrero atado a la cabeza. Supongo que sería para que no se perdiera cuando le tiraran de lo alto del reloj.

—¿Una capa y un sombrero?

—Sí. —Encogió los hombros inconscientemente.

—Crees que ha sido un asesinato.

—No he visto el cadáver, pero creo que tiene toda la pinta de ser así.

—Ahora tendremos que evaluar la escena.

—Bueno, ahora nos vemos. Tengo que pasar por el décimo control de la Policía —concluyó enfadado Alberto.

—De acuerdo. —Colgó el móvil.

Sabía que esa noche sería larga. No era la Nochevieja que había esperado. Le entristecía que fuera más divertida que su plan inicial. Su mujer ya se habría tomado más pastillas y estaría dormida en el sofá con la televisión encendida. Su vida había sido una tragedia en todos los sentidos, pero había que seguir hacia delante y su trabajo era lo único que le hacía seguir en este mundo que tan poco agradecido había sido con él.

Capítulo 3

Después de multitud de controles, los policías de homicidios llegaron a la escena del crimen. La zona de la Puerta del Sol y sus aledaños estaban despejadas gracias a la labor de los agentes. Era obvio que quien le había empujado desde lo alto se había camuflado entre la gente. Se trataba de la noche con más personas por metro cuadrado, era una misión imposible dar con el individuo que había hecho algo así.

Eloy estuvo rodeando el cadáver y observando cada uno de los detalles. Alberto hizo lo mismo. La científica no tardó en llegar. Fue en ese momento cuando Eloy cogió uno de los guantes de los compañeros y dio la vuelta al hombre muerto. Miró a los policías que se encontraban cerca de él al instante. Tenía un color extraño. Estaba vestido de época, con capa larga, sombrero redondo y un papel pegado en las ropas con el nombre de «Squillace».

—No entiendo nada —balbuceó Alberto.

—Yo tampoco. ¿Qué quiere decir «Squillace»? —dijo Eloy sacando su móvil.

Alberto se colocó a su lado para comprobar la búsqueda de su amigo en internet. Lo leyeron y se devolvieron las miradas.

—Es una región de Italia. ¿Qué querrá decir? —dijo Alberto pensativo.

—No tengo ni idea, pero me temo que un hombre muerto vestido así, con un cartel y en la Puerta del Sol tiene un significado.

—Estoy de acuerdo, pero ¿cuál?

—Creo que este asesinato nos va a llevar más tiempo de lo normal. Es un crimen con un significado y el asesino quiere que averigüemos cuál es. —Comenzó a andar a su alrededor.

Alberto y Eloy revisaron la zona donde el cadáver descansaba, a pesar de que sabían que no habría ninguna pista delante de sus ojos. La científica comenzó a hacer fotos y a recopilar pruebas para intentar esclarecer lo que había ocurrido. Uno de los agentes se acercó a ellos.

—Todavía tenemos trabajo por delante, pero creemos que ha sido ahorcado. Tiene marcas en el cuello que parecen de una cuerda o una soga.

—Está bien. Antes de tomar una línea de investigación esperaremos las causas de la muerte.

—De acuerdo —respondió el agente y se retiró.

—¿Por eso tenía color azul? —dijo Alberto, pensativo, en un susurro.

—Exacto. Asfixia.

—Vamos. Entremos. Puede que el asesino que ha montado esta yincana haya cometido un fallo y nos haya regalado una pista de los pasos que ha realizado.

Los agentes entraron en el antiguo edificio de correos. Eloy juntó las manos por la espalda mientras caminaba sin dejar de observar su alrededor. Las personas que habían revisado el reloj para que el más mínimo detalle estuviera controlado esa noche estaban esperando la llegada de los agentes. El reloj de la Puerta del Sol era tan antiguo que se había conservado su mecanismo basado en las pesas. Todos los años se hacía una puesta a punto para que no hubiera ningún fallo. La última noche del año debía ser perfecta y ello dependía de la eficacia del reloj que la población española contemplaba esa noche. Al abrir la gran puerta se oyó un pequeño chirrido. Alberto se paró en seco.

—Esto no me da buenas vibraciones —susurró.

—Venga, no me seas niño. ¿Vas a empezar con las leyendas?

—¿Qué leyendas? —preguntó Alberto con el ceño fruncido.

—Ya sabes qué leyendas.

—Pues no, no lo sé —contestó cuando dio un respingo al sentir una mano por detrás—. ¡Joder!, ¡qué susto! —exclamó con la mano en el corazón.

—Perdona. Somos los relojeros. Nos han dicho que estarían aquí y hemos venido.

—Gracias por venir. Perdonad a mi compañero, se ha dejado llevar por los ruidos. —Sonrió Eloy.

—Suele pasar —continuó hablando—. Lo siento mucho pero no hemos visto nada extraño o que nos haya llamado la atención. Nosotros solamente vinimos a hacer la puesta a punto de las pesas y poco más. No tenemos ni remota idea de cómo alguien ha podido meter aquí a una persona y tirarla al vacío. —Levantó los hombros en señal de disculpa.

—Está bien. Dejen sus datos a los agentes por si volvemos a necesitar tu ayuda. Si recuerdan algo, no duden en contactar con nosotros. —Extendió la mano y se despidió de ambos. Alberto imitó el

gesto.

Eloy se dio la vuelta y comenzó a observar la decoración y la arquitectura del edificio.

—Esto es precioso. ¿Estaría antes así también?

—Ni idea, pero tienes que reconocer que de noche da mal rollo.

—¿Tú crees que a mí no me lo parece?

—A mí sí.

—Vamos, tendremos que ir arriba, desde donde han tirado el cuerpo.

Ambos comenzaron a andar sin perder detalle sobre el edificio. Tanto Eloy como Alberto tenían una gran capacidad fotográfica de las circunstancias. Solían recordar detalles que una persona normal no retendría en su memoria. Era su gran piedra angular. Sin esa capacidad no podrían haber resuelto la multitud de casos que llevaban a sus espaldas.

Alberto comenzó a subir las escaleras con su característica cojera mientras Eloy se adelantaba mirando de izquierda a derecha, esperando a su amigo. Le gustaba la compañía de Alberto. Desde el primer momento en que se conocieron se llevaron de maravilla. Eloy sabía que Alberto odiaba que le esperaran por la cojera o le trataran diferente. Para evitar que se sintiera incómodo al esperarle por la casuística del terreno en que se encontraban, tomó la determinación de observar la escena con varias paradas. Las escaleras que daban acceso al reloj se asemejaban a la de obras provisionales, lo que se traducía en un alto porcentaje de inestabilidad. A medida que subían eran más estrechas. Eloy dio un último vistazo a su amigo mientras ascendía los escalones con precaución de dar un traspié. Anduvieron el trayecto con especial lentitud con el objetivo añadido de guardar en sus mentes la mayor cantidad de detalles posibles.

Capítulo 4

Llegaron a la zona donde reposaban las campanas. El aire frío chocó con el rostro compungido de los agentes. Eloy se colocó el pelo con las ráfagas de aire que movían al viento los mechones. Alberto observó su alrededor desde la altura del edificio. Había unos grados de diferencia con la zona de la calle. Las miradas analíticas hicieron su función observando las vistas y descartando el acceso al edificio desde alguno de los tejados colindantes. Debido al asesinato se encontraban en un enclave privilegiado que pocas personas habían tenido la oportunidad de visitar. Se pusieron los guantes de plástico blanco para no contaminar la escena del crimen. Alberto carraspeó nervioso mientras se movía por los escasos metros cuadrados. Había llegado el ansiado momento de buscar respuestas con los posibles hallazgos que encontraran. Con sumo cuidado analizaron y observaron su alrededor. Eloy se asomó por el borde de la piedra con un nudo en el estómago. La idea de que un cuerpo sin vida hubiera sido arrojado por el lugar donde en ese momento se encontraba asomado inundó su mente en un sentimiento de lástima por la víctima. ¿Quién era? ¿Por qué habría terminado de aquella manera tan estrambótica?

Alberto solía buscar en las zonas más altas, ya que le costaba agacharse por la falta de apoyo en las piernas. Se solían repartir el trabajo de inspección de aquella forma sin cuestionarlo. Eloy examinaba la parte de abajo buscando sangre, huellas o quizá algún mensaje del perturbado que había cometido el crimen. Alberto movió la campana, sin querer, y le dio un golpe a Eloy, que estaba de cuchillas examinando la zona concienzudamente. El hierro chocó con la cabeza de Eloy, el cual reaccionó tocándosela y estallando con un improperio a su compañero, que se llevó las manos a la boca para sofocar la risa del zumbido. Una sorpresa cayó del interior de la campana.

—Mira, un papel, cógelo. —Observó Alberto.

—¿Qué es esto? —dijo mientras desdoblaba la cuartilla de papel color manila.

—Es una poesía —concluyó Alberto, que miraba por encima del hombro de su compañero.

—Nos quiere decir algo, pero ¿el qué? —Eloy volvió a leer el papel de nuevo mientras se rascaba la barbilla. Alberto hizo lo mismo.

Pasaron unos minutos y ninguno de los dos llegó a una conclusión.

—No entiendo nada, Eloy, ¿y tú?

Negó con la cabeza. Tenían un hombre ahorcado, vestido con capa y sombrero, un cartel de un pueblo de Italia y ahora una poesía que aparentemente no tenía sentido.

—El asesino ha puesto aquí el papel para que lo encontremos, y obviamente quiere decir algo, así que vamos a leerlo de nuevo, más despacio. Tenemos que encontrar la pista que nos ayudará a resolver este caso.

—De acuerdo. Empieza cuando quieras. —Alberto se sacó del bolsillo una bolsa de pruebas. Solía coger algunas a la científica antes de inspeccionar la escena del crimen.

Eloy la metió dentro antes de leerla. Guardó el papel de tal manera que quedara abierto para continuar analizando cada una de esas palabras. El papel utilizado era envejecido, lo cual les dio a los agentes una pista para pensar que el motivo del asesinato no era actual. Deberían comprobarlo. Alberto colocó una vez más la prueba y comenzó a leerla despacio y en voz alta. Eloy escuchó atentamente la voz de su amigo mientras contemplaba la fría noche de diciembre, que estaba seguro que no volvería olvidar en ninguna Nochevieja a lo largo de su vida.

Tras manchar el giro esperando al monte,
oprimir la vestimenta equivalente,
de hombre que tiene la Osa Mayor en su frente,
os hubiese mirado de repente.
Pocas esquinas en vías del pendiente,
acuchillaba la última serpiente,
recibes entornadas las horas de tu frente,
ahí la gente sufre gravemente.
Encabezar naturalidad dominante,
la brisa hacía un motín discordante,
poco líder separado del puesto sobresaliente,
uno con su cara de farsante.
El plan de la maldición por el pariente,
bajo el yugo sofocante,
lejos de sostener el pleno para la pendiente,
otro defensa escrita en parte por talante.
Propio es del farsante,
encantar patrimonio subyacente,
residir coalición independiente,
oscurecer al perteneciente.
Sendas alteradas por nueva corriente,
incluido al Rey reciente,
ni sé bien si soy yo quien en mí siente,
el odio comienza cuando una persona ya no siente.

—Es bonita, pero sigo igual que al principio, la verdad. —

Resopló Alberto, que comenzó a andar en círculo.

—Tendremos que darle otra vuelta a la poesía cuando terminemos aquí.

—Sí, estoy seguro de que ahí —Señaló varias veces el papel— nos ha dejado el psicópata oculta otra pista. ¿Crees que va a ver más asesinatos?

—Espero que no… —Comenzó a andar para salir de allí.

Debían empezar a buscar más pistas. La científica tenía que hacer su trabajo. Los informes les darían más información para continuar con la búsqueda del asesino. Lo primero era averiguar quién era la víctima.

Andaban en silencio. Era de madrugada y no se escuchaba ruido en el interior del edificio. Alberto andaba al lado de Eloy con las manos dentro de los bolsillos. Cerca de la puerta de salida se acordó de la conversación que se había quedado a medias con Eloy. «Una leyenda del edificio».

—Antes me has hablado de la leyenda acerca de este edificio. ¿Cuál es esa leyenda tan famosa? Yo nunca he oído nada acerca del antiguo edificio de correos.

Eloy se detuvo. Miró a los ojos a su compañero y se abrochó la cremallera del abrigo, preparándose para el frío que les esperaría en la calle.

—Olvídalo. Es una tontería de espíritus. Folclore madrileño —argumentó acompañando sus palabras con un gesto de su mano derecha.

—No, cuéntala, puede que sea importante. —Le agarró del brazo para que no continuara andando.

—Como quieras, pero no creo que tenga nada que ver.

—Vale, pero desembucha —insistió.

—La historia es de cuando se construyó el edificio. Los planos para la construcción fueron encargados al arquitecto Ventura Rodríguez, te suena, ¿no?

—Por supuesto, tiene un nombre y una parada de metro, ¡cómo no me va a sonar!

—Pues bien, era el arquitecto del rey. Al morir el monarca, su sucesor, Carlos III, vino a España con su Corte Real de Italia. Llevaba varios años siendo rey allí, así que sustituyó a nuestro arquitecto español por uno italiano.

—Continúa —dijo Alberto, intrigado por saber el final.

—Finalmente, el arquitecto italiano hizo otros planos y comenzó la obra. Las personas que trabajaban aquí durante la construcción decían que oían voces por la sustitución de Ventura, alguno murió por imprudencias o por el mismo Lucifer, según ellos.

Así que la historia es que nadie quería trabajar en la obra hasta tal punto que tuvieron que llamar a un cura para que hiciera el exorcismo del espíritu. Dicen que los espíritus de los obreros muertos siguen vagando por el edificio —concluyó—. Por eso cuando entramos y me comentaste que te daba mal rollo, me acordé. No hay más —susurró.

—Un momento, ¿llamaron a un cura?

—Sí, de hecho le pusieron hasta en nómina para que todos los días bendijera a los obreros. Así que parece que no era ninguna tontería, o al menos para los trabajadores que hicieron la construcción. —Señaló el interior del edificio haciendo un círculo.

—Puede que no sea una tontería, ni antes ni ahora.

—¿Qué quieres decir?

—Fue durante el reinado de Carlos III, ¿no?

—Sí, eso es. ¿La estatua?

—¿Crees que tendrá relación? Vamos a comprobarlo ahora mismo y salimos de dudas. —Comenzó a andar rápido.

Los agentes salieron con la firme idea de que en la estatua de Carlos III, delante de la Puerta del Sol, les aguardaría una sorpresa, si esa leyenda tenía relación con el asesinato. Cruzaron la calle y observaron al antiguo rey montado en el caballo. Era conocido como «El mejor alcalde de Madrid».

Alberto miraba los alrededores de la piedra que sostenía al monarca montado en jinete. Nada. Parecía que se encontraba como siempre. «La leyenda no es la unión».

—Puede que tengas razón y la leyenda sí sea la unión, pero que no esté aquí —dijo Eloy.

—Yo había desechado mi delirio. —Suspiró.

—Creo que mientras esperamos los informes y pruebas concluyentes, deberíamos estudiar todas las hipótesis que encontremos, ¿no crees?

—Está bien —respondió rascándose la cabeza.

—Ya es tarde. Deberíamos terminar por hoy y volver mañana con más fuerzas.

—Tienes razón. Mañana nos vemos en comisaría. —Asintió con la cabeza.

Alberto sabía que Eloy no quería ir a casa. Allí perdía la felicidad que algún día tuvo. Estaba muerto en vida. Su vivacidad y alegría desaparecían nada más cruzar el umbral de aquella puerta, lo había visto con sus propios ojos. El matrimonio de Eloy nunca volvió a ser el mismo. Su mujer entendería el gesto que en unos instantes llevaría a la acción.

—Ey, ya que estamos aquí, ¿nos tomamos una? Como cuando

éramos jóvenes. —Le guiñó el ojo a su compañero para que no interpretara su gesto como compasión. Eloy odiaba dar pena a los demás.

—No, tranquilo, seguro que Sonia me está esperando —mintió.

Alberto sabía que no era cierto. Le conocía demasiado para saber cuándo mentía. Sin embargo, entendió que no era la mejor noche para él. A veces la soledad es necesaria y fundamental para continuar con la vida. Asumir las situaciones y llenarse de fuerza es importante para seguir día tras día con más pena que alegría.

—Está bien. Mañana nos vemos. Bueno, mejor dicho, en un rato.

Capítulo 5

Eloy se montó en el coche y encendió la radio. Estaba convencido de que aquel acontecimiento había conmocionado a la población. Se había retrasmitido en vivo y en directo. Los periodistas ya estarían haciendo de las suyas, habrían soltado bombas de información a diestro y siniestro. La mayoría, mentiras sensacionalistas que a la gente le encantaba oír y, alguna, quizá, verdad. Buscó en varias sintonías hasta encontrar a locutores de radio que comentaban la noticia. «La tontería no tiene límites». La mayoría de la gente hablaba porque era gratis, no porque supieran lo que decían. La falacia y la mentira son la enfermedad de la sociedad actual. Da igual si de lo que se habla es verdad, lo único que importa es tener oyentes y que se siga manteniendo la noticia viva. Agitó la cabeza a ambos lados, todavía no se creía lo incrédula y manejable que era la sociedad en pleno siglo XXI. «Necesito paz mental». Arrancó el coche y pensó que tomaría una copa, aunque fuera solo en el salón de su casa, pero rápido cambió de opinión. Recordó un lugar de copas al que solía ir alguna vez con sus compañeros en otros tiempos. Además, no estaba lejos del centro. Puso rumbo al barrio de Salamanca. Era el mejor barrio de Madrid. Allí las malas noticias no hacían mella. Los habitantes del barrio más rico pasaban por alto cualquier problema de a pie, lo que les preocupaba eran otro tipo de conflictos. Siempre se había sentido un farsante al caminar por ese barrio. «Soy un quiero y no puedo», se decía así mismo.

Al conducir por las calles a altas horas de la madrugada se notaba que era un día festivo. Pero lo ocurrido había dejado grandes bandadas de gente asustada que prefirió festejar el día en la intimidad de su hogar. En el caso de Eloy, su casa era un cúmulo de recuerdos amargos. Sabía que, si no fuera por la enfermedad de su mujer, la habría dejado hace años. Ahora ya era tarde y se sentiría culpable si la dejaba sola después de lo que había ocurrido. Vivía una vida de resignación que no desearía ni a su peor enemigo.

El semáforo se puso en rojo. Bajó la ventanilla, apoyó el antebrazo en la puerta y respiró profundamente. Necesitaba el aire que absorbían sus pulmones, le relajaba y ayudaba a pensar al mismo tiempo. Cuando la luz se puso en color verde, reanudó su marcha hasta el parking más cercano al bar que tenía en mente. No dejaba de observar con todo lujo de detalles a las personas felices que paseaban por las calles. Las muestras de amor y cariño de las parejas le hacían transportarse a los tiempos felices de su pasado. La añoranza por la vida que pudo haber sido y por las decisiones del destino que no

fueron ni serían nunca. Después de aparcar, se puso el abrigo y metió las manos lentamente en los bolsillos. Fue cuando reaccionó al tacto de la poesía que tenía en ellos. La punta de sus dedos fríos sintió el tacto del anodino plástico de la bolsa transparente. Con las prisas de correr a la estatua de Carlos III se le olvidó dársela a los compañeros de la científica. Lo haría al día siguiente. Tenían material de sobra para trabajar esa noche. Deseaba que, de la recopilación de pruebas, hubiera una pista en firme por donde empezar la investigación. Los años de experiencia en homicidios le habían enseñado que tenía que ser paciente. Sin embargo, era complicado tener un asesino suelto por Madrid y no ponerse nervioso. Sacó el papel y lo leyó una vez más. Esta vez lo haría con todos sus sentidos e intentando leer más allá de lo que las palabras expresaban. La casualidad no existía y el papel que había dejado en la azotea tenía un significado para quien lo colocó. Con unos dedos firmes sujetó el papel con ambas manos y suspiró profundamente antes de comenzar la lectura. Después de haberse despejado por el camino, podía ser que lo comprendiera de otra manera. Tuvo un momento de optimismo, pero al terminar de leer volvió a la realidad. No entendía nada de lo que el asesino le quería decir. Tenía qué significar algo, pero ¿el qué? Se repitió la pregunta varias veces sin encontrar una respuesta convincente. «Piensa, Eloy. Piensa».

Las hipótesis sobre el significado de las palabras del asesino se vieron interrumpidas por la vibración del móvil, guardó la prueba y sacó el teléfono de uno de los bolsillos. Era Soledad, su otra compañera. Era más joven que ellos y tenían grandes esperanzas puestas en ella. Deseaban que aprendiera todo lo que ellos sabían para que fuera la sustituta por derecho. Tendría alrededor de unos cuarenta años. Era alta, delgada y con ojos tan vivos y felices que con tan solo mirarla por las mañanas te llenaba de energía positiva. Alberto la llamaba «La pila recargada», ya que siempre estaba dispuesta a cualquier situación y jamás se enfadaba. Dicha cualidad era envidiada por cualquiera, ya que era imposible quitarle la sonrisa del rostro. Ante la adversidad se volvía más optimista.

—Hola, Sole, ¿ya te has enterado?

—Sí, lo he visto por la tele. Pero ya sabes que estaba en Toledo con mis padres. Estoy llegando al centro, ¿todavía estáis ahí?

—No, ya nos hemos ido. Vete para casa, en un rato nos veremos —contestó abatido por el sueño y sus constantes pensamientos.

—De eso nada. ¿Dónde estás?

—Estoy en la calle. ¿Recuerdas donde te trajimos el primer día

que te incorporaste a trabajar?

—¡Cómo olvidarlo! —Soltó una carcajada.

—Eso digo yo. ¡Cómo olvidarlo! —repitió.

—Allá que voy. Espérame en la puerta. No entres, que no me gusta pasar sola. —Colgó.

Eloy era un canoso atractivo que no dejaba de atraer las miradas de las mujeres. Él lo sabía. Sin embargo, nunca le había gustado ser el centro de atención. Las miradas de ese tipo le ponían nervioso y a la vez le hacían sentirse bien consigo mismo. Metió una de las manos en el interior del abrigo y cogió el paquete de tabaco. Sacó un cigarro y lo encendió apoyado en una de las mesas que el bar tenía fuera para los fumadores. En pocos minutos aparecería Soledad por la calle. Estaba convencido de que no tardaría en llegar, ya que era la peor conductora que había conocido. El juego de «El salto al semáforo», como lo llamaba ella, era su preferido. Además, se orientaba de maravilla, solo necesitaba pasar por una calle una vez para recordarla toda su vida.

Llevaba una sonrisa en la cara cuando se cruzó con la mirada perdida de Eloy.

—¡Feliz año, compañero! —Le dio un abrazo.

—Igualmente —respondió con tono seco.

—Vaya, veo que empezamos el año con el mismo humor de siempre.

Eloy asintió. Era verdad.

—Sí, eso parece. —Forzó una sonrisa.

—Vamos dentro y me cuentas qué habéis descubierto. Siento no haber llegado a tiempo, me ha sido imposible.

—Tranquila, te cuento ahora mismo. No tenemos tampoco mucha información hasta que no lleguen los informes. Ya sabes cómo va esto.

Tiró el cigarro y abrió la puerta del bar. Invitó con la mano a Soledad para que pasara delante de él. Ella entendió la invitación y, con un gesto de agradecimiento, cruzó el umbral para acceder a su interior. El local estaba inundado de luz cálida alrededor de la barra y del propio suelo. En el fondo había un reservado que estaba repleto de gente. Soledad fue en dirección a una de las mesas que se encontraba decorada por varios sillones y botellas con refrescos junto a una cubitera. Llegaron a la altura de los sillones y una figura que se

encontraba en la penumbra se levantó para saludar con un gran abrazo de Año Nuevo. Era Alberto. Eloy sonrió como hacía mucho tiempo que no lo hacía.

—¿Me estás siguiendo?

—Para nada, sabía que vendrías aquí. Ya son muchos años juntos, eres transparente para mí —dijo en tono burlón.

—Eso es verdad. Gracias —susurró.

Sabía que necesitaba compañía y la tendría. A Eloy no le gustaba mostrar sus sentimientos. Sin embargo, Alberto sabía cuándo lo necesitaba, y aquel era uno de esos días. Se sentaron en los sillones que estaban alejados entre sí, Eloy acercó uno de ellos para que pudieran hablar sin alzar la voz en exceso. Alberto agarró la botella de alcohol y preparó las bebidas para sus compañeros. Antes de sentarse dio un largo sorbo ante la mirada atenta de los demás. Ninguno dijo nada, conocían la vida de Eloy. Aunque no en profundidad. Brindaron y se sentaron para comenzar con la conversación que tenían pendiente. Le contaron a Soledad lo que habían visto y le enseñaron la nota que encontraron. Era un ambiente distendido en el que, a pesar de no estar en horas de trabajo, no podrían dejar de hacerlo. Los tres habían elegido una profesión que les llenaba y que era vocacional, lo que provocaba que, a pesar de no estar en horas laborales, el rumbo de la conversación desembocara en el caso que tuvieran entre manos en ese momento. La música estaba alta, pero les permitía poder hablar sin que nadie los escuchara. Incluso agradecieron aquel volumen, ya que les confería cierta privacidad. Los sillones estaban a pocos centímetros unos de otros, y la zona del reservado les daba la libertad y la intimidad para hablar del tema sin parar. Resolver un caso y barajar opciones de los acontecimientos ocurridos para llegar a tener una víctima les volvía más dicharacheros que cuando la conversación era sobre un tema personal. Eloy agradecía que sus compañeros respetaran su vida personal y no hicieran preguntas que no quería responder. Soledad, después de escuchar la narración de los acontecimientos con el ceño fruncido y con multitud de gestos, comenzó a hablar sobre sus primeras impresiones. Tenían la costumbre de reunirse cuando les asignaban un caso para hacer una *lluvia de ideas* de los motivos del crimen y la elección de la víctima.

—Yo estoy convencida de que tiene alguna relación con el edificio y la historia de Ventura Rodríguez.

—Puede ser, pero ¿qué quiere decir el letrero «Squillace»? ¿Qué tiene que ver en todo esto? —añadió Alberto.

—Bueno, chicos, es bastante obvio, la verdad. Si, como ha

dicho Eloy, el arquitecto que le sustituyó era italiano y es una localidad italiana…

—De acuerdo, sí, Italia. Pero con el asesinato, ¿el qué?

—Tenemos que dar un par de vueltas al tema. Quizá si supiéramos la nacionalidad de la víctima podríamos buscar sin dar tantos palos de ciego. Aun así, que tiene que ver con Italia, está confirmado. —Soledad se acomodó en el asiento y dio un sorbo a su copa.

El teléfono de Alberto comenzó a sonar. Era de comisaría. Salió lo más rápido que la cojera le permitía para salir del local y poder hablar. La hora de la llamada reflejaba que era importante y que tenía que ver con el caso. Eloy y Soledad continuaron la conversación mientras observaban a Alberto salir raudo dando empujones a las personas que estaban poseídas por la fiesta y el alcohol a lo largo de su trayecto.

—Aparte de la poesía tenemos que entender por qué el asesino se ha tomado la molestia de vestirle con la capa y el sombrero. No soy ningún especialista en el tema, pero creo que será como se vestían en la época que ocurrió el suceso, ¿no? —argumentó Eloy pensativo.

Los teléfonos de los dos empezaron a sonar a la vez. Cruzaron las miradas. «Malas noticias». Cogieron los abrigos lo más rápido posible y salieron del bar siguiendo los pasos que pocos segundos antes había recorrido Alberto. Lo buscaron rápido con la mirada cuando llegaron a la calle. El frío de la noche les hizo despertar del letargo que les había conferido la calefacción del local. Eloy sintió un escalofrío que le hizo espabilarse como si se acabara de tomar un café bien cargado. Soledad le dio el abrigo a Alberto, que con las prisas no se molestó en coger mientras descolgaba el móvil. Sostuvo el teléfono con el cuello y la cabeza para ponerse el abrigo, colocarse el bolso y bajarse el vestido. Eloy la miraba y agitaba la cabeza. Soledad no solía vestir con ese tipo de atuendo, pero al ser un día especial, y con las prisas de llegar a la escena del crimen, no tuvo tiempo de cambiarse. El vestido de lentejuelas rojo hacía que se la viera a varios metros de distancia. Además de que llamaba la atención por sus rasgos morenos y el vestido rojo, el contraste con el pelo negro hacía que las miradas se detuvieran en ella. Colgaron los teléfonos después de escuchar las nuevas noticias. Por norma general, si llamaban a los tres a la misma vez solo podían significar dos cosas: que eran malas noticias y que era urgente. No se molestaron ni en contrastar las conversaciones que acababan de mantener, sabían que eran las mismas, pero cambiando los interlocutores.

—¿Ahora qué? —dijo Soledad.

—No sé. Creo que debemos dormir un rato para empezar mañana la investigación. La científica está trabajando ahora. Si comenzamos sin tener todo, es perder el tiempo —propuso Alberto.

—Sí, tienes razón. —Eloy estaba distraído.

—¿Qué pasa?

—¿Un enfermo mental? ¿La víctima es un enfermo mental? —repitió en alto para comprender lo que ocurría.

Soledad asintió en silencio. El asesinato tenía matices extraños desde el principio. Ya era raro que fuera disfrazado, pero que fuera un enfermo mental les había desubicado completamente.

—Pero ¿vivía con su familia o estaba interno? —preguntó Alberto.

—Ni idea. A mí tampoco me han dicho nada. Solo el nombre y que era un enfermo con esquizofrenia paranoide —aclaró Soledad.

—Supongo que mañana tendremos la recopilación de todo lo que hayan podido sacar. Hay que hablar con la familia. Pero ahora mismo, Alberto tiene razón, hay que descansar. Algo me dice que este caso no va a ser fácil. —Suspiró y miró el cielo estrellado.

—Está bien. Venga, nos vemos en un rato, chicos. Me voy a descansar. —Soledad se despidió con la mano e inició el camino a su casa.

En unas horas debían estar en comisaría con las pilas cargadas. No dormirían demasiado pensando en lo que había ocurrido, pero, aun así, debían intentarlo al menos. Soledad fue quien tomó la iniciativa de marcharse. La rapidez venía incentivada por quitarse la ropa apretada y los zapatos con los que no se sentía muy cómoda, pero sí favorecida. Antes de cruzar la esquina agitó la mano y les lanzó un beso a modo de despedida.

Capítulo 6

Alberto no dejaba de pensar en las pocas pistas que tenían del caso. Desde que era pequeño le gustaban los acertijos y los juegos en los que había que seguir una serie de pistas para llegar al final. Eran su pasión. A día de hoy lo seguían siendo. Jugar al *Uncharted* era su *hobby* oculto. Vivía en Madrid, en el distrito de Moratalaz, por lo que no tardaría mucho en llegar. «No voy a poder dormir. Estaré toda la noche buscando información». Pensó que, a pesar de sus esfuerzos en encontrar una explicación a las pistas que tenían, no llegaría a ninguna conclusión.

Sacó la llave del bolsillo con sumo cuidado y entró en casa sigilosamente para no hacer ruido y despertar a quienes estuvieran dormidos. Sus hijos ya eran mayores y, casi con total seguridad, estarían de fiesta, pero aun así accedió al calor de su hogar en silencio. No los esperaban hasta después del típico desayuno en San Ginés. Sin embargo, su mujer, Diana, estaba dormida en el sofá. Se había quedado esperándole viendo la televisión, hasta que finalmente el sueño le ganó la batalla. Se acercó con una sonrisa hasta la altura de su esposa. Le dio un beso y le quitó el pelo de la cara. No estaba seguro de si era mejor despertarla o no, pero la postura en la que había concebido el sueño le resultó alarmante para su espalda. Con un pequeño susurro en el oído la despertó despacio y sin sobresaltos.

—Ya estás aquí. —Le dio un beso mientras se incorporaba—. ¿Qué ha pasado?

—Bueno, ya sabes, de momento tenemos que esperar. —Le agarró el brazo para acompañarla a la cama.

—Mañana sabréis más cosas. —Sonrió—. ¿Te vas a quedar trabajando?

—Sí, necesito comprobar un par de informaciones para quedarme tranquilo antes de meterme en la cama, si no me va a ser imposible conciliar el sueño —agregó sin dejar de andar detrás de Diana, que se dirigía al dormitorio.

—Está bien, pero no te entretengas demasiado. Ya es tarde y si no no vas a dormir casi nada. Te quedan horas para entrar a trabajar. —Miró fijamente a su marido—. ¿Qué pasa? —preguntó con un tono casi maternal, agarrándole la mano.

—No sé, es que me parece raro que la víctima sea un enfermo mental. Creo que es una pista falsa. Un despiste para que perdamos el rumbo —reflexionó en alto.

—Ahora casi no tenéis información. Mañana, con más datos, puede que lo veas de otra manera. Deberías dormir, te vendrá bien —insistió, utilizando un tono cariñoso.

—Tienes razón. Ahora mismo voy —mintió.

Alberto no podía dejar el trabajo a medias. Era un trabajador nato. Siempre estaba dispuesto para cualquier caso. Era incansable. No podía dejar de pensar en la palabra del cartel y en la poesía. Debía darle una vuelta por última vez. No quería que Diana le esperara de nuevo despierta, viendo la televisión, así que le mintió con la clara finalidad de que no se sintiera culpable por no esperarle.

Se quitó el abrigo y se dirigió a coger un refresco de la nevera. Aunque fuera invierno le gustaba las bebidas con hielo. No podía evitarlo, a pesar de que Diana insistiera en que se iba a poner malo con tanto frío en la garganta. Abrió la lata y la vació despacio en el vaso con hielos. Dio un gran sorbo antes de poner rumbo al despacho. Las burbujas de la bebida azucarada hicieron que sus ojos se volvieran húmedos y de color rojo. Le encantaba esa sensación que solo las bebidas con gas le proporcionaban. Sonrió al frotarse los ojos. Diana siempre le regañaba cuando lo hacía. Con el vaso en la mano apagó la luz de la cocina y avanzó hasta la habitación que se había convertido en una zona de estudio para los hijos y hacía de despacho eventual cuando Alberto lo necesitaba. No era lo normal, pero en ocasiones utilizaba el ordenador de sus hijos.

Se sentó con sumo cuidado para no derramar el ansiado refresco. Volvió a beber mientras abría el portátil y pulsó el botón de encendido. Miraba la pantalla cuando escuchó la música de inicio de Windows. Uno de sus hijos era un apasionado de la informática, por lo que tenía el ordenador a punto y cargaba mejor que ninguno de la comisaría. Esa era una de las razones para que decidiera no irse a dormir. Abrió el buscador e introdujo «Squillace». Tras múltiples búsquedas, se desanimó ante la nula conexión que había encontrado con el caso. Se echó hacia atrás en el respaldo de forma brusca y se rascó los ojos en reflejo de su cansancio. Fue en ese momento cuando encontró una traducción en una de las búsquedas: ESQUILACHE.

—¡Claro! ¡Qué tontos hemos sido! —Alzó la voz eufórico y lleno de alegría—. ¡El motín de Esquilache! No sé cómo no lo hemos podido ver antes. —Sonrió mientras colocaba sus brazos detrás de la cabeza y se estiró en la silla, risueño por la búsqueda fructífera.

Apagó el ordenador, satisfecho por el hallazgo. Miró el reloj para comprobar las horas que le quedaban por delante para descansar. No eran las suficientes, pero tendrían que servirle. Entró de puntillas

en la habitación y observó a Diana encogida por el frío de la noche. Tras ponerse el pijama, aún sonriente, se metió en la cama y abrazó a su mujer para trasmitirle el máximo calor que le fuera posible. El último recuerdo del agente de aquella madrugada fue darle un beso antes de quedarse dormido a pierna suelta. Solo sintió el cansancio extremo de su cuerpo cuando se tumbó debajo del nórdico cálido nuevo que había comprado ese invierno.

Capítulo 7

Soledad llegó a casa demasiado cansada para pensar en otra cosa que no fuera dormir. De la manera más rápida posible se quitó el atuendo de fiesta para ponerse el pijama. Había estado varios días fuera de casa, lo que provocó que la temperatura fuera bastante parecida a la de la calle. El cambio de ropa fue tan veloz como pudo. Sin embargo, los pocos segundos en lo que su cuerpo desnudo sintió el frío hicieron que su piel se erizara. Se frotó los brazos a sí misma para entrar en calor, aunque el esfuerzo fue inútil. Estaba temblando cuando decidió que era buena idea enfundarse los calcetines por encima del pijama para que no pudiera entrar más aire bajo su ropa. Se metió al trote en la cama. Con ambas manos se recogió el pelo negro en una coleta para dormir más plácidamente. Recordó que no había sacado el móvil del bolso y estiró uno de los brazos para alcanzarlo. Lo había depositado sin ningún miramiento en el suelo. Tras rebuscar dentro, consiguió encontrar el móvil y sacarlo. Debía poner la alarma para despertarse en unas horas y continuar con la investigación. Estaba molesta por el tiempo perdido en el viaje y no haber llegado a tiempo para ver la escena del crimen. Era imposible haberlo previsto, por lo que dejó de sentirse culpable tras programar la hora de despertarse.

Todavía tenía el móvil en la mano cuando recibió una notificación del correo electrónico. No conocía el remitente. «¿Quién es?», se preguntó a sí misma. Perpleja por la identidad desconocida, se incorporó curiosa en la cama. Con la mano libre tiró de la parte trasera del pijama de lunares rosa que le había regalado su madre hacía un par de semanas. La intriga le hizo cambiar de postura varias veces antes de leer el correo. Sintió un cosquilleo en el estómago al leer las palabras que se escondían en él. La directora del Museo de Historia se había puesto en contacto con ella tras ver el brutal asesinato. La mente de Soledad solo repetía sucesivamente: «Motín de Esquilache». Tras la lectura minuciosa, la escenografía del crimen adquirió un sentido absoluto. La capa, el sombrero y el cartel de «Squillace». Sintió la imperiosa necesidad de llamar a sus compañeros. Los ojos negros de la agente se detuvieron en la hora que marcaba el móvil que aún sujetaba entre sus cuidadas manos. Sin embargo, tras comprobar que eran horas intempestivas, se frenó de realizar las llamadas. Faltaban pocas horas para volver a disfrutar de la compañía de sus compañeros. Tendría que esperar para contarles el descubrimiento. Era una premisa por donde comenzar a investigar y proceder a encontrar una explicación de lo ocurrido. Suspiró

profundamente antes de tumbarse en el colchón mullido con la mirada en la lámpara de teflón del techo. En ese momento necesitaba descansar. Su primer impulso fue contestar a la mujer, Nina, para que al día siguiente fuera a la comisaría y les pudiera ayudar. Sin lugar a dudas sería un apoyo que voluntariamente se había presentado para hacerles el caso más ameno y que se pudiera resolver en la mayor brevedad posible. Los matices del crimen tenían relación con la historia. Por desgracia no era un tema que ninguno de los tres controlara en exceso. Les vendría bien una mente repleta de datos que pudiera encajar las pistas que aparecían ante sus ojos, ya que una mente no experta no podría ni siquiera observar.

Capítulo 8

Los rayos ardientes del sol entraron por la ventana del inspector sacándole del breve y reparador sueño. Eloy se despertó poco a poco hasta desperezarse por completo. Oyó a Sonia hacer el desayuno. Los ruidos de sartenes, cierre de puertas y cacharros llegaron a sus desarrollados oídos. La mañana era su hora preferida, ya que no habrían surtido los efectos de la medicación tan fuerte que tomaba. Eran las pocas horas en las que podía hablar con su mujer. Sin embargo, la tristeza constante se había instalado en su personalidad y formaba parte de ella. Nunca más sería la Sonia de la que un día se enamoró. El agente se incorporó en el borde de la cama y estiró sus brazos para encajar la espalda en su sitio. Escuchó un leve chasquido que le hizo ponerse en marcha. Cuando bajó las escaleras, un golpe de olor a café le embriagó el olfato. Era un adicto al líquido marrón repleto de cafeína. Aquel despertar le agradaba y le devolvía la felicidad, aunque fuera por un tiempo efímero. Asomó la cabeza por el umbral de la puerta y observó a su mujer con la taza de café entre las manos y mirando por la ventana. Sus ojos parecían más vivos que otros días. La medicación le había traído constantes cambios de humor. Vivir con Sonia era una montaña rusa. Una inestabilidad con la que a Eloy le costaba convivir. Pero se había acostumbrado en cierta medida. Una taza descansaba en la encimera para él. Se acercó despacio y sin hacer ruido, sigiloso. Tomó con una de sus manos el café y bebió un sorbo. Sonia se percató de su presencia y dejó de observar la calle para volver la vista a su marido. Esbozó una pequeña sonrisa. «Algo pasa. Su estado de ánimo no es normal». Levantó una ceja, pensativo, sin dejar de mirarla. Después de tantos años con la enfermedad, conocía cualquier pequeño cambio en su mente. Sentía miedo y pavor a las fluctuaciones de personalidad repentinas. No solían ser buenos presagios y a medida que avanzaba la enfermedad las situaciones eran peores. Respiró ante la incertidumbre de lo que vendría al contemplarla. La sonrisa perversa de su mujer le solía provocar repelús y un desasosiego con el que no le gustaba convivir. Eloy no era una persona conflictiva y no se desenvolvía bien en situaciones tensas o repletas de mentiras. Sonia pronto le diría a qué se debía su sonrisa.

—Eloy, he estado pensando sobre mi psiquiatra. Quiero cambiar. Creo que estar con él no me hace bien —concluyó, cerrándose la bata que llevaba puesta—. Me han hablado bien de un psiquiatra privado que se llama Manuel. —Asintió—. La clínica se encuentra cerca de tu comisaría, he pensado que podías acercarme,

¿te parece bien? —preguntó, acercándose para agarrarle la mano.

—Claro. Lo que tú quieras. Supongo que por probar no perdemos nada, ¿no?

—Exacto. Espérame, ahora mismo bajo. Voy a vestirme y salimos.

—De acuerdo, pero no tardes. —Miró el reloj—. Tengo prisa.

Sonia era una persona egoísta que solo pensaba en ella y lo que la rodeaba. A pesar de que había estado presente en la llamada del día anterior y del asesinato, ni siquiera preguntó. No le importaba ni lo más mínimo lo que hacía siempre que ella estuviera en su zona de confort y viviera desahogada de dinero. Para ella su marido era la gallina de los huevos de oro y no estaba dispuesta a dejarla escapar.

El día se había vuelto soleado para Eloy a pesar de que las nubes decoraban el cielo y el ambiente era sombrío. Por unos segundos, su mente pensó que el cambio de psiquiatra podría curar la perturbada mente de su mujer. Una fugaz idea de alivio pasó por su cabeza sin detenerse. Se colocó las mangas de la camisa con una ligera sonrisa de esperanza. Quizá se había precipitado con el estado de ánimo y el cambio era positivo. Puede que ese médico fuera de los mejores en su profesión y la ayudara a salir de ese pozo sin fondo al que estaba supeditada desde hacía demasiado tiempo. Volvió a coger la taza de café y bebió el líquido que le quedaba de un único sorbo.

En pocos minutos descendió por las escaleras con el rostro lleno de brillo y con el vestido color mostaza que tanto le gustaba a su marido. Eloy sintió un escalofrío al volver a verla sonreír. No estaba seguro de cuánto duraría la felicidad, pero de lo que estaba completamente convencido, era de que disfrutaría cada uno de los momentos. Cruzó los dedos mentalmente, deseaba que volviera la mujer que un día conoció y a la que le juró amor eterno. Odiaba a la mujer con la que compartía su vida y ese sentimiento iba aumentando de manera exponencial con cada uno de los comportamientos y situaciones que le hacía vivir.

Como dos enamorados, Sonia le dio la mano para salir de casa. El agente tragó saliva ante la inesperada situación. Fueron escasos segundos antes de entrar en el coche. Miró a su mujer antes de poner rumbo al nuevo psiquiatra. Estaba lleno de esperanza por ver a su mujer en aquel estado. A pesar de que quería que todo volviera a ser como antes, debía volver a la realidad. El pasado nunca volvería. Sin embargo, una muesca de esperanza se quedaría hasta comprobar el avance con el nuevo profesional.

—¿Por qué me miras de esa forma? —preguntó Sonia con una risa inquieta.

—No sé. Hoy parece que eres la Sonia que conocí.

—¿Es un piropo?

—¿Lo dudabas? —Se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla antes de empezar la marcha.

Sonia le indicó dónde estaba el psiquiatra del que tan bien le habían hablado otros enfermos como ella. Eloy se sorprendió de que supiera llegar sin dudar. Sonia nunca se había caracterizado por su orientación. Una reacción inconsciente se reflejó en el rostro del agente.

—¿Ya habías venido?

—No, ¿por qué?

—Parece que conoces el camino —dijo sorprendido.

—Sí, me lo han explicado con detalle. Tenía tantas ganas de venir que puse toda mi atención cuando me dieron las indicaciones.

—Vale —respondió sin convicción.

—Don Manuel vino un día a uno de los grupos de terapia y muchos de mis amigos ya le conocían. Parece que es una eminencia en la psiquiatría. Por eso he decidido cambiar. Estaré en buenas manos —explicó sin dejar de mirarse en el espejo del coche, atusándose el pelo.

—De acuerdo. Espero que sea así. Cuando salgas me dices qué tal te ha ido la sesión. ¿Crees que te cambiará la medicación? —preguntó Eloy mirándola extrañado por el comportamiento atípico que estaba teniendo esa mañana.

—Sí, claro. Durante la sesión grupal echó un vistazo a lo que me estaba tomando y me dijo que dejara algunas. Por eso mismo he estado estos últimos días más apagada. Los efectos tenían que desaparecer de la sangre. Parece que me he desintoxicado. Ahora puedo empezar con una nueva medicación. —Deslizó su mano para abrir la puerta. Cogió el bolso y salió del coche.

—Demasiado rápido, ¿no?

No contestó. Simplemente se encogió de hombros. Cerró la puerta y de manera enérgica se despidió lanzando un beso. Eloy escudriñó su alrededor en busca de una respuesta a ese comportamiento, le chirriaba en exceso. No la encontró. Esperó a que entrara por la puerta y desapareciera de su campo de visión. Solo entonces su gesto cambió. Era policía y no tenía ningún tipo de

conocimiento de medicina, y menos aún de psiquiatría, pero sabía que la profesión les permitía hacer con los enfermos lo que les daba la gana a base de pastillas. Recordó que el asesinado era un enfermo mental. Hablar con el psiquiatra y saber si estaba bien tratado era fundamental para entender qué había ocurrido y cómo había terminado siendo tirado al vacío. Tras este pensamiento se dio cuenta de que se había quedado parado y ensimismado en varias ideas que le rondaban la mente. Debía de dirigirse a la comisaría o llegaría tarde. Acompañar a Sonia a un psiquiatra nuevo le había hecho entretenerse. Al arrancar el coche comenzó a darle a vueltas a un par de ideas que rondaban su mente de manera incesante una y otra vez. Conocía lo que era convivir con un enfermo mental. Si había un inspector cualificado para el caso que tenía entre manos, sin ninguna duda, era él.

Capítulo 9

Eloy llegaba irremediablemente tarde, así que tomó la dulce decisión de parar a comprar unos pasteles para comenzar el día y pedir perdón sin decir ni una palabra. Compró los preferidos de cada uno de sus compañeros. Nata para Soledad y limón para Alberto. Salió de la pastelería con una preciosa caja de colores azul y rosa. Se había levantado descompuesto por el día anterior. «Ya estoy mayor para beber alcohol y dormir poco. Me tomaré una pastilla con la esperanza de que se me pase el dolor de cabeza».

Había un número inusual de gente alrededor de la comisaría para ser un día normal sin ninguna novedad a la vista. Entonces recordó lo que estaba pasando. «Periodistas». No le gustaban nada los profesionales sensacionalistas que cubrían las noticias de sucesos. Intercambiaban titulares y ocultaban información para que sus empresas se lucraran. Les daba igual lo que era verdad o era mentira, solo preocupaba la repercusión de quién daba la noticia más morbosa. No era la primera vez que veía a muchos de ellos. Reconoció a Sonsoles. «Mierda». Era una chica joven que pensaba que por sus encantos físicos los policías le darían la información que quisiera. Sin embargo, consiguió lo contrario al tratar a los agentes de homicidios. Alberto y Eloy la odiaban con todas sus fuerzas. No eran capaces de mirarla a la cara sin torcer el morro por su altivez y prepotencia. Ambos deseaban que la ascendieran para perderla de vista. Hasta aquel día no habían tenido demasiada suerte. No eran pocos los días que estaba plantada en la puerta con ropa ajustada y maquillada sin ninguna sutileza. Eloy pasó por su lado dejando patente los sentimientos que le provocaba. Aun así, ella respondió con una gran sonrisa y pregunta comprometida para la investigación. En ese momento se sentía bien. Le hizo sentirse «realizado» por un leve instante. Ascendió por las escaleras con la caja de pasteles y una gran sonrisa de oreja a oreja. Había dejado a la veintena de periodistas con la palabra en la boca. Se lo debía. «No es la primera vez que revientan una investigación policial por conseguir información confidencial que no podían publicar». Su lucha con la profesión periodística no había llegado a su fin. Los intentarían seguir para conseguir la primicia de los sucesivos hallazgos.

Llegó al ascensor en el que varios agentes esperaban. El cubículo de metal se llenó rápidamente en cuanto las puertas se abrieron de par en par. Dejaron salir y, seguidamente, entraron. Eloy no era el único que llegaba tarde ese día. En la planta donde trabajaban los de homicidios, la máquina de café estaba al lado del

ascensor. Por eso la primera cara que se encontró fue la de Alberto plantado delante de ella. Hasta que Eloy no le saludó, no se percató de su presencia. Se encontraba contando las monedas que necesitaba para sacar las bebidas. Su cara trasmitió la alegría que le dio al contemplar la caja.

—No me digas que has llegado tarde por comprar los pasteles.

—Bueno, más o menos. Aquí llevo los de limón, tus preferidos.

—Tú sí que sabes ser un colega —dijo dándole una ligera palmada en la espalda—. ¿Un café?

—Claro. Voy a llevar esto a la mesa.

—Espérate y me ayudas a llevar los cafés. Sole ha quedado con la directora del Museo de Historia de Madrid. Contactó con ella ayer y está aquí. Creo que nos puede ayudar con el caso —murmuró con la palma de la mano abierta sujetando las monedas.

—¿Y eso? —preguntó sorprendido.

—Ayer yo también estuve haciendo mis pinitos. Creo que todo está relacionado con el Motín de Esquilache. Supongo que te suena, ¿no?

—Bueno, sin ser un experto, sí. Fue justo en la Puerta del Sol y…

—Exacto. Venga, vamos deprisa. Nos están esperando para empezar —le interrumpió sin dejarle terminar la frase.

Eloy cogió los cafés y le dio la caja a Alberto. Era más seguro que él llevara las bebidas. No era la primera vez que derramaba alguna. Luego se quedaba el suelo pegajoso y los de la limpieza les echaban la bronca por no llevar más cuidado. Alberto abrió la caja cuando su compañero inició el camino. «Limón».

Sentada, alrededor de la mesa de Soledad, estaba Nina, la directora. Era catedrática en Historia y, al ver las campanadas, rápidamente se puso en contacto con la Policía hasta conseguir el mail de Soledad. El agente que le atendió le dijo que era mejor hablar con ella: «El resto del equipo no es tan empático», fueron las palabras que le dijeron. La indicación fue un acierto. Gracias a ella ahora estaba allí sentada. Su idea inicial era ayudar en la medida de lo posible. Le pareció que el asesinato decía mucho más que un simple crimen. Nina se levantó para saludar a Eloy. Tras las presentaciones, le dio un café.

—Cuéntenos el motivo de ponerse en contacto con nosotros —comenzó a hablar Eloy, intentando ser lo más educado posible.

—Por lo poco que pude ver en la televisión, me pareció sin duda un crimen con una carga histórica. He pensado que quizá les podría ayudar con mis conclusiones. Por eso contacté con Soledad. —Su voz sonaba dulce y tímida. Estaba inquieta al tener las miradas clavadas en ella. Movía las manos de un lado a otro con cada una de las palabras que utilizaba en su discurso.

—Perfecto. Se lo agradecemos —intervino Alberto, que ya se había comido un pastel. Aún sentía el sabor a limón en su paladar.

—Sí, muchas gracias. Ahora cuéntenos qué ha extraído de lo que ha visto —animó Eloy mirando los dulces.

El inspector sujetaba entre sus manos el pastel cuando la historiadora asintió con la cabeza y comenzó la exposición que había ensayado delante del espejo aquella misma mañana.

—Ya sabrán que el asesinato hace referencia al Motín de Esquilache que se produjo en el mismo lugar donde encontraron a la víctima. Este motín tuvo lugar porque el Marqués de *Squillace*, que se españolizó en Esquilache, cambió los atuendos. Antes se vestía con capa larga y sombrero redondo, pero al Marqués le pareció que era peligroso llevar la capa larga. No dejaba ver a los guardias si escondían algo peligroso. Impuso una ropa nueva, así como el cambio de sombrero. —Se detuvo a la espera del asentimiento por parte de los oyentes.

—Continúa, por favor. —Soledad no dejaba de escuchar el relato sin parar de mover el café con la cucharilla al mismo ritmo que lo hacía la pierna que tenía encima de la otra.

—Los madrileños no se tomaron bien la imposición y arremetieron sobre la orden del ministro italiano. Comenzó el motín y el tumulto se enfureció en las calles. Historiadores dicen que el verdadero motivo no fue la decisión de la vestimenta, sino el hambre que estaba pasando el pueblo. Pero, bueno, puede ser un conjunto de sucesos u opiniones, como suele ocurrir en la mayoría de los motines.

—Interesante el resumen. ¿Por qué cree que eligió el antiguo edificio de correos?

—Supongo que porque allí fue donde se produjeron los altercados y se transcribió la lista de exigencias para que cesara el motín. Existen varias pinturas del motín y de cómo un hombre de Dios apaciguó la multitud. —Dio un sorbo al café esperando escuchar sus impresiones.

—¿La leyenda del fantasma no tiene nada que ver? —preguntó interesado Alberto.

—Es en la misma época, durante el reinado de Carlos III, pero no creo que exista relación. —Nina ladeó la cabeza para observar a los agentes cuando hablaba.

—Le agradezco de manera infinita su ayuda, de verdad, pero necesito que haga memoria. Tiene que existir más nexos entre los sucesos y el lugar. —Eloy dejó el vaso de café vacío en la mesa y se puso en pie.

La poesía que encontraron fue puesta delante de los ojos de la directora. Nina se quitó las gafas de pasta roja que siempre llevaba para leer, de manera lenta y analítica. Hizo una reflexión de la primera lectura.

—¿Creen que habrá más muertes?

—Eso nunca lo podemos saber. Esperemos que no, y que podamos encontrar al criminal lo más rápido posible.

—¿El asesinado es alguien de la realeza italiana? —insistió Nina con más preguntas. Comenzó a morder una de las patillas de las gafas.

—¿Realeza? —soltó extrañada Soledad—. Que tengamos conocimiento, no. Es un enfermo mental con esquizofrenia paranoide. Se llama... —Hizo una pausa para coger los papeles de la mesa y comenzó a buscar—... Javier Romero.

Nina se quedó pensativa. Unió la punta de sus dedos y comenzó a jugar con ellos. Intentaba encontrar una conexión de los sucesos de hacía tantos años, pero no encontró ningún dato significativo en su memoria. Movió la cabeza a ambos lados expresando su negativa al oír el nombre de la víctima. En una de sus manos todavía descansaba la poesía y volvió a leerla. Colocó uno de sus codos sobre la pierna que tenía por encima al cruzarlas y continuó mordiendo las patillas de las gafas. Leyó en alto con la esperanza de que alguno de los agentes dijera una palabra y dejara de observarla. No fue así. Los policías esperaban, con los ojos clavados en ella, una pista para continuar.

Eloy rompió el silencio.

—Creo que nos va a llevar tiempo. Voy a por más café.

—Te acompaño —balbuceó Alberto con un pastel en la boca.

Nina dio un respingo en el asiento. Circunspecta, comenzó a hablar atropellada por sus palabras.

—¡Ya lo tengo! Esta poesía es un acróstico —elucubró agitando el papel manila.

—¿Qué significa eso? —preguntó Soledad desde su silla, perpleja por el entusiasmo de aquella mujer.

—En la poesía que nos ha dejado el asesino hay un mensaje escrito. Es una especie de encriptación dentro del texto. Aquí tenemos lo que quiere que sepamos… Supongo que la siguiente pista.

—Eso es lo que hemos pensado también. Tiene que haber una pista importante entre esas frases. Además, creo que es un narcisista empedernido. Le gusta sentirse más inteligente que nosotros —añadió Alberto.

—Sabemos que les encanta ser superiores al resto. Puede, incluso, que esa sea una de las razones por las que escogió una víctima tan susceptible: un enfermo mental.

Se produjo un silencio entre los hablantes. Tras escuchar las palabras de Eloy, la reflexión se apoderó de las mentes de los agentes y la directora del museo.

Capítulo 10

Soledad estaba sentada en su lugar de trabajo cuando tuvo lugar la reunión improvisada con Nina. Cuando comentaron las características que podía tener la mente criminal. Cada uno pensó en los casos anteriores. Los psiquiatras hablaban mucho, pero decían muy poco. Trabajar con asesinos en los casos de homicidios les había dado más experiencia de la realidad de las mentes que la gran mayoría de psiquiatras o psicólogos conocerían nunca. Una cosa es tratar con la realidad y lidiar con el trabajo de campo, y otra leer libros y aprender lo que otros creen que saben. La joven movió el ratón del ordenador por si hubiera llegado algún correo de la científica mientras Nina releía la poesía. No fue el caso, pero sí tenía en la bandeja de entrada un correo no leído: el informe médico del asesinado: Javier Romero.

Era un enfermo de esquizofrenia paranoide con diversos episodios de brotes psicóticos. Había estado ingresado durante un tiempo en un centro psiquiátrico para estabilizarlo. Lo habían conseguido y estaba bajo el control de su único hermano sin ningún nuevo episodio. Se tomaba la medicación de manera habitual y seguía los consejos y rutinas aprendidas en el centro. Los agentes leyeron el informe detenidamente mientras Nina esperaba para abandonar la comisaría. Pensaba que ya había colaborado lo suficiente para no sentirse mal con su conciencia al dormir esa noche.

—Bueno, debo irme. —Se levantó de la silla—. Tengo que ir al museo. Si necesitan mi ayuda, ya saben dónde estoy —se ofreció y extendió la mano a modo de despedida.

Alberto se dio cuenta de la mala educación que habían tenido, fomentada por la intriga de leer el informe de la víctima en su presencia. Se había ofrecido de manera desinteresada a ayudarlos y la tenían ahí plantada, sin prestarle atención. Actuó rápido. Necesitaban que Nina les diera más información para continuar con la resolución del caso. Alberto sabía por experiencia que la victimología en este crimen no serviría para encontrar al asesino, si es que hubiera más asesinatos. Deseaba que no fuera un asesino en serie y que, si lo fuera, lo pudieran parar antes de que continuara con su macabro plan. Sin embargo, si Nina tenía razón con la poesía, estaban atascados. En ese papel no vieron ningún mensaje escrito en clave.

—Perdona, Nina. Es importante que nos ayudes. ¿Habría posibilidad de que entraras más tarde a trabajar? Creo que necesitamos un poco más de información.

—Es cierto, lo que nos puedas contar nos será de utilidad —dijo Eloy volviendo a la conversación.

—Perdona, Nina, estábamos esperando ese informe. Creíamos que nos podría ayudar a encontrar otra línea de investigación más clara y concisa, pero no lo vemos tan nítido como nos gustaría —intervino Soledad, señalando la silla de la que se había levantado Nina.

—Bueno, voy a llamar por teléfono al museo. No sé si será posible que me ausente de una manera tan repentina —se excusó y cogió el móvil de su bolso—. Ahora vuelvo.

Nina salió de la sala con el móvil pegado a la oreja, esperando que el interlocutor contestara. Los agentes comenzaron a hablar cuando desapareció por la puerta.

—Sole, ¿te fías de ella? —susurró Alberto, directo como siempre.

—Supongo. ¿Ha pasado algo y no me he enterado?

—No, pero me parece raro que haya contactado por voluntad propia al ver la retrasmisión en directo.

—Alberto, no seas desconfiado —inquirió su compañero atusándose el pelo canoso hacia atrás mientras miraba el móvil esperando la llamada de su mujer.

—No soy desconfiado, solo precavido. Anda que no pasan cosas raras en la vida. No sería la primera vez que el que aparece de repente, como buen samaritano, es precisamente el culpable —explicó —. No me gusta ser aguafiestas, pero hay que andarse con ojo. Me gustaría comprobar si es verdad que es la directora del museo —susurró a sus compañeros con una de las manos tapándose los labios.

Soledad miró a Eloy, que había puesto los ojos en blanco.

—Venga, Sole, busca la información. Así por lo menos hacemos que este —Señaló a Alberto— nos deje seguir con el caso.

Alberto levantó las cejas de manera sucesiva para celebrar su triunfo. Se colocó detrás de su compañera y esperó de pie. Quería quedarse tranquilo antes de continuar compartiendo información delante de ella. Soledad encontró lo que estaba buscando. Giró el cuello hacia atrás buscando la mirada penetrante de Alberto y leerle la información en alto si fuera necesario. No había estado de más comprobarlo, pero esta vez había errado. A golpe de vista parecía la buena samaritana que decía ser.

Nina entró por la puerta pusilánime. Debía marcharse. Con los

nervios de ayudar a la Policía había olvidado una reunión programada para ese mismo día. Era imposible ausentarse. Les dejaría el número de móvil para que pudiera localizarla si lo consideraban oportuno.

—Lo siento. Me tengo que ir —dijo cabizbaja.

Metió la mano en el bolso de mano de color rojo que llevaba a juego con las gafas y sacó una tarjeta del trabajo donde aparecía su móvil y datos de contacto.

—Aquí tenéis. Podéis llamarme a cualquier hora. Si en este momento no os puedo contestar, os devolveré la llamada lo más rápido que me sea posible. —Sonrió al extender la tarjeta a Soledad.

—¡Qué faena! Hubiéramos adelantado trabajo contigo ayudándonos.

—Lo siento —repitió de nuevo—. Por cierto, ¿me puedo llevar una copia de la poesía? Si es posible, por supuesto —balbuceó nerviosa—. A lo mejor encuentro el mensaje —se excusó por la petición.

—No hay problema. Espera un momento, que voy a hacer unas fotocopias. Nosotros también tenemos que dejar la original a los compañeros de la científica —recordó Alberto.

Se alejó hacia la fotocopiadora ante la mirada observadora de Nina en la cojera del agente. Alberto sabía que a todo el mundo le llamaba la atención, así que, sin siquiera darse la vuelta, le dio la respuesta que buscaba.

—Un accidente en moto. Una semana en coma. Por poco no lo cuento —vociferó desde el aparato.

La cara de Nina se volvió roja al escuchar a Alberto. Había sido un gesto maleducado, a pesar de que por la contestación parecía estar bastante acostumbrado. Ella no solía tener ese tipo de comportamientos. Estaba inquieta en la comisaría y con varios policías analizando cada uno de sus movimientos y palabras.

Sacó varias copias, una para cada agente y otra para la directora del museo. Volvió con la mano extendida y repartió las hojas. Nina dobló el folio para guardarlo en el bolso acto seguido.

—Bueno, entonces me voy. —Carraspeó por los nervios—. Supongo que hablaremos pronto. —Se puso el abrigo que llevaba en el brazo.

—Sí, por supuesto. Gracias de nuevo por haberte puesto en contacto conmigo. —Sonrió Soledad agradecida.

—A vosotros, por hacerme partícipe de vuestras opiniones.

Nina empezó a andar con movimientos lentos que simbolizaban el procesamiento mental de lo que habían hablado en la reunión. A mitad del pasillo que la separaba de los agentes tuvo una idea que le hizo volver sobre sus pasos. El equipo, expectante, observó el inesperado regreso por las baldosas ochenteras visiblemente descorchadas del departamento de homicidios. Nina colocó los brazos en la mesa de Soledad y, con medio cuerpo por encima, comenzó a hablar con la hipótesis que se le había pasado por la cabeza en ese preciso momento.

—He pensado que si la muerte tiene que ver con el edificio donde empezó el motín de Esquilache, a lo mejor —insistió con los ojos bien abiertos y dando énfasis en las últimas palabras—, el asesino hará el mismo recorrido hacia el siguiente edificio donde fue el pueblo aquel día y que, curiosamente, también está caracterizado por una leyenda de un fantasma que habita en él.

—¿En serio? —dijo incrédulo el inspector con el cuello hacia atrás.

—Calla, tampoco tenemos otra idea mejor —reaccionó Alberto.

—Eso digo yo —apoyó Soledad a su compañero—. ¿Cuál es ese edificio? Por echar un vistazo no perdemos nada.

—La casa de las Siete Chimeneas. En esa casa vivía El Marqués de Esquilache cuando vino a Madrid. El pueblo, durante el motín, fue a buscarle allí, pero no estaba. Sin embargo, mataron al criado por pensar que les estaba engañando.

—¿El fantasma es del criado de Esquilache?

—No, el fantasma es de una antigua dueña. Dicen que su marido murió en la guerra y aún vaga esperándolo por las chimeneas. Aun hoy en día existen personas que afirman haber visto a Elena en el tejado —explicó la leyenda—. También tengo que añadir que se encontró un cadáver de mujer años posteriores que confirman que la asesinaron. Antiguamente decían que había desaparecido. Se ha comprobado que no fue así. La mataron y enterraron en la casa.

—Lo de siempre. Del mismo hecho hay multitud de versiones. Aunque solo una verdad. —Eloy se encogió de hombros fastidiado por la cantidad de contradicciones que existían de un mismo hecho.

El inspector resopló antes de que la historiadora confirmara las palabras que acababa de decir.

—Esa es la razón por la que nunca se puede saber en la historia

qué es verdad y qué es mentira cuando la información que se tiene es por testimonios de quienes lo vivieron —se lamentó subiéndose las gafas, que se le habían resbalado levemente por la nariz.

—Gracias, Nina. Lo cierto es que tiene sentido. Encaja a la perfección. —Soledad se levantó de la silla para ponerse en marcha.

—¿Dónde vas? —preguntó Alberto con los brazos abiertos en cruz.

—A comprobar lo que acaba de decir —respondió abrochándose el abrigo para salir con Nina y despedirse de ella en la calle—. ¿Os venís o no?

Los agentes cruzaron miradas inquietas en busca de la verdad. Cogieron los abrigos y repitieron los pasos de las chicas. No tenían nada que perder por ir a echar un vistazo a la casa de Las Siete Chimeneas. Era un sitio carismático de Madrid y que valía la pena visitar aunque no encontraran ninguna pesquisa que confirmara la teoría del Motín de Esquilache sobre el asesinato. Tenían cabos sueltos que debían comprobar antes de despejarlos de la ecuación repleta de incógnitas en la que se había convertido el caso. Eloy se abrochó la cremallera del abrigo resoplando por la carencia de pistas consistentes del asesinato. No le gustaba que jugaran con la inteligencia del cuerpo de Policía, ya que la presión aumentaba exponencialmente encima de sus hombros. Echó un último vistazo a la pantalla de su ordenador, que mostraba la bandeja de correos recibidos.

Capítulo 11

Despidieron a Nina en la puerta de comisaría. Ellos cogieron uno de los coches que solían utilizar para ir juntos. Llegaron a la zona centro, que ya había vuelto a la normalidad, y accedieron en uno de los parkings más cercanos, que según la aplicación de Google estaba a pocos metros de La casa de las siete chimeneas.

—Yo no sé vosotros, pero a mí el rollo fantasmagórico no me está dando muy buenas vibraciones —dijo Alberto.

—A mí tampoco, la verdad. Aunque no creo que el nexo de unión de las pistas sean los fantasmas. La hipótesis de los pasos del Motín de Esquilache me parece más convincente.

—A ver, tranquilidad, hasta que analicemos la casa. Hoy es Año Nuevo, y seguro que estará cerrada. Podemos dar una vuelta alrededor por si vemos algún movimiento raro, pero no creo que podamos entrar. Como esta —Dio un pequeño empujón a Soledad que iba delante de él— se ha puesto tan pesada, hemos venido sin pensar.

—Vale, sí, pero no podemos estar en comisaría esperando.

—Por supuesto que no, pero antes teníamos que haber hablado con los familiares de la víctima. Quizá puedan ayudarnos a saber cuál era su círculo más cercano y empezar tirando de algunos hilos.

—Bueno, ya estamos aquí. —Suspiró—. Así que venga, terminemos y luego vamos a la casa donde vivía Javier Romero —resolvió Alberto.

Subieron los escasos peldaños que les separaba de la puerta y comprobaron el cartel. Ahora era propiedad del Ministerio de Educación. Estaba cerrado, como era de esperar. Eloy estaba pensativo por qué no había recibido la llamada de su mujer. Comenzó a rodear el edificio igual que sus compañeros. Cada uno se había asignado una zona por si encontraban algún movimiento llamativo o bien un individuo sospechoso. Miraron a través de las ventanas. Nada. Eloy decidió sacar el móvil y marcar el teléfono de Sonia. Necesitaba asegurarse de que estaba bien y de que todo había salido como ella esperaba. En la situación en la que se encontraba, cualquier plan que se saliera de lo que ella había pensado podría hacerle caer en una profunda crisis. La depresión se había vuelto crónica y el estado con el que se había levantado por la mañana le había resultado demasiado misterioso, a pesar de no entender de psiquiatría. Solo fue necesario un tono para que Sonia descolgara.

—Hola, mi amor, estoy todavía hablando con el doctor. En cuanto salga te llamo, ¿vale?

—Ah, vale. Estaba preocupado. —Carraspeó nervioso—. Cuando puedas. Estoy pendiente —respondió mientras se rascaba la cabeza una y otra vez.

Se quedó satisfecho cuando escuchó su voz. Al menos ahora sabía que no estaba sola. Le había parecido que seguía igual de optimista que hacía unas horas. Volvió a su trabajo de observación de La casa de las siete chimeneas. Al colgar el teléfono, recordó la historia del fantasma. «Existe gente que afirma haberla visto». Se sintió un incrédulo por intentar verla deambulando por el tejado, pero aun así miró. «Por si acaso. Para que luego digan que no miro con los ojos de la fe». Se sorprendió a sí mismo comprobando que el sol cegador no le había privado del misterio de poder observar el tejado con claridad. «Un segundo intento». Volvió a dirigir sus ojos, curioso, hacia las chimeneas. Nada, ni un solo fantasma. Sonrió al agitar la cabeza. No se creía que a su edad estuviera ahí plantado buscando el fantasma de una chica muerta. «Quizá existan más posibilidades por la noche que a plena luz del día. Quizá».

A simple vista el edificio no era de los más bonitos de Madrid, pero tenía demasiada historia, según les había contado Nina. No podrían perder de vista las instalaciones del Ministerio de Educación. Alberto siguió su recorrido sin dejar de mirar a las personas que había alrededor de la fuente, enfrente de la casa. Había varios individuos ajenos a la presencia de la investigación criminal. La plaza del Rey era una zona concurrida por la gente que vivía cerca de Gran Vía. Sin embargo, era menos frecuentada por turistas. El ruido de motores bajaba ciertos decibelios que serían de agradecer si eras residente de la zona centro de Madrid.

—Aquí no hay más que hacer. ¿Un café? —sugirió Alberto—. Hace frío y así entramos un poco en temperatura. —Juntó las manos e intentó calentarlas frotándolas en repetidas ocasiones.

—Por mí perfecto —avanzó Soledad, moviendo las piernas con pequeños saltitos para calentarse.

—Venga, pero uno rápido, ¿vale? Es verdad que hace demasiado frío.

El día de Año Nuevo no había empezado con el mejor tiempo de una fecha tan señalada. El sol había sido rodeado por un círculo de nubes que no cesaban de acecharle para dejar helados a los habitantes de la Tierra. Las pocas horas de sol hacían que las grandes multitudes fueran casi inexistentes en las calles. Tampoco era ningún aliciente el

espectáculo del día anterior, con el despliegue policial que había conllevado la escena rocambolesca. Normalmente, era misión imposible encontrar un bar abierto ese día. Sin embargo, al adentrarse en la zona de Chueca, varios de ellos tenían el cierre sin echar. Se adentraron en el primero que servía café. No querían andar más de lo necesario para no perder tiempo en la vuelta al parking.

Alberto fue a pedir a la barra. Con la mano indicó a sus compañeros que cogieran una mesa para tomarse el café, sentados. En el interior había varias mesas ocupadas. En una de ellas estaban comentando las peripecias de la celebración de la noche anterior con ligeros y discretos susurros. Las carcajadas acompañaban a la narración de los dialogantes y alguna que otra palabrota en tono cariñoso. Cuando vieron a los agentes, a pesar de ir de paisanos, bajaron el tono.

—Os respetan por la edad. Se llama educación. —Sonrió Soledad que ya tenía el café en la mesa.

—Será eso…

—Creo que deberíamos ir hoy a ver al hermano de Javier Romero. Puede que sea importante y nos estemos dejando llevar por pistas circunstanciales —dijo Alberto, echando el azúcar al café.

—¿Circunstanciales? Será una broma —respondió Eloy, imitando el gesto de echar azúcar.

—Tiene razón, Alberto, está nítido que son más que circunstanciales. Lo único que no consigo entender es el motivo. ¿Qué perturbado monta un crimen de estas características?

—Un momento, puede ser que tenga un nexo en común con las enfermedades mentales —añadió con euforia Alberto.

—Venga ya. Eso es imposible. Antes a los enfermos mentales ni siquiera les daban la opción de vivir. Tampoco hace tanto que los electrocutaban con electros en la cabeza. —Eloy comenzó a mover el café con la cuchara, para dar un pequeño sorbo a continuación.

—Perfecto, pues entonces estamos más perdidos de lo que nos creíamos. Supuestamente, si seguimos las pistas deberíamos tener un cadáver en esta casa. —Señaló Soledad hacia fuera con el dedo índice.

—No tiene que ser necesariamente un muerto. Puede que haya una pista de otras características que no estemos viendo. Incluso que nos estemos precipitando. Puede aparecer mañana o pasado. El asesino también tendrá que aparentar que es normal con sus allegados. Socialmente hablando, claro. —Hizo una fugaz pausa—. Si es que los tiene, quiero decir.

—Tú lo has dicho, si es que los tiene. Yo no creo que los tenga, sino, ¿cómo estaba solo en Nochevieja? Piensa. —Soledad se señaló la sien para hacer recapacitar a su compañero.

—Puede ser.

Soledad se deslizó en el asiento pegando la espalda a la parte de atrás de la silla. Lo acompañó con un gran suspiro. No le gustaría dejar un caso archivado sin cerrar. Lo único que tenía claro era que no lo dejarían hasta encontrar al asesino. Sabía que a veces los agentes no tenían suficientes pistas para encontrarlo y que no les quedaba más remedio que esperar nuevas pistas con un nuevo asesinato. Era muy triste reconocerlo, pero era la verdad. Alberto miraba al vacío por la ventana. La gente paseaba cabizbaja por el aire que se había levantado en la calle. No solo hacía frío, sino que el viento que daba en la cara era cortante. Puso las manos en la taza de café para entrar un poco en calor, sin dejar de darle vueltas a la poesía. Si la pista tenía que estar ahí, la debía encontrar. Se culpó a sí mismo por intentar encontrar más pistas cuando las ya encontradas no las habían solucionado. «Venga, Alberto, que no se diga que en homicidios no hay inteligencia», se animó a sí mismo. Resopló y sacó la fotocopia de la poesía. La desdobló. Pasó la mano por el papel para estirarlo y quitar las dobleces. Sus compañeros le miraban mientras bebían pensativos el café.

—Vamos, chicos, hay que encontrarlo, joder. No puede ser tan difícil —animó Alberto.

Eloy volteó el papel para ponerlo delante de él. Había dejado su abrigo en el respaldo de la silla. Se giró sobre sí y sacó un bolígrafo del interior sin dejar de sonreír.

—¿Lo tienes? —preguntó Alberto emocionado.

Eloy no contestó, solo asintió. Comenzó a separar la poesía por bloques y subrayó el mensaje.

—Ahí está. ¡Bingo!

T*ras manchar el giro esperando al monte,*

o*primir la vestimenta equivalente,*

d*e hombre que tiene la Osa Mayor en su frente,*

o*s hubiese mirado de repente.*

P*ocas esquinas en vías del pendiente,*

a*cuchillaba la última serpiente,*

r*ecibes entornadas las horas de tu frente,*

A*hí la gente sufre gravemente.*

E*ncabezar naturalidad dominante,*
l*a brisa hacía un motín discordante,*

P*oco líder separado del puesto sobresaliente,*
U*no con su cara de farsante.*
E*l plan de la maldición por el pariente,*
b*ajo el yugo sofocante,*
l*ejos de sostener el pleno para la pendiente,*
O*tro defensa escrita en parte por talante.*

P*ropio es del farsante,*
e*ncantar patrimonio subyacente,*
r*esidir coalición independiente,*
O*scurecer al perteneciente.*

S*endas alteradas por nueva corriente,*
i*ncluido al Rey reciente,*
N*i sé bien si soy yo quien en mí siente,*

el *odio comienza cuando una persona ya no siente.*

—«Todo para el pueblo pero sin él». Bueno, la versión original es «Todo para el pueblo, pero sin el pueblo». Supongo que habrá abreviado para no hacerlo tan largo —dijo Alberto encogiéndose de hombros.

—Creo que eso es lo de menos. Aquí nos deja bien claro la referencia de la nueva llegada del monarca y el motín que se hizo por la vestimenta. —Soledad leía de nuevo para intentar sacar más información.

—Me llama la atención la última frase: «El odio comienza cuando una persona ya no siente» —recalcó Alberto dando su último sorbo de café.

—Tienes razón. El texto entero habla sobre lo ocurrido, los hechos, pero la última frase es sobre él. —Eloy se pasó la mano por el pelo, inquieto y exhausto a la misma vez.

—Puede ser que en esa época hubiera pasado un suceso que le

repercutiera en el futuro. —Alberto se acomodó en la silla y cruzó los brazos, apoyándolos encima de la mesa—. Por eso ha cometido el asesinato —dijo quedándose pensativo de sus propias palabras.

Capítulo 12

Estaban en el momento más interesante de la conversación cuando comenzaron los gritos en el exterior del bar. La gente corría y chillaba de manera ahogada. Uno de los chicos de las mesas colindantes salió corriendo para ver qué era lo que ocurría. Nada más asomarse, dio la noticia en el interior. La expresión de su rostro se convirtió en pánico. Los agentes vieron el miedo en sus ojos.

—¡Han matado a alguien! —gritó a todo pulmón. El iris de sus ojos se empequeñeció.

Los agentes se miraron acompañando un movimiento de cabeza de angustia y desesperación. Ahí estaba la escena del crimen que esperaban. No querían tener razón y que ocurrieran más crímenes, pero con el nuevo hallazgo la hipótesis del motín cogía más fuerza. Se pusieron los abrigos y salieron a la máxima velocidad que sus piernas les permitían. Debían llegar lo antes posible. La cojera de Alberto no impedía que el agente hiciera alarde de su estado físico. Se esforzaba en que su debilidad no fuera un obstáculo. Sin embargo, ya no era un chaval que pudiera correr varios metros sin que el aire llegara con tanta facilidad a sus pulmones como en otras épocas de su juventud. Estaba en forma a pesar de no estar al máximo. Llegaron con la respiración entrecortada y con la lengua casi fuera. Alberto se paró unos segundos, apoyó sus brazos sobre las rodillas flexionadas para intentar retomar el aliento de forma apresurada. Sus compañeros, tras comprobar que estaba en perfecto estado, se abrieron camino a empujones para llegar al lugar donde estaba la víctima.

—¡No me lo puedo creer!

Soledad se echó las manos a la cabeza. Eloy se acercó a la fuente, que se encontraba próxima a La casa de las siete chimeneas al grito de «¡Policía!» con placa en mano. Sus compañeros imitaron el gesto a pocos segundos detrás de él.

—El edificio estaba cerrado, por eso ha tomado la decisión de hacerlo en las intermediaciones —supuso Alberto.

—Es una opción. Sin embargo, está cumpliendo su plan. Parece que no vamos tan desencaminados —confirmó Eloy.

—¡No me puedo creer que estuviéramos tan cerca y no nos hayamos enterado! —Se recriminó Soledad—. ¡Somos unos estúpidos! —La mala conciencia le hizo sentirse culpable, pero a su vez la llenó de ánimos para atrapar al asesino a la máxima brevedad que les fuera posible.

—Vamos, ya no tiene solución. —Dio una ligera palmada en la espalda—. Llama a los compañeros, que vengan. Hay que evacuar a la gente de la escena del crimen para que trabaje la científica —ordenó Eloy.

—Sí, tienes razón. Vamos. —Movió la mano para que Alberto le acompañara a despejar la zona de la fuente.

Hablaron con los curiosos que se habían acercado ante el revuelo que se había formado en la plaza del Rey. Los agentes no estaban seguros de qué significaba el asesinato en aquel lugar. No sabían si el rumbo del asesino se guiaba por los pasos de los madrileños en el Motín de Esquilache, o bien estaba siguiendo una ruta enigmática de leyendas por Madrid. No podían descartar ninguna línea de investigación hasta estar completamente seguros. Sin embargo, tras leer el texto, encontrar el mensaje encriptado y analizar cada una de sus estrofas, tenían más claro que el pasado había cambiado el futuro de alguien y no había sido de su agrado. Se podría confirmar que había tramado un plan de venganza y lo estaba ejecutando en las calles madrileñas.

Los compañeros de la científica tardaron más tiempo que los coches patrulla que se encontraban por la zona. Fueron un apoyo fundamental para despejar la plaza. El equipo trabajó en completo silencio y sin dejar de pensar en lo que estaba ocurriendo. No podían perder ni un segundo, ya que el instinto policial les decía que la siguiente víctima ya se encontraba en el punto de mira del asesino. Volverían a evaluar la situación cuando la privacidad se lo permitiera. No querían ningún tipo de filtración ni oídos ajenos que escucharan las cavilaciones sobre lo que estaba ocurriendo con los asesinatos. Toda precaución era poca.

El jefe de la científica, Lisardo, se les acercó después de dar las órdenes al personal bajo su mando. Eloy siguió sus pasos con la mirada hasta que se situó a su altura. Sabía que no traía buenas noticias. Tras echar un vistazo al nuevo cadáver, Lisardo sacó sus propias conclusiones. Aunque faltaba verificarlas. Se equivocaba pocas veces con sus ideas iniciales, pero le gustaba que los datos le respaldaran. «Objetividad ante todo», era su frase preferida.

—Hemos terminado con la autopsia de la primera víctima. Parece, según he podido comprobar con la segunda víctima, que han sido ahorcados y de manera posterior los han desplazado a los lugares donde han aparecido. Tenemos que analizar la soga. —Señaló a la nueva víctima—. Pero creo que nos ha dejado la prueba de los asesinatos.

—Coincido contigo —confirmó Soledad con los brazos cruzados y una mirada de impotencia.

El resto del equipo asintió las palabras de su compañera. Los agentes de los coches patrulla habían hecho un trabajo eficaz y rápido dejando en un tiempo record la plaza vacía de curiosos y viandantes despistados. Las calles cercanas estaban vigiladas por más agentes que se habían sumado a la causa y había patrullas que habían cortado el acceso. Eloy dio orden de que solo los residentes, previa comprobación con el DNI, podrían pasar.

—Los dos llevan el mismo vestuario y han muerto por asfixia. Después de hacer la autopsia os mandaré los informes. —Lisardo se dio la vuelta para marcharse y comenzar con el arduo trabajo que le esperaba.

Los agentes miraban cómo se alejaba cuando paró en seco y volvió a acercarse.

—Por cierto, chicos, no sé si es importante, pero Javier Romero se estaba tomando la medicación. Lo confirma su sangre. Objetivamente no ha sido un brote psicótico. No se quitado la vida ahorcándose él mismo. —Levantó las cejas simbolizando la idea descabellada de que alguien hubiera pensado que había sido así.

—De acuerdo. Obviamente no era un suicidio, pero había que estar seguros de ello. A partir de la información, y con la nueva víctima, seguiremos otros caminos para coger a ese psicópata —dijo Eloy apretando los puños con furia.

—Una cosa más, no sé si será importante, pero se había hecho un tatuaje de la Inmaculada Concepción hacía menos de cinco días —susurró Lisardo.

—¿La Inmaculada Concepción? —dijo sorprendida al escuchar aquella afirmación.

—Sí, eso es. —Se encogió de hombros—. Os pasaremos unas fotos del tatuaje con el informe. Yo no soy creyente, tuve que buscar en internet para saber la identidad de la virgen. Podéis seguir mis pasos para encontrar su devoción a esa virgen en concreto.

—Muchas gracias, Lisardo. Ya sabes que nos urgen las autopsias. Si puedes acelerar el proceso, te lo agradeceríamos. Nos preocupa que tenga en mente matar a más gente, y sin pistas no podremos atraparle —añadió desesperado Alberto.

—Claro, pero ya sabéis que esto necesita sus tiempos para no pasar ningún detalle por alto. No soy psiquiatra, pero creo que la mente humana es compleja, y quizá hablar con la familia de la víctima

os pueda dar más información de sus hábitos sociales y cómo terminó muerto en la Puerta del Sol —agregó Lisardo con un tono cansado.

—Estamos en ello. Pero la gente miente, los datos no —afirmó contundente el inspector.

Lisardo asintió. Estaban de acuerdo en esa afirmación. Era una de las razones por las que siempre quiso ser científico. La objetividad era su bandera.

Los agentes echaron un último vistazo a la víctima. Estaba hundida en el agua de la fuente, vestida con la capa y el sombrero flotando. Se encontraba de espaldas, así que no pudieron verle la cara hasta que la científica, con el atuendo apropiado, entró para sacar el cuerpo. Esperaron pacientemente hasta que descubrieron el rostro. No era conocido. Debían esperar a que Lisardo les diera la identidad de aquel hombre que había sido ahorcado y del que la soga aún rodeaba su cuello.

—Vamos, tenemos mucho trabajo que hacer. Hay que ir a ver a la familia de Javier Romero.

Bajaron las escaleras del parking para poner rumbo al destino de la casa familiar. Eloy se sentó de copiloto al ver que Soledad se había apropiado del volante. Sacó el móvil. Vio las llamadas perdidas de su mujer. Luego la llamaría, ahora era urgente buscar la dirección a donde se dirigían para introducirla en el GPS.

Capítulo 13

Habían comprado unos bocadillos y bebida para no tener que parar y adelantar trabajo. Los días eran fríos y cortos. El sol se escondía antes de lo que a las personas les gustaría. Los días se hacían oscuros y fúnebres cuando la vida humana desaparecía. La desolación embargaba las calles de cualquier parte de Madrid a las seis de la tarde durante la estación de invierno. Soledad iba concentrada en la carretera para demostrar su valía conductora ante sus compañeros. Era conocedora de que Eloy odiaba que ella condujera. Se solía bajar con dolor de cabeza. Según el agente de homicidios conducía a trompicones en lugar de tener una marcha constante. Los frenazos eran frecuentes en su conducción. Esta vez se había propuesto contar una mentira piadosa para apoderarse del asiento del conductor.

Alberto se encontraba en la parte de atrás, buscando información de la virgen. No era católico ni intención tenía, así que en lo relacionado con la Iglesia era un completo analfabeto. Localizó la imagen y le hizo una captura de pantalla para mandársela a sus compañeros. No sabía si aquel tatuaje tendría un significado en la investigación, pero no estaba de más tener la imagen. Eloy tampoco tenía clara la unión con la víctima y el asesino, pero resultaba llamativo que el tatuaje fuera de unos días antes de morir.

Eloy tenía que llamar a su mujer, pero no lo quería hacer delante de sus compañeros, así que le mandó un mensaje con una promesa a corto plazo de que la llamaría; en cuanto salieran de la reunión. Alberto vio, desde atrás, cómo se mensajeaba con Sonia. En ese instante su mente recordó a su mujer y a sus hijos. Después de unos segundos volvió a la investigación. Se quedó absortó ante los paisajes que se iban sucediendo delante de sus ojos. La casa de Javier estaba en la sierra de Madrid, en Robledo de Chavela, por lo que el camino desde el centro de la capital sería de varios kilómetros y de multitud de paisajes que no estaban acostumbrados a contemplar. Los agentes de homicidios vivían en la capital. Cambiar el Metro de Madrid por la naturaleza era una opción automáticamente desechada para ellos. Al equipo le encantaba el ruido y el ajetreo que caracterizaba la capital, aunque debían reconocer que la idea de vivir tranquilos les seducía. Alberto bajó la ventana y respiró hondo dejando entrar el aire sin contaminación en sus pulmones. Era consciente de que la calidad de vida era mejor. Sin embargo, vivir cerca del trabajo y respirar algo de contaminación, era más lo suyo. Soledad no perdía atención a las curvas y los rasantes de la carretera, aunque su mente no dejaba de pensar y dar vueltas a la investigación.

La imagen del cuerpo boca bajo en la fuente fue recurrente durante el trayecto.

—¿Pensáis que el cadáver tendrá alguna nota? —rompió el silencio.

—Debería. Si no tiene ninguna, no sé cómo vamos a encontrar el siguiente escenario —contestó Alberto.

—Tenemos que pensar más rápido que el asesino. Debemos evitar que haya más asesinatos. Hay que adelantarse.

—Lo sabemos, pero no es fácil. Ahora mismo ha ocurrido al lado de donde estábamos nosotros.

—Lo sé. —Eloy puso los ojos en blanco—. No tenemos excusa. La poesía debe decir más de lo que estamos leyendo. Creo que Nina nos podría dar alguna idea —sugirió con la cabeza mirando hacia Alberto—. ¿Tú qué dices?

—Es una buena idea. Mientras esperamos los informes. Además, creo que lo de la capa y el sombrero… —Hizo una pausa antes de volver a hablar—. Tanta insistencia en el atuendo es por un motivo, sin ninguna duda —afirmó asintiendo con la cabeza.

—Sin ninguna duda —repitió—. Debemos volver a contactar con la directora. Debemos decirle el mensaje que hemos descifrado.

—Es la frase que definía el despotismo ilustrado de la época. El monarca se hacía con el poder del pueblo, pero sin contar con ellos. Tiene sentido, si lo vemos desde el punto de vista del Motín de Esquilache —reflexionó Eloy en alto.

—Venga. Ya hemos llegado —anunció Soledad, que buscaba un sitio donde aparcar fácilmente.

Capítulo 14

Los agentes descendieron del vehículo. Escudriñaron con la mirada el portal al que se tenían que dirigir. El primero en divisarlo fue Alberto. Comenzó la marcha y sus compañeros siguieron sus pasos. El frío era más penetrante que en la capital. La diferencia sería de unos grados que hacían que la sensación térmica fuera menor. Soledad se intentó calentar las manos frotándolas entre ellas. No consiguió el resultado que perseguía y repitió el gesto. Eloy se ajustó el abrigo y se apretó la bufanda aún más al cuello. Alberto se detuvo en la puerta y miró atentamente el telefonillo para llamar. Habían quedado con el hermano y estaría esperando la llegada de los agentes. No esperaron mucho cuando escucharon el ruido de apertura para empujar la puerta. El gesto confirmó que esperaba ansioso la visita. El piso donde vivía Javier con su hermano era un tercero. Los agentes decidieron coger el ascensor a pesar de que Soledad quería subir andando para entrar en calor. El hermano, Juan, les estaba esperando con la puerta abierta. Se notaba que los edificios eran de los primeros que construirían en la zona. Tenían el estilo de los años noventa que combinaban madera con la piedra de granito. Además, existían varias zonas verdes alrededor de las viviendas.

Juan extendió la mano para saludar a los agentes. Los agentes le dieron el pésame apesadumbrados por los acontecimientos. El anfitrión cerró la puerta y les invitó a pasar al interior. Era una casa ordenada y limpia. No tenía ninguna señal de que Javier viviera en un ambiente desordenado que le llevara al desequilibrio.

—Por favor, siéntense en el sofá. —Les invitó Juan, señalando el mobiliario.

Los agentes asintieron y siguieron la orden para acomodarse. Se quitaron los abrigos y Eloy sacó el cuaderno con el bolígrafo para comenzar a tomar notas de lo fundamental durante la reunión. La calefacción estaba demasiado alta, por lo que Alberto se ahuecó el cuello de la camisa para dejar entrar aire en su cuerpo.

—¿Quieren tomar algo?, ¿un café?

—No, muchas gracias —respondió Eloy—. No le queremos quitar tiempo en un día como hoy.

—Tranquilos, no tengo ninguna prisa. Javier y yo habíamos quedado para irnos el día treinta a casa de nuestros padres, en Ávila. Nunca se presentó. Así que después de lo que ha pasado, he decidido quedarme aquí, por si pudiera ayudar con la investigación. —Juan se

sentó en uno de los sillones cercanos al sofá.

Hacía unas horas que se había enterado del asesinato de su hermano. Intentaba guardar la compostura y no romper a llorar delante de ellos, pero le estaba costando trabajo.

—Necesitamos saber si el asesinato de su hermano ha sido aleatorio o tenían alguna motivación para hacerlo —intervino Alberto, acomodándose en el sofá de manera intermitente.

—Mi hermano no tenía una gran vida social. Se podría resumir en mí. Sabía lo que había hecho en ocasiones anteriores y no le gustaba dar explicaciones de su enfermedad. Cada vez era más introvertido y salía menos. Las únicas salidas que hacía eran las de los grupos de terapia, una vez al mes —continuó—. Bueno, y las de seguimiento con su psiquiatra. —Colocó una de las extremidades superiores en el apoyabrazos del sofá.

Juan era un chico alto y corpulento, resultaba llamativo observar cómo intentaba guardar la compostura al recordar a su hermano asesinado.

—¿Hablaba mucho con él?

—Todos los días. Teníamos una excelente relación de hermanos.

—¿Cree que si le hubieran amenazado o pensara que su vida estaba en peligro le habría avisado? —preguntó Eloy sin dejar de apuntar.

—Por supuesto. Entiendo que creen que ha sido una persona cercana a él. Les voy a facilitar parte de la investigación —resolvió Juan—. Si existiera una persona que hubiera querido matar a mi hermano, sería del grupo de terapia. Solo tenía esa conexión con el resto del mundo que no fuera yo —aclaró mirando a los agentes por orden y analizando sus gestos.

—¿Conoce los nombres?

—No, pero tiene una fotografía de la cena de Navidad de hace unos días. La imprimió porque le hacía ilusión colgarla. Sería cruel que uno de ellos fuera el asesino, mi hermano quería mucho a esas personas. —Se levantó del asiento—. Pueden seguirme si quieren ver su cuarto, a lo mejor les sirve para la investigación.

—Gracias. Nunca está de más.

Los agentes se levantaron y siguieron a Juan en fila a través del estrecho pasillo repleto de fotografías de los dos hermanos cuando eran pequeños.

—Pueden pensar que los esquizofrénicos no se pueden recuperar, y es verdad, la enfermedad nunca desaparece. Siempre está ahí. No se pueden descuidar porque los delirios y los brotes aparecen —dijo sin dejar de caminar—. Te pueden arruinar la vida en un segundo. Mi hermano había cometido errores en su vida. Lo único que podía atarle a la realidad para no caer en la locura de lo paranoide eran las pastillas, pero ahora era más feliz que nunca. Tenía lo que siempre había deseado: una vida normal, equilibrada. —Juan se secó disimuladamente una lágrima.

Entró en el cuarto y se acercó hasta el escritorio. Abrió el primero de los cajones. Los agentes notaron cómo su gesto cambió bruscamente.

—¡La foto estaba aquí! —Señaló con el dedo índice y con los ojos abiertos de par en par.

—Puede que la cambiara de sitio —intentó tranquilizarlo Soledad.

—No, imposible. —Alzó la voz—. La había guardado junto con su cuaderno. Escribía sus pensamientos e ideas de manera diaria. Decía que le ayudaba a relajarse para no caer en la locura. —Revolvió los cajones y el resto del armario para asegurarse de que no la hubiera cambiado de sitio sin que él lo supiera.

Eloy y Alberto estaban a su lado, cerca de la puerta. Se habían apartado para dejar espacio a Juan durante la búsqueda del cuaderno y la fotografía. Cada vez que avanzaban en la investigación aparecían más frentes abiertos sin explicación aparente.

—¿Crees que han entrado en tu casa? —preguntó indeciso Alberto.

—No lo creo. Tengo cámara de vigilancia en la entrada. —Se llevó las manos a la cabeza. Se movía con pequeños pasos nerviosos de un lado a otro como reacción al hallazgo de la desaparición.

—¿Lo solía sacar de casa? ¿Puede que se lo regalara a alguien?

—No, siempre estaba aquí, en este cajón. —Señaló otra vez—. Creen que vienen a por mí, ¿no? —tartamudeó.

—No podemos asegurárselo, pero creo que el objetivo no es su familia. Hoy ha ocurrido otro asesinato. Todavía no le hemos identificado, pero será el primero en saber su identidad. Así sabremos si existe relación entre las víctimas —intentó tranquilizarlo Eloy.

—¿Puede que el asesino buscara algo en el cuaderno de Javier? —susurró Eloy al oído de Alberto.

El inspector asintió pensativo, rascándose la barbilla mientras analizaba lo que estaba ocurriendo.

Capítulo 15

Los agentes salieron con más dudas que cuando comenzaron el viaje hacia Robledo de Chavela. Las expectativas de resolver el caso pronto habían mermado drásticamente. Esclarecer lo que había ocurrido la noche antes del primer asesinato iba a ser una ardua tarea y aún más conocer el motivo que el asesino había gestado en su mente psicópata para convencerse de la necesidad de hacerlo.

Volvieron a comisaría. Cada uno cogió su coche para irse a descansar. Lisardo estaba trabajando contra reloj para terminar los informes lo antes posible. Les adelantó que la soga que tenía la segunda víctima encajaba con las marcas de Javier Romero. Eloy estaba convencido de que debería haber una razón para dejar la soga dentro del agua. Debían encontrar la explicación. Puede que fuera la pista para terminar de encontrar al criminal y terminar con los asesinatos. Con lo ocurrido, no había podido llamar a Sonia, así que, cuando inició el camino para ir a casa, la llamó. Seguía igual de feliz. Incluso le adelantó que prepararía la cena de esa noche para festejar el inicio de su nueva vida. Estaba extrañado por un cambió tan extremo y radical. La terapia que había empezado con el nuevo psiquiatra y el grupo podían afectar a la recuperación de manera positiva. Sin embargo, no quería engañarse, los cambios en la mente no son tan rápidos. Sonia le había prometido que no estaba tomando medicación nueva. Tampoco era la primera vez que le mentía en cuanto a las pastillas o a lo que estaba haciendo. Le dolía en lo más profundo de su corazón saber que su mujer era una mentirosa con maestría cuando se proponía algo. No le importaba mentir y dañar a su alrededor siempre y cuando su plan llegara a lo que su mente esperaba. El altavoz del coche comenzó a sonar. La pantalla del salpicadero reflejó un teléfono que no conocía. Descolgó sin pensárselo más de varios segundos.

—¿Sí?

—Hola, ¿Eloy?

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

—Disculpe, soy Manuel, el nuevo psiquiatra de su mujer. Creo que le ha comentado que esta mañana estaría conmigo. ¿Es así?

Estaba acostumbrado a que le llamaran los médicos que la trataban. Solían hacerlo, ya que no era la primera vez que las mentiras de Sonia eran irracionales o demasiado dispares de la realidad. Los psiquiatras tenían la obligación de contrastar la información de sus pacientes con los familiares.

—Hola, Manuel, encantado. Sí, esta mañana la deje en la puerta de su consulta para que entrara. ¿Ha pasado algo?

—No, tranquilo. Me gusta contactar con los familiares desde el principio del tratamiento.

—Perfecto. Es lo mejor para que ambos podamos ayudarla —contestó Eloy sin dejar de mirar por el retrovisor.

—Estaba pensado, si le parece bien, que viniera a mi consulta mañana por la mañana. No le quitaré mucho tiempo. Sonia me ha dicho que es policía de homicidios, ¿es cierto?

—Sí, eso es. Mañana estaré en su consulta. ¿Tengo que ir solo, o con mi mujer?

—Solo. Tenemos que hablar del tratamiento que estaba llevando Sonia. ¿La ve alterada?

—Quizá alterada no sea la palabra. Demasiado alegre para la depresión que ha vivido durante años. Un cambio radical. Me ha dicho que había dejado de tomarse las pastillas, creo que puede deberse a eso.

—Sí, eso ha hecho que pase a un estado extremo del que estaba —afirmó—. No me gustaría entretenerle. Si le parece bien, mañana en persona le dedicamos más tiempo.

—Vale, allí estaré. Gracias por la llamada de control. Se lo agradezco mucho.

Las preguntas le habían dejado desubicado. Una sensación se apoderó de su mente. Un suceso tendría lugar y no sería de su agrado. Con la llamada de Manuel recordó el último cambió de ánimo de Sonia. Fue hacía meses. El corazón se le encogió en un puño haciendo memoria del daño que hizo a multitud de personas. Era complicado estar con una persona que no estaba estable y más cuando se proponía hacer daño. En aquel momento llegó a su límite. Las lágrimas le convencieron de seguir intentándolo. Su conciencia no le permitía abandonarla y rehacer su vida. Se encontraba sola y sin apoyo. Pensó que ya había arruinado su vida con sus continuos brotes. Al menos estando a su lado no conseguiría arruinar la vida de los demás. Estaba pusilánime cuando aparcó en la entrada de su casa. Observó a su mujer, activa en la cocina. Hacía varias tareas a la vez. Con la música alta, se contoneaba al ritmo mientras cocinaba. Un sudor frío recorrió su cuerpo al mirarla. Sus sentimientos de odio volvieron a invadir su corazón. Eloy tenía sentimientos encontrados con aquella mujer. No podía soportar más sus comportamientos. Hacía lo imposible por arruinarle la vida, pero después actuaba como si nada hubiera sido

real. Cuando trabajaba se olvidaba de Sonia y de la vida que tenían juntos. Sentía pavor al recordarla. Quizá, si se desahogara con un amigo, su vida cambiaría y podría observarlo desde otro prisma. Ocultar su vida privada había hecho que pagara un alto precio. Eloy veía la imagen de Sonia y sentimientos de repulsión comenzaron a aparecer. No se tenía que haber casado con ella, pero estaba embarazada y no podía hacer caso omiso a su futura responsabilidad como padre. Faltaría el respeto a su madre, a la que quería con todo su corazón, si se hubiera dejado llevar por lo que su cabeza le decía. La razón le advertía que no lo hiciera. Sin embargo tomó la decisión de la que más se arrepentiría a lo largo de toda su vida: casarse con Sonia. Años después, lo supo. Se había equivocado. La confirmación de que sus sospechas eran ciertas fue en los años posteriores. Con la llamada del doctor comenzó a revivir aquello que había dejado oculto en sus recuerdos. No se perdonaría haber sido un cobarde. Pero ya era tarde, nada tenía solución. La responsabilidad le llevó a tomar decisiones totalmente erróneas. Las consecuencias de su inmensa cobardía serían pagadas por la gente de su entorno. No era justo, pero era la cruel realidad. Sin ni siquiera hablar con el psiquiatra, ya conocía el tema de la conversación y lo que tendría que decir. No era la primera vez. Al día siguiente, a diferencia del resto, diría la verdad. Las consecuencias serían nefastas, no solo para Sonia, sino también para él.

Durante el viaje había reflexionado acerca de su pasado, su presente y su futuro. Unas simples palabras eran lo que cambiaría su destino. Destino al que no quiso enfrentarse. No podía seguir siendo un cobarde. Ahora tendría que ser consecuente con sus actos, ya era hora. Había intentado convivir con una mentira, la cual le había ido destrozando por dentro año tras año. Entró en casa. Observó parado en la puerta la imagen de su mujer con una sonrisa delante de él. Sus ojos le decían lo que su boca no podía. Vivir con miedo había dejado hacía tiempo de ser una opción. Debía cambiar. Ni siquiera parpadeó ante las palabras de Eloy.

—Mañana he quedado con el médico, ya sabes que es el protocolo de ellos.

Sonia se acercó despacio hacia la entrada de la casa. Eloy continuaba sin moverse. Se acercó a su oído con movimientos y gestos amenazantes. Su rostro había cambiado de manera radical.

—¿Y sabes qué le vas a decir? —susurró Sonia.

—Sí.

—¿El qué?, ¿lo de siempre? —Sonrió con un gesto sombrío y

perturbador.

—Ya lo sabes —dijo al apartarla de su lado.

—Perfecto. —Sonrió—. Entonces, cenemos —contestó alegre con un gesto perturbador.

—No quiero cenar, estoy cansado por el trabajo. Me voy a dormir. —Subió las escaleras con paso firme.

—No me tientes, cariño. Recuerda que si caigo, tú también lo harás conmigo. —Comenzó a reír a carcajadas.

El corazón se le encogió en un puño. Tragó saliva y continuó subiendo las escaleras sin mirar atrás. La maldad que Sonia desprendió con sus palabras le hizo ponerse alerta. Al llegar al umbral de la habitación sintió cómo el móvil empezó a vibrar. Contestó rápido.

—Dime, Sole.

—Eloy, he quedado con Nina en un bar cercano al Museo de Historia. Alberto está de camino. Necesitamos que vengas, es importante.

—De acuerdo, ahora mismo voy.

Descendió las escaleras para salir a la reunión improvisada. Sonia le esperaba con los brazos cruzados cerrando el paso de la salida.

—¿Dónde vas?

—Hoy han matado a otra persona. Hemos quedado con alguien que nos puede ayudar. —Cogió a Sonia por el brazo y la apartó para poder pasar.

—Ten cuidado, no querrás hacerme daño, ¿verdad? Ya sabes que con una llamada de que me has dado una pequeña paliza, te quedas sin trabajo. —Sonrió—. Espero que eso no se te haya olvidado. —Con una mirada despectiva, le miró de arriba abajo y volvió a la cocina.

El aire se había vuelto más denso de lo normal en esa casa. Le costaba respirar cuando ella estaba cerca. Su vida se había vuelto un perfecto calvario. Avanzó con zancadas más grandes. Accedió al coche y vio a su mujer, cómo le observaba desde la ventana de la cocina. En ese momento se dio un golpe en la cabeza contra la encimera de la cocina. Comenzó a sangrar por la frente sin dejar de mirarlo con una sonrisa. Levantó la mano y le dijo adiós. Eloy suspiró, desesperado y temeroso. Sus entrañas se encogieron. El miedo le paralizó unos

segundos en la misma posición dentro del coche. Al reaccionar, encendió el vehículo y se marchó. Debía acabar con ello cuanto antes. La mejor decisión para cubrirse las espaldas sería no volver a casa, al menos por un tiempo. La decisión estaba tomada. El primer paso sería hablar con el doctor.

Capítulo 16

Comenzó a chispear cuando el agente se encontraba cerca de las instalaciones del encuentro improvisado con el equipo. «Soledad ha dicho que es urgente. ¿Qué habrá ocurrido?». La mente curiosa del inspector no dejaba de trabajar. Las gotas golpeaban los cristales de manera intermitente y con fuerza. Las calles estaban carentes de transeúntes cuando el agente accedió al bar. Las personas corrían ahuyentadas de un sitio a otro ante la inesperada llegada de la prominente lluvia. Le llamó la atención una pareja de enamorados escondidos de las gotas bajo el refugio de un portal. Abrazados, se regalaban besos y palabras de cariño. De manera inconsciente se preguntó si aquella relación sería para siempre. Les deseó que su vida juntos fuera mejor que la tortuosa que le había tocado a él. Abrió la puerta del bar y con un simple golpe de vista localizó a sus compañeros, que hablaban a susurros con Nina. La mujer no dejaba de gesticular expresando su pesadumbre y premura ante la situación. Sintió la corazonada de que Nina había encontrado la línea de investigación más razonable para explicar los sucesos que habían desembocado en dos asesinatos, de momento.

—Buenas noches —saludó quitándose el abrigo y limpiándolo de las gotas que lo decoraban. Lo colocó detrás del respaldo de la silla que le habían reservado sus compañeros.

El interior del local estaba prácticamente vacío. El ambiente sombrío que había dejado a su paso la meteorología y los asesinatos no colaboraban a la economía de los hosteleros de la capital. Había un psicópata suelto del que la Policía no conocía la identidad y el miedo irracional había recluido aparte de la población en sus hogares.

—Me ha llamado Nina, tenía que hablar con nosotros de manera urgente —se excusó Soledad por la llamada a esas horas.

—No te preocupes.

—Verás, ya se lo he explicado a ellos antes de que llegaras. Creo que está haciendo una reproducción del Motín de Esquilache, pero a la inversa.

—Ha empezado por el lugar del asesinato, luego por la búsqueda del ministro italiano, ¿y ahora?

—Ahora lo que debería ocurrir sería el motivo que hizo a los madrileños amotinarse. El origen del conflicto tuvo lugar en la plaza de Tirso de Molina, donde los guardias les cortaron las capas a unas personas que paseaban y no habían cumplido la orden —argumentó

Nina nerviosa, moviendo las manos al ritmo de sus palabras.

—Vale. Pero ¿cómo podemos adelantarnos? —intervino Alberto.

—Ese es el problema. No está siguiendo una línea paralela en el tiempo. Puede ocurrir hoy, mañana o pasado. —Suspiró.

—Nos lo está poniendo complicado. ¿Crees que debemos hacer guardia en la plaza? —preguntó Soledad mirando a Eloy.

—No lo sé. Tengo la sensación de que ya lo tenía planeado. Cada uno de sus pasos juega al despiste. —Alberto se levantó—. ¿Queréis algo de beber?

—Yo quiero un café solo, lo voy a necesitar —respondió Eloy.

—Lo mismo —dijo Nina.

Soledad negó con la cabeza y levantó su taza, que aún estaba repleta de café humeante. Alberto siguió su destino a la barra y esperó pacientemente a que el camarero le atendiera a pesar de estar prácticamente vacío.

—Llevo dándole vueltas a la idea de que quizá los enfermos mentales solo sean unos títeres y los haya utilizado para despistarnos —reflexionó Eloy.

—¿Tú crees? —Soledad entrecerró los ojos, perpleja.

—Puede ser. Mientras os tiene entretenidos con las víctimas él puede ir preparando su siguiente escenario. —Nina miró a los agentes tras decir la conclusión en alto. Sus manos rodeaban la taza caliente.

—Tiene sentido. Aunque no podemos dejar de investigar el entorno de las víctimas. Puede que no sean parte del plan, pero estoy seguro de que sí conocían a su agresor. Necesitamos conocer la identidad de la siguiente. Quizá sí estamos equivocados y la victimología nos está dando pistas del asesino. —Eloy miró el reloj. El estómago le estaba rugiendo—. Voy a pedir comida. ¿Queréis algo?

—Yo sí. No he cenado nada —respondió Nina tímidamente.

—No, gracias. Comí un sándwich de camino —dijo Soledad.

—Me tengo que ir en cuanto acabemos, mi señora me estará esperando cabreada. Llegar a casa y darme la vuelta… Que la dejen plantada no lo lleva bien —agregó Alberto con los cafés en la mano—. Me tomo esto y me voy.

—Tiene razón, nos estamos entreteniendo. Mañana haremos guardia en la plaza. A primera hora todos allí. —Eloy dirigió sus ojos

a Alberto para que confirmara su decisión.

—Me parece correcto. Es lo mejor. Sole, llévate el ordenador. Trabajaremos mientras esperamos. La guardia nos puede llevar varios días. No creo que actue tan rápido. Por lo que hemos visto es una persona prudente. Lleva tiempo preparando esta masacre. Ahora no se la va a jugar de manera precipitada. —Alberto se bebió el café de un sorbo. Su mujer estaría esperando que llegara.

—Vale, me llevo el portátil. Vete, Alberto, nos quedamos nosotros. Mañana te lo contamos. —Soledad movió la mano varias veces para que su compañero se marchara.

—Está bien. Si necesitáis localizarme, ya sabéis. —Agitó el móvil que segundos antes había sacado para comprobar que su mujer no le había llamado. Cogió el casco que tenía debajo de la mesa.

Eloy levantó las cejas.

—Ahora sí entiendo por qué tu mujer está esperando. —Agitó la cabeza símbolo de la incomprensión de Alberto al coger la moto después del accidente tan grave que sufrió y lloviendo.

—¿Qué quieres que haga? Solo ha sido un momento para venir aquí. Era la manera más rápida de llegar. La verdad es que se ha quedado en casa enfadada, mirándome por la ventana. —Imitó la cara de enfadada de su mujer—. Ahora lo soluciono.

—Más te vale que lo arregles. Ten cuidado, que ha llovido.

—Descuida, siempre lo tengo. —Levantó el pulgar y salió por la puerta del bar, apresurado.

Capítulo 17

Alberto salió por la puerta. Sus compañeros y Nina aún se quedarían un rato más en aquel bar. Eloy se levantó y pidió comida para irse de allí con el estómago lleno. Había tomado la decisión de no volver a casa, esa misma noche buscaría un hotel para dormir. Con los platos en la mesa y unos nuevos refrescos, empezaron a cenar.

—He estado pensando mucho en lo que os he dicho de la recreación del motín a la inversa. La Guardia Valona era la que se encargaba de controlar al pueblo. Era un cuerpo creado por italianos. Sabéis que el rey Carlos III ya había gobernado en Italia cuando le hicieron rey en España. Trajo ministros y parte de la corte que le servía, pero también una idea del cambio de la sociedad española para asemejarla a la italiana. Según su criterio, más evolucionada que la nuestra.

—Supongo que querría que la sociedad española progresara como el resto de Europa.

—Sí, pero muchas medidas de las que introdujo Esquilache como, por ejemplo, el nuevo alumbrado de las calles e infraestructuras, no fueron bien recibidas. El motivo era simple: Las había realizado un ministro italiano. En Madrid se quería que las personas que pertenecieran a la corte fueran españolas. —Sacó un papel con los requerimientos del motín—. Mirad, aquí los tenéis. Puede que os sirvan para alguna pista y no la paséis por alto.

Soledad cogió el papel. Lo leyó en alto. Eloy continuó comiendo sin dejar de escuchar y prestar atención a las dos mujeres.

1. Que se destierre de sus dominios españoles al Marqués de Esquilache y a toda su familia.

2. Que no haya sino ministros españoles en el Gobierno.

3. Que se extinga la Guardia Valona.

4. Que bajen los precios de los comestibles.

5. Que sean suprimidas las Juntas de Abastos.

6. Que se retiren inmediatamente todas las tropas a sus respectivos cuarteles.

7. Que sea conservado el uso de la capa larga y el sombrero redondo.

8. Que Su Majestad se digne a salir a la vista de todos para que se pueda escuchar por boca suya la palabra de «cumplir» y «satisfacer» las peticiones.

—No me parecen unas exigencias tan extrañas —dijo Soledad al terminar.

—A mí tampoco. —Eloy hizo un inciso de la ingesta para continuar hablando—. He leído que uno de los motivos reales fue el hambre, ¿es cierto?

—El hambre influyó, sin ninguna duda. A mi parecer fueron varios los motivos. La llegada de Carlos III introdujo cambios drásticos por manos italianas. A los españoles no les gustó que llegara gente extranjera a imponerles costumbres europeas —agregó—. Una temporada antes del disturbio, se cambió el alumbrado público de la calle Atocha. La protesta de los madrileños fue romper la totalidad de las farolas mientras vitoreaban «¡Muerte a Esquilache!» a lo largo de la revuelta. —Levantó la mano para dar énfasis al grito de los madrileños.

—Leyes de ministros extranjeros y el hambre fueron los motivos que provocaron el pequeño motín. Era de esperar —concluyó Soledad, que hacía varios minutos que había dejado de picar.

—¿Qué ocurrió con las capas y los sombreros en la plaza de Tirso de Molina? —preguntó Eloy a Nina.

La historiadora se quitó las gafas para restregarse los ojos. Se notaba que estaba cansada. Había hecho un gran esfuerzo en mantener esa reunión con la esperanza de serles de ayuda a los policías para detener al asesino.

—Cuando se impuso el bando con multas económicas, la Guardia Valona paseaban por las calles cortando *in situ* las capas largas. El abuso de poder y la humillación a la que fueron sometidos por no abandonar sus costumbres fue el caldo de cultivo —explicó—. Durante la revuelta, los madrileños decidieron vengarse como consecuencia a la imposición de Esquilache de llevar el sombrero de tres picos. Así que, cuando la multitud enfurecida se encontraba con gente que cumplía el mandamiento, les cortaba los tres picos del sombrero, imitando el gesto de la Guardia Valona con las capas. —Cruzó las manos encima de la mesa—. Creo que la última víctima esconde la pista que nos confirmaría la lógica de los asesinatos.

—Puede ser. El asesino quiere que se haga justicia por un hecho pasado que afectó, con toda probabilidad, a su futuro. ¿El qué? No lo sé. —Soledad se levantó y cogió su abrigo.

—Un momento. ¿Tiene alguna relación la Santa Inmaculada con el motín? —recordó Eloy el tatuaje de Javier Romero.

Nina se quedó pensativa. Se colocó las gafas después de limpiarlas. Con la barbilla encima de la mano intentó hacer memoria sin el resultado deseado.

—Lo siento, pero creo que no. ¿Tenéis otra pista?

—La poesía nos da el mensaje del despotismo ilustrado, el motivo desencadenante del motín. El rey quería imponer sus reglas a los madrileños, amparado por el despotismo. Hasta aquí estamos todos de acuerdo. Ahora bien, en el cuerpo de la primera víctima descubrimos que hacía pocos días se había hecho un tatuaje de la Inmaculada Concepción. Hace poco, días. —repitió Eloy nervioso con la mirada fija en Nina. Esperaba que tuviera una respuesta que justificara el hallazgo—. Debe tener un significado. —Su voz sonaba desesperada por encontrar una respuesta al tatuaje—. Hay que averiguar cuál es.

—Voy a seguir pensando. Buscaré información por si se me hubieran pasado detalles importantes de la virgen.

—Es importante que nos ayudes. Si crees que los sucesos van a ocurrir al revés, el siguiente sería romper las farolas de la calle Atocha, ¿no? —preguntó Eloy sin estar seguro. Soledad continuaba a su lado con el abrigo puesto.

—Si la recreación de los sucesos no se salta ninguna de las partes, sí.

—En ese caso, supongo que hasta que no estén todas las farolas rotas no habrá más víctimas, ¿puede ser? —preguntó Soledad para confirmar su opinión.

—Sería la señal para saber que el siguiente crimen se acerca —resolvió Eloy.

—Puede que tengáis razón, pero puede que el asesino se salte ese pequeño detalle y pase directamente a matar a la siguiente víctima —añadió Nina con un tono conciliador y responsable de no dar nada por cierto.

—Tenemos mucho trabajo que hacer todavía. Es mejor que nos vayamos a descansar. —Eloy se levantó y se puso el abrigo. Soledad seguía a su lado.

—Sí, se ha hecho tarde. —Nina miró el reloj después de colocarse el bolso.

El agente se acercó a la barra a pagar. Después de liquidar la deuda y de los agradecimientos de las mujeres por la cena, salieron del bar. Eloy miró el móvil. Tenía dos notificaciones: una de Sonia y otra de Alberto. Su compañero sabía que la relación con su mujer no iba bien. Lo supo desde el primer incidente que Eloy no quiso reconocer.

—Muchas gracias, Nina, por tu tiempo. Te llamaremos en cuanto sepamos algo más.

—Podéis llamarme sin ningún problema. Me encanta poder ayudaros a detener a un asesino.

Nina se dio la vuelta. Se despidió de nuevo con la mano para desaparecer por las sombrías calles. La lluvia había cesado, pero el frío y la oscuridad de la noche continuarían hasta el nuevo amanecer. Sería entonces cuando el sol volvería a calentar lo que el invierno le permitía. Los individuos volverían a sus ajetreadas vidas sin importar que un asesino estuviera matando gente y dejara sus cuerpos en algunos de los edificios más enigmáticos de Madrid.

Capítulo 18

Los agentes de homicidios empezaron a andar por las calles húmedas. El silencio inundaba el ambiente a altas horas de la madrugada. Soledad llevaba rumiando desde hacía días hacerle una pregunta a Eloy. No se atrevía. Eran amigos, pero no tenía la confianza con él para hacerle una pregunta personal. Pensó que necesitaba desahogarse. Le vendría bien hablar con alguien que contara con su fidelidad. La discreción predominaba en las personalidades del equipo, pertenecía al día a día de su trabajo, por lo que Soledad era la candidata perfecta para contarle un secreto que nadie más necesitaba saber. Después de unos cuantos metros, se decidió a hablar. Eloy sabía que algo le rondaba la cabeza. Esperó a que tomara las riendas de la conversación, si finalmente se decidía. Quería a Soledad como si fuera una hija. La protegía y cuidaba. A veces, incluso se excedía en que no le ocurriera nada malo. Ella lo sabía. Por eso cuando seguían las pistas para encontrar a un asesino le daba las tareas menos peligrosas o no la dejaba ir sola, sin Alberto o sin él mismo. Soledad le miró con ojos amables. Con un tono cauteloso y repleto de cariño, preguntó:

—¿Está todo bien? En casa me refiero —habló dubitativa.

—No, Sole. Hace muchos años que nada va bien. —Le dedicó una mirada paternal con las manos metidas en los bolsillos—. He tomado una decisión. Mañana empezaré una nueva vida.

—¿Qué pasa, Eloy?

—No me quiero adelantar. Si te necesito, te avisaré, no te preocupes. Sé que siempre has estado ahí. —Le dio un pequeño golpecito en la espalda.

—De acuerdo. Supongo que cada situación requiere un tiempo. Tú necesitas el tuyo. ¿Estás bien? —insistió.

—Tranquila, de verdad. —Se detuvo y cogió a Soledad por los hombros—. No te preocupes, estoy bien. Gracias de nuevo.

—¿Has dejado el coche aquí?

—Sí, tú primero. —Se apartó para que la agente pasara primero al interior del ascensor del parking.

Fueron hasta la recepción, pagaron y se separaron. Habían aparcado en distintas plantas. Eloy debía buscar un sitio donde dormir una larga temporada. Por primera vez en su tormentosa vida, sentía que iba por el camino adecuado, por el correcto. Aunque, sin lugar a

duda, era el más complicado y tortuoso de recorrer. Una larga temporada de chantajes y mentiras era lo que se acercaba como consecuencia de su decisión.

Antes de meter ni siquiera la llave para arrancar el motor, recibió un mensaje. El doctor Manuel posponía su reunión. Le había surgido una conferencia de urgencia para sustituir a un colega y debía viajar a Barcelona. Leyó los mensajes anteriores que tenía sin leer. Alberto le avisaba de que había llegado a casa. Sonia solo escribió una amenaza: «Te lo advierto». Después de leer el mensaje de su mujer, se enfureció y se convenció todavía más de que lo debía hacer. No podía seguir aguantando las amenazas. La verdad debía ganar. Si al contarla perdía la batalla y su trabajo de policía, sería el precio que tendría que pagar por su pasada cobardía.

«Ahora que no tengo que ir a la consulta, seguiré con el caso y la investigación. Es probable que sea mi último caso como policía».

Salió exhausto con el coche y se dirigió a la zona de Tirso de Molina. Buscaría un hostal cercano a la plaza y un *parking*. Así podría vigilarla de cerca el tiempo que durara el caso. Si necesitaba trasladarse más adelante no tendría inconveniente en hacerlo. Le gustaba conducir porque le ayudaba a ordenar sus pensamientos. A pesar del frío, bajó unos centímetros la ventanilla para que el aire chocara en su rostro lúgubre. Olió el asfalto mojado y la brisa que refrescaba el aire de Madrid. Le sentó bien para sentirse libre y capaz de hacer lo justo. Se lo debía. «Dejaré el coche en la plaza Jacinto Benavente». Estaría cerca de las escenas del crimen y de los posibles altercados que tendrían lugar en los próximos días.

Bajó por la calle del doctor Cortezo. Observó la gran vista del Teatro Calderón y llegó paseando hasta la plaza de Tirso de Molina. La zona no era de las mejores de Madrid. Hacía muchos años que había ido empeorando poco a poco. Cada día eran más frecuentes los altercados, los robos y las peleas. Estar a pocos metros de Lavapiés había perjudicado gravemente el centro de la capital. Cruzó la plaza poniendo especial atención a las farolas que iluminaban la zona hasta donde su vista alcanzaba de la calle Atocha. «Parece que está correcto. La calle está iluminada. No hay farolas rotas». La comprobación le había dado cierta esperanza de que no se cometiera ningún crimen en un periodo corto de tiempo. Ello supondría que la investigación no sería contra reloj y trabajarían con márgenes de tiempo suficientes para no cometer errores. No había que confiar en que fuera así, pero al menos ese día le reconfortaba pensarlo. Dormiría mejor o lo intentaría.

Tras pasear durante un largo tiempo por la noche madrileña, se

cercioró de que los crímenes habían hecho mella en la sociedad. Las calles estaban más vacías que de costumbre. La gente tenía miedo. Un loco que vestía a las víctimas con capa y sombrero los había asustado. La prudencia y la cautela se tomarían como los valores más predominantes en la mente de los individuos. Finalmente, y cansado de escuchar sus pensamientos arrollándose unos a otros, optó por tocar al telefonillo del siguiente hostal que se encontrara. Había vagado sin rumbo y tuvo que volver sobre sus pasos para no alejarse de la que se convertiría en la zona cero para el próximo crimen. Subió las escaleras que conducían al hostal. No tenía una decoración digna de mención ni un ambiente acogedor. Sin embargo, a Eloy le parecía que olía a liberación. Una sensación de libertad y conciencia tranquila hizo que una sonrisa se dibujara en su rostro. Creía que era el hostal en las peores condiciones que había visto, pero a la vez era donde su conciencia dormiría en paz. Se registró en la recepción con un chico al que parecía molestarle su presencia. Había interrumpido su sueño. Intentó darse la máxima prisa posible para poder dormir durante más tiempo. El hospedaje elegido fue aquel cuya ventana daba a la calle Atocha y a la vez se veía la plaza de Tirso de Molina. Se alegró de la elección. Tenía una ubicación excelente para su propósito. Con la llave en la mano, abrió la puerta. Tras entrar, se quedó quieto unos segundos. Respirando la paz y el aire eléctrico de la habitación.

Sonrió como hacía tiempo que no recordaba. Se descalzó, se quitó el abrigo y se estiró en la cama con la mirada hacia el techo. Cerró los ojos mientras repasaba las escenas de los crímenes. «¿Qué puede llevar a una persona a matar de esa manera?».

El móvil no dejaba de vibrar de manera continuada. Eloy sabía que era Sonia. En muchas ocasiones utilizaba la técnica de la extorsión con él. Cuando observó cómo se daba el golpe contra la encimera, sabía que lo que vendría después serían continuas amenazas. Llevaba años atormentándole para que no la abandonara. Si lo hacía, le denunciaría por malos tratos. Si presentía que iba a dejarla, se autoinfligía daño para poder denunciarle si no volvía. Una denuncia de malos tratos para un policía suponía la inmediata expulsión del cuerpo hasta que se demostrara que era mentira. Le arruinaría la vida. En esa ocasión era diferente. No se doblegaría ante ella nunca más, el sometimiento del imperio de Sonia había llegado a su fin. Se levantó de la cama repleto de energía positiva y con el coraje que llevaba tantos años sin sentir en su propia piel. Observó su reflejo en el espejo. «Ya no te reconozco, querido amigo. Ya no.

»Tienes que luchar. No puedes seguir así.

»Deja tu miedo atrás. Continúa. A pesar de las consecuencias.

La verdad es el único camino».

Capítulo 19

La agente de homicidios llegó a su apartamento minutos antes de que comenzara, de nuevo, a chispear. «Justo a tiempo». Vivía en un piso de una habitación en el puente de Vallecas. A los compañeros patrulleros siempre les daba miedo hacer rondas por esa zona, lo que provocaba en ella multitud de carcajadas sonoras a costa de ellos. Se había criado en el barrio y le encantaba. Para ella era como vivir en un anuncio de Benetton, era multicultural y la gente, a pesar de lo que dijeran los medios de comunicación o las lenguas viperinas de individuos que nunca habían pisado el barrio, era excepcional, simpática y amable. Cuando ocurría un incidente en la calle, no eran pocos quienes bajaban de sus casas para ayudar. No les gustaban los problemas y, menos aún, problemas que estigmatizaran sus calles ni a sus vecinos.

La razón por la que odiaba llegar a altas horas de la noche era porque no tenía garaje. Era imposible encontrar sitio. Tuvo que dar varias vueltas por el barrio hasta que finalmente encontró un hueco cerca del Mercado de doña Carlota. Vivía en la calle Santa Marta. Por lo que tuvo suerte al encontrar un sitio tan cercano a su casa. Había un hombre sentado en un banco cerca del Colegio de Ciudad de los muchachos. «No le he visto nunca». Le pareció rara la presencia de un chico solo a esas horas de la noche con un tiempo tan desagradable. La madera de los bancos estaba mojada por la tormenta que había hecho acto de presencia durante largas horas. Soledad tenía la pistola siempre consigo. Nunca tenía miedo. No era su especialidad. Sin darle más importancia siguió andando hasta su portal. Antes de llegar metió la mano en el bolso para sacar las llaves y no perder tiempo. «Aquí están». Con las llaves en la mano se dio cuenta de que el hombre del banco caminaba detrás de ella. Se paró y giró la cabeza. El caminante iba con una capucha en la cabeza. Las primeras gotas estaban apareciendo en el cielo.

—¿Me estás siguiendo? —preguntó desafiante con la mano en la parte de atrás del pantalón. Rozó la pistola.

—Claro que no. —Se quitó la capucha para que viera su rostro —. Perdona. Esta tarde dijiste que vivías por aquí… —se disculpó avergonzado—. Necesito hablar contigo.

—Por supuesto. Pero no hacía falta que me siguieras, y menos hasta mi casa. Venga, vamos, te invito a un café. Hace mucho frío.

—No, tranquila. Si quieres vamos a un bar cercano.

—¿Estás de broma? Aquí a las once ya no hay ningún bar abierto. —Sonrió. Movió su mano para que la siguiera—. Es aquí mismo. —Señaló el portal que se encontraba a unos metros.

—De acuerdo. No te quería molestar, pero es importante. —Agachó la cabeza.

—Está bien. No te preocupes.

Soledad abrió el portal. Sujetó la puerta para que su acompañante improvisado entrara detrás de ella. No le conocía de nada, pero supuso que lo que tenía que decirle debía de ser importante para presentarse aquella noche en su busca. Juan se encontraba aparentemente asustado. El miedo se podía respirar en cada poro de su piel. Estaba involucrado de cierta manera en el asesinato de su hermano. Sus ojos trasmitían la culpabilidad de no haberse dado cuenta de que corría peligro. «Pensaba que no le creería por su enfermedad mental y no se lo contó. Estaría muerto de miedo durante días, o quizá meses», caviló la agente mientras subía a su apartamento.

—Pasa. Quítate el abrigo. Te puedo dejar una sudadera que tengo de mi hermano, ¿quieres? —preguntó Soledad parada delante de la puerta.

—No te quiero molestar, de verdad.

—No es molestia. Estás empapado, te la traigo. Supongo que no querrás ponerte enfermo. —Desapareció al entrar en la habitación.

Juan no sabía qué hacer. Se encontraba incómodo por su manera de actuar. Parecía un acechador nocturno. Lo único que le consolaba era la reacción de la agente. Halló un haz de tranquilidad cerca de ella. No sabía qué pensaría de él. Soledad volvió aparecer con ropa seca y la sudadera que le había prometido.

—Toma. —Extendió la ropa con un movimiento lento—. Puedes ir al baño si quieres secarte. ¿Café o tila? —Se dirigió hacia la cocina sin esperar la respuesta.

—Creo que es mejor una tila. La voy a necesitar para dormir esta noche. —Con la sudadera todavía en la mano, fue al baño para secarse el pelo. Se había empapado mientras esperaba bajo la lluvia.

Soledad cogió dos vasos de cristal transparente con círculos de colores. La decoración en su apartamento trasmitía felicidad y optimismo. Había multitud de colorido en cada rincón. Llenó uno de los vasos con agua para meterlo a continuación en el microondas. Ella prefirió café. Por las mañanas preparaba el líquido marrón en una de las antiguas cafeteras de acero inoxidable. Para ella era el mejor café.

No había comparación con los nuevos inventos de las cápsulas. Vertió un poco en su vaso y agregó leche. Abrió uno de los estantes de arriba para sacar el azúcar. Cogió una cuchara pequeña que luego echó en su vaso. El microondas le avisó del tiempo. Sacó el vaso de agua y metió su café. Se aseguró de que seguía en el baño sacando la cabeza por la puerta. Nada. Volvió a su tarea. Metió la bolsita de tila en el agua y salió de la cocina con las dos tazas llenas. No estaba segura de qué se le pasaría por la mente para presentarse de aquella manera tan tétrica en casa de una agente de homicidios. Después de unos minutos, le pareció que tardaba en exceso. La apariencia de aquel hombre le dio mala espina. Parecía que se sentía perdido y desolado. «Espero que no haga ninguna locura. Puedo ayudarle en lo que necesite». Corrió rápido cuando la idea de que se suicidara paseó por su mente. Aporreó la puerta al no escuchar ningún ruido.

—¿Juan? ¿Estás bien? —preguntaba dando golpes suaves para no preocuparlo.

—Sí, tranquila. Me estoy secando. —Abrió la puerta.

—Vale. Perdona. —Comprobó que había estado llorando hacía unos segundos—. No sé qué pasa, pero vamos a solucionarlo. —Le acarició el hombro.

Juan dejó la toalla. Caminaron hasta el sofá donde se sentaron. Las tazas calientes les estaban esperando. Juan giraba la cuchara para enfriar la tila.

—Perdóname, no sabía a quién acudir.

—Tranquilo, puedes confiar en mí. ¿Qué ha pasado? —La voz trasmitía un mensaje de paz y esperanza.

—Lo sé. —Asintió—. Cuando os fuisteis me puse a buscar la foto de Navidad y el diario de mi hermano. Me resultó extraño que no estuviera en su sitio. Tuve malas sensaciones de lo que estaba ocurriendo. —Se movió en el sofá para que sus ojos se cruzaran con los de la agente—. Revolví la habitación entera buscando por los cajones, el armario e incluso en el resto de la casa. Nada. No encontré nada. Me senté en la cama de mi hermano, desesperado. No sabía qué hacer, dónde buscar. Se lo debo. —Un llanto silencioso y pausado apareció en la conversación—. Me tumbé sin dejar de llorar. Fue entonces cuando encontré esto. —Se ahuecó en el sofá y del bolsillo trasero del pantalón sacó un papel doblado.

Soledad abrió los ojos de par en par ante la sorpresa que se estaba desplegando ante sus vivaces ojos. En un folio con claras marcas de haber estado escondido, Javier había escrito lo que le

atormentaba. Además, les había dejado una pista en clave para comprender parte de los sucesos. Había dibujado un carnero dorado rodeado de fuego. Javier estaba en peligro. Lo sabía. La agente cogió la hoja entre sus manos temblorosas. Leyó en alto con la voz quebrada.

«Ahora vienen a por mí. Tenemos miedo, pero nadie nos creerá porque somos enfermos mentales. Estamos perdidos. He intentado huir, pero siempre nos encuentra. Probablemente me mate por no unirme a su plan. No tengo elección. Estoy cansado».

Al terminar la lectura sintió cómo un escalofrío recorría sin piedad su esbelto cuerpo. Javier conocía a su agresor. Las miradas se cruzaron infundiendo sorpresa y a la vez un atisbo de esperanza con las palabras que la víctima había dejado plasmadas antes de su asesinato. Los nervios provocaron que Soledad se levantara y sentara de nuevo en cuestión de segundos. Inhaló profundamente tanto aire como sus pulmones le permitieron ante el mutismo de su visita.

Capítulo 20

—¿Ahora qué hacemos? ¿Sabes de lo que está hablando? —preguntó angustiado Juan.

—No lo sé. Por lo que pone en la carta creo que quien les ha matado los obligaba a realizar acciones que ellos no querían. Pero ¿quién puede ser?

—Ya os dije en mi casa que Javier no tenía muchos amigos. Solo los del grupo de terapia.

—Nos tienes que decir el lugar de reunión. —Soledad le cogió la mano con la intención de tranquilizarle.

—No sé dónde se reunían. Solo sé que era fuera del centro.

—¿Cómo? ¿No eran reguladas por un psiquiatra? —preguntó atónita la agente.

—No. Para que lo entiendas, eran quedadas de amigos. Los integrantes eran enfermos mentales, por eso lo llamaban reuniones o grupo de terapia —explicó—. Para ellos eran importantes porque se desahogan sin tapujos, sin que nadie les estuviera analizando. Tenían la libertad de expresarse sin ser juzgados. Todos padecían enfermedades mentales, por esa razón se entendían y apoyaban.

La agente parecía frustrada por la situación. A medida que avanzaban, las pruebas se multiplicaban sin nexo visible.

—Está bien. ¿Qué me dices de esto? —Señaló el papel donde se encontraba el carnero dorado.

—No lo sé. Lo siento. —Juan se encogió de hombros—. No tengo ni idea de qué puede significar. Puede ser un símbolo para ellos.

—El móvil de tu hermano no apareció en la escena del crimen. ¿Está en casa?

Juan parecía derrotado ante la pregunta. No podía ayudarlos. Negó con la cabeza. La agente dejó el papel en la mesa y se levantó. Sus nervios cada vez se hacían más visibles. Trabajar en un caso así hacía que la llevara al límite. No tenía experiencia en asesinatos con tantos flecos sueltos. Inició un camino en círculo alrededor del invitado. Pensaba mientras caminaba y hablaba a susurros ante la mirada de incomprensión de Juan.

—Creo que sé quién nos puede ayudar —resolvió, provocando un alivio en el rostro de Juan—. No quiero que te hagas ilusiones,

quizá sea una tontería, pero es la única opción que tenemos ahora mismo. ¿Para ti no significa nada?

Volvió a negar.

—Está bien. —Se agachó a la altura de Juan, que seguía sentado en el sofá—. Escúchame, vamos a encontrar a la persona que ha matado a tu hermano. Pero necesito que intentes hacer memoria de sus amigos, es importante.

—De acuerdo, pero no sé sus nombres, solo vi sus caras en la foto.

Soledad cogió el móvil que había dejado en la mesa del centro del salón. Comprobó la hora. «Demasiado tarde para llamar».

—Mañana intentaré por todos los medios encontrar un significado a esto. ¿Me lo puedo quedar?

—Por supuesto.

—No sabemos qué quiere el asesino y por qué ha elegido a tu hermano. Tienes que tener cuidado y precaución con tus movimientos —le advirtió.

—¿Quieres decir que estoy en peligro?

—No lo sé, pero es imposible descartarlo hasta que tengamos pruebas contundentes que nos indiquen lo contrario. No sabemos la relación de las muertes hasta el momento, así que la precaución y no exponerse al peligro es lo más sensato. Ten cuidado, ¿vale? —El tono era maternal y su voz suave y comprensiva.

—Está bien. —Se levantó del sofá y cogió su abrigo todavía húmedo—. Prométeme que me llamarás.

—Cuenta con ello.

Lo acompañó hasta la puerta para despedirse. Le dio un abrazo para intentar tranquilizarlo. Sin embargo, fue en vano. Su cuerpo temblaba de manera incesante. La muerte de un familiar ya es suficientemente trágica, pero morir asesinado y de aquella manera lo hacía aún más difícil de superar. La agente colocó los vasos en el fregadero sin dejar de pensar en el carnero dorado y las palabras escritas de Javier. «Tenía miedo, pero ¿de qué? ¿O de quién?».

Quería ayudar a Juan, pero se encontraba desbordada y desorientada ante la situación que estaba viviendo. Era un caso especialmente peliagudo. Al día siguiente llegarían los informes de las autopsias y la identidad de la segunda víctima. Sería un buen comienzo para despejar tantas incógnitas que se encontraban en el

aire. Dejó los vasos sin lavar y se dirigió al baño para cepillarse los dientes mientras contemplaba su reflejo desbordado de preguntas sin respuestas. Las dudas de su capacidad analítica sobre la psicopatía habían hecho una desoladora aparición. «No sé tanto de psicópatas como pensaba». Soledad cursó la carrera de criminología, siempre quiso dedicarse a cazar asesinos. Ahora que tenía uno tan cerca, su miedo de no estar a la altura le estaba haciendo perder el sentido común. Se enjuagó la boca para irse a dormir con el sabor del colutorio a la cama. Le encantaba el sabor a menta en su aliento. Sin embargo, el destino no había convocado el descanso en aquella inhóspita noche. Una fuerza interna procedente de su conciencia la empujó hasta el portátil que descansaba en el comedor. «No puedo fallarle. Tengo que encontrarlo». Se sentó en la silla y encendió el ordenador. Aquel carnero dorado tenía un significado y lo encontraría. Perder el tiempo era inconcebible por el grado de implicación y compromiso que había adquirido. Mandó un mensaje a Nina suplicando su ayuda ante el dibujo de Javier. La figura del carnero jugaba un papel fundamental. Se había molestado en dejar aquella nota por una razón. Parecía una carta de despedida cocinada a través del miedo atroz que Javier sentía al escribir las que serían sus últimas palabras plasmadas en papel.

Capítulo 21

El día se había despertado bajo una capa de tristeza. El rocío de la mañana empapó las penetrantes calles de Madrid con un manto de humedad. El ambiente desapacible acompañaba a los asesinatos que habían ocurrido y a los agentes de homicidios. Eloy se quedó dormido con la ropa puesta. El despertador sonó a las ocho. Su introducción al sueño fue latente a lo largo de la noche. Descansar bajo la presión a la que estaban sometidos era imposible. Eloy se despertó en varias ocasiones, cada vez más cansado y con menos empatía a la hora de someterse a un sueño reparador. Al cerrar los ojos, la imagen de Sonia mirándolo desde la ventana de la cocina con el chorro de sangre deslizándose por la frente, se alternaba con las facciones sin vida de las víctimas. Aunque el despertador no hubiera conseguido llegar a cumplir su función, no hubiera sido un problema, Eloy mantenía los ojos abiertos desde hacía varias horas. Durante la noche las gotas de sudor decoraban su marcada frente a pesar de los pocos grados que invadían la habitación.

Dirigió su ruta hacia el acogedor y minúsculo cuarto de baño. La ducha diaria era fundamental para salir a realizar su trabajo y la interacción social que requería. La sudoración continua sería una consecuencia de los problemas privados y laborales que se habían colado en su vida. Se echó abundante agua en las manos ahuecadas para, de manera rápida, soltarla en su rostro. Tenía la necesidad de despertarse de forma abrupta antes de entrar en la ducha para enfrentarse a su desapacible vida. Al salir del baño se encontraba más despejado, renovado. Tenía que solucionar su propio monstruo personal, pero debería esperar. Se acercaba el final de su carrera policial. Lo sabía. Le había costado años de esfuerzo y lucha conseguir su sueño y la reputación como el agente de homicidios en el que se había convertido. Era venerado y respetado por sus compañeros. La entrega sin descanso en la investigación criminal lo habían catapultado a ser uno de los mejores inspectores. Ahora se esfumaría por una mala decisión del pasado.

Llegó a comisaría alrededor de las nueve de la mañana. Apoderarse de un café con leche y extra de azúcar le pareció la solución a su falta de descanso. Sacó las monedas del bolsillo y las introdujo en la ranura de la máquina. En cuestión de segundos tenía su café preparado. Un pitido avisó a Eloy de que sacara su líquido preferido. Aquel ruido significaba mucho más que el café listo. También el comienzo del día. «Ojalá estén los dichosos informes». Alberto se encontraba en su puesto de trabajo con una gran sonrisa y

los ojos clavados en la pantalla de su ordenador. La comisaría estaba prácticamente vacía. Solían ser los primeros en llegar y los últimos en marcharse. Paulatinamente las instalaciones se irían llenando con la llegada del resto de agentes. Cuando Eloy entró en el departamento, supo en el mismo instante en que divisó a su compañero que los informes estaban en el correo electrónico. Solo le hizo falta verle la cara para confirmarlo.

Fue directo a la mesa de trabajo. Era el escritorio contiguo al de Alberto. Con la mano libre del café encendió el ordenador. Leería los datos del informe para continuar. «Al menos tenemos una buena noticia».

—¿Están?

—Eso es. —Abrió los brazos aclamando al cielo por el favor.

—¿Los has terminado? —preguntó al sentarse.

—No, espero que no tardemos mucho. ¿Has visto a Sole?

—No, estará llegando. Suele ser puntual.

El inspector no respondió. Levantó las cejas y agitó la cabeza hacia delante. Abrió el informe para leerlo inmediatamente, no quería perder más tiempo. Necesitaba cerrar ese caso antes de que le suspendieran del trabajo.

—Ahorcado, tatuaje de La Inmaculada y su nombre es Iván Prieto —dijo Eloy a la vez que leía en susurros.

—Enfermo mental: esquizofrenia paranoide —interrumpió Alberto con su lectura más adelantada.

—Tiene que existir una relación entre los enfermos, una conexión. Hay que encontrar urgentemente lo que los une. Sería mucha coincidencia que las dos víctimas fueran enfermos mentales, ¿no te parece?

Soledad apareció por la puerta con un relevante rostro de cansancio. La visita de Juan con la carta de su hermano la había despejado. Durante la vigilia pensaba en las palabras de Javier y el dibujo.

—¿La víctima también es un enfermo mental? —repitió la agente.

—Eso es. Tienes los informes en el correo. Léelo.

—Después, ahora nos tenemos que ir. Mirad. —Sacó de su bolso el papel que la noche anterior había estado analizando infructuosamente con Juan.

Los agentes se acercaron con los ojos entrecerrados llenos de curiosidad e intriga por el dibujo.

—¿Qué es eso? —preguntó Alberto con la mitad del labio levantado.

—Un carnero, ¿no lo ves? —respondió Eloy agitando levemente la cabeza de izquierda a derecha y poniendo los ojos en blanco.

—Ya lo sé. —Le devolvió la mirada—. Quiero decir qué significa en todo esto.

—Este papel lo encontró ayer Juan escondido bajo la almohada de la cama de Javier. Leed la nota. —Señaló el papel—. El grupo de terapia estaba formado por varios enfermos mentales, como nuestras víctimas. Tenían miedo de alguien. Hay que descubrir quiénes pertenecían al grupo y la relación con el asesino para poder atraparlo y meterlo entre rejas, donde debería estar —concluyó con los puños apretados y un tono de enfado.

—Vale, estamos de acuerdo. Pero ¿cómo vamos a hacer eso, reina? No tenemos manera de saber quiénes pertenecían a ese grupo y menos aún lo que significa ese dibujo. Aparte de que es un carnero dorado —contestó desanimado Alberto.

—Exacto. Pero quizá tengamos suerte con el dibujo. Vamos, coged los abrigos, nos vamos de excursión. —Comenzó a andar y se paró en seco—. Por cierto, dejad de ser tan pesimistas, eso no nos ayuda. Lo vamos a conseguir. Los pensamientos negativos, fuera. Son los que hacen que no consigamos nuestras metas. —Pasó sus manos por Alberto y después por Eloy, haciendo como que les quitaba la energía negativa y la echaba fuera—. Ya está. Venga, tenemos trabajo que hacer.

—En el fondo tiene razón, hay que ser positivos.

—Sí, pero también realistas. Tenemos pistas inconexas entre sí.

—Paciencia, Eloy. Recuerda que «La paciencia es la madre de la ciencia».

Soledad siguió andando sin dejar de parpadear al escuchar las nulas esperanzas sobre las escasas pruebas que tenían en ese momento.

—Rápido —apremió a sus compañeros al abandonar el departamento de homicidios—. Hemos quedado en el museo con Nina, nos va a ayudar con el carnero, cree que sabe lo que significa. Le mandé ayer un correo con una foto de la carta de Javier.

Capítulo 22

El cielo encapotado los acompañó hasta el museo donde Nina los esperaba. Le había impactado el símbolo del carnero dorado en la carta de Javier. Al abrir el correo que le había mandado Soledad con el dibujo, no daba crédito a lo que estaba viendo. Sus ojos se abrieron de par en par, víctima del nerviosismo. No comprendía el motivo que había llevado a incluir aquel símbolo tan enigmático en la historia con una confesión del miedo que sentía por su vida. Era el trabajo de los agentes encontrar la conexión y cada vez se les estaba complicando más la labor de llegar a una teoría con coherencia a través de las pistas que iban encontrando. Ella solo les contaría la historia. No quería meterse en asuntos policiales y que de alguna manera resultara perjudicada. Cada una de las pistas confirmaba un nexo entre el reinado de Carlos III y el asesinato. La poesía ratificó el inicio de la investigación al hallar la frase tan famosa y archiconocida del «despotismo ilustrado». Nina se encontraba ensimismada e inmersa en sus cavilaciones sobre su vida cuando escuchó los nudillos de los agentes golpear la puerta de su despacho. Esa mañana había salido antes de casa. No había podido dormir por la noche. El insomnio le había provocado deambular por su casa de un lado para otro sin control. Fueron varias las ocasiones en las que se trasladó de la cama al sofá y viceversa. Tomó varias infusiones relajantes sin que ninguna hiciera lo que prometía en la caja. Los nervios fueron aumentando estrepitosamente y decidió, desesperada, tomarse un par de pastillas que prometían lo mismo que las infusiones y que, de la misma manera, fallaron. Alrededor de los ojos se habían instalado unas bolsas marrones que le conferían un tono cansado y lastimero. Al escuchar el golpe dio un leve respingo en la silla. «Ya están aquí». Con la punta de los dedos se intentó peinar la melena para estar, con suerte, un poco más presentable. Sin embargo, la falta de sueño no se podía suplir con nada y dejaba huella irremediablemente. Se levantó circunspecta para recibirlos cumpliendo el protocolo y haciendo alarde de su educación y entrega a la investigación.

—¡Pasad! —gritó mientras caminaba los pocos pasos que la separaban de la entrada.

El inspector que encabezaba la marcha giró el pomo y abrió con un movimiento rápido y curioso por saber cuál era la información que la directora guardaba aquella mañana. Se topó de frente con la cara maquillada de Nina. En un intento de disimular las ojeras había utilizado un exceso de corrector que a cortas distancias se podía apreciar que no se había tomado el tiempo necesario de extender con

delicadeza.

—Ya estáis aquí. ¡Genial! Perdonad mi entusiasmo, puede que esté fuera de lugar, pero siento cosquillas en el estómago al formar parte de un caso tan importante —expuso sin dejar de rascarse la cabeza.

—Te agradecemos tu disposición en ayudarnos —agradeció Soledad.

—Por favor, sentaos. —Estiró una de las manos en dirección a las sillas vacías.

—Gracias.

—Deberías vestir con más colores. Solo vistes de negro y así atraes energía negativa —apreció la agente mientras se acomodaba.

—¿Ya estás otra vez? ¡Qué pesada eres con las energías y todo el rollo! —Se quejó Alberto con los ojos en blanco.

—Perdónala, es así, aprenderás a quererla o a odiarla.

—Tienen razón, ha estado fuera de lugar, perdona. —Sacó el papel del bolso para enseñárselo.

—Tranquila, tienes razón. —Sonrió levemente—. Siempre voy de negro. Debería escoger otro color. —Extendió la mano y cogió el papel con sus dedos largos y delgados.

Escudriñó el folio de arriba a abajo, por delante y por detrás. Leyó en varias ocasiones por encima de las gafas de pasta. Gesticulaba de manera constante, a lo cual los agentes reaccionaban entre sí con gestos de nerviosismo y desesperación por el silencio y la carencia de impresiones inmediatas. Les pareció que tardaba demasiado en articular palabras sobre lo que sus ojos veían. Eloy se acomodó inquieto y se contuvo de ser mal educado. La impaciencia le llevó a cambiar de pierna de apoyo en varias ocasiones, hasta que el poder de contención se le agotó. «Tenemos prisa y no podemos perder tiempo en un despacho con los brazos cruzados».

—¿Nos puedes ayudar, o no? No quiero ser desagradable, pero… —Pensó unos segundos sus siguientes palabras con la intención de no herir sus sentimientos—. Bueno, está muriendo gente y nuestro trabajo es buscar a un asesino, no estar en un museo —espetó Eloy, carente de tacto.

—¡Oh, disculpadme! ¡Claro! —Se percató de la urgencia—. Las pistas corroboran mi teoría de que nos remite a la época del reinado de Carlos III. El dibujo del carnero lo hace una vez más. —Se aclaró la garganta antes de continuar, mordiendo, como de costumbre, una de

las patillas de las gafas—. Es el emblema de la Orden del Toisón de Oro. Sin embargo, me descuadra la intención. Es una orden que se fundó por el duque de Borgoña y conde de Flandes, Felipe III de Borgoña en 1429. Está ligada con la dinastía de los Habsburgo y a las coronas de Austria y España.

—¿Qué tiene que ver con Carlos III? Si se fundó antes.

—Es una de las órdenes de caballería más antiguas en Europa. Sabéis que Carlos III tuvo un vínculo anterior con Italia. Así que trasladó la orden a su reinado. Es un símbolo de realeza. Quien posea el vellocino de Oro es quien ostenta el poder del trono.

—¿Qué es un vellocino? —preguntó con el ceño fruncido.

—Es la piel del carnero, la cual Jason y los argonautas buscaban en sus viajes.

—Un momento. Explica eso de Jason y los argonautas —preguntó Eloy sacando una libreta para apuntar lo que sabía que se le olvidaría en pocos minutos.

—Sí, eso. ¿Qué dice esa historia y qué tiene que ver con los crímenes?

—En primer lugar, dejar claro que no es orden de méritos del Estado, sino que va vinculada a la familia reinante. El Gran Maestre es el Rey de España. A su vez, la condecoración del Toisón solo puede ser nombrada por el rey, y no por los gobiernos, a diferencia de otras órdenes.

—Vale. Entendido. —Asintió con premura para que continuara sin florituras la explicación—. Orden de caballería vinculada a la dinastía. Solo los reyes pueden nombrar a otros miembros —repasó en alto con palabras aceleradas y un movimiento de muñecas para que avanzara—. ¿Y la leyenda de Jason y los argonautas? —insistió rotundo para que Nina no se fuera por las ramas y contestara a las preguntas.

El inspector se inquietaba con gente que tenía la personalidad de Nina. Solían hablar mucho, pero decían muy poco. Levantaba las cejas y sus ojos viajaban a la desesperación cuando narraba historias carentes de sentido para la investigación. De manera disimulada suspiró como ejercicio de contención. Esa mañana se encontraba especialmente nervioso.

—Es mitología griega. Jason era el futuro heredero de Yolco, pero su tío fue nombrado rey. Este temía peligrar su trono y consultó a un oráculo. Le advirtió que tenía que tener cuidado con un extranjero que se presentaría ante él descalzo. No conocía a su sobrino, y cuando

se presentó ante él sin zapato y con una lanza, reclamando su trono, le retó a que lo ostentaría si conseguía el vellocino de oro. Ese fue el viaje con los argonautas para hacerse con él.

—¿Y qué tiene que ver con el crimen? —masculló.

—Ni idea. El vellocino es un símbolo del poder que está relacionado con la zona en donde se creó: Brujas. Para conseguir el vellocino debía dejar secar la piel en un árbol que estaba custodiado por una serpiente que nunca dormía —resumió al percatarse de la desesperación del inspector por salir del despacho—. También debemos de tener en cuenta que esta es la historia más popular, pero, como en casi todo, existen multitud de historias de cómo lo consiguió.

—Me he quedado igual que al principio —soltó confuso Alberto al cruzarse de brazos.

—¿Alguna desgracia que le pasara a Jason? —preguntó Eloy esperando obtener una ínfima relación con las pistas que tenían en su poder.

—Su mujer, Medea, fue quien le ayudó a conseguir el vellocino de Oro. Después de diez años y tener dos hijos, la abandonó para irse con Creúsa, hija del rey de Corinto. —Nina se acomodó en su asiento para resolver el triste final—. Medea, para vengarse, mató a sus dos hijos, Mérmero y Feres. Bueno, y ya que estaba puesta, también mató a Creúsa.

—¿Cómo murió? —preguntó intrigada Soledad. Se acercó a la mesa para apoyar el codo y que la barbilla descansara sobre la palma de su mano. La historia estaba atrayendo su atención.

—Hay distintas versiones. La primera es que se suicidó por lo que le hizo Medea, y la otra, es que le pegó con un trozo de madera de la nave Argo y murió. Vete tú a saber cuál es la verdad. —Nina levantó los brazos ante las diferentes versiones y se apoyó en el respaldo del asiento.

—¿Dónde está Yolco?

—En Grecia, así que no creo que tenga mucho que ver con los asesinatos. No le encuentro coherencia a la pista. —Se encogió de hombros.

—Un momento, ¿quiénes son los integrantes de la Orden del Toisón dorado? —Eloy intentaba, incansable, encontrar una relación con las víctimas.

—Gente perteneciente a las clases altas, como duques, señores, reyes o con título nobiliario.

—¿Te podían desposeer de la orden?

—Por supuesto, y tenías la obligación de devolver la distinción igual que a la muerte del caballero.

—¿Sugerencias? —suplicó una lluvia de ideas entre los presentes.

Un abrupto silencio en forma de pensamientos se instaló en el despacho después de escuchar el relato de Nina. El equipo intentaba encajar mentalmente la relación que podría existir. Sin embargo, en un primer momento les pareció que era inexistente. Soledad barajó el hecho de que fueran ideas aleatorias para despistarlos. Una forma de entretenerlos y que él pudiera continuar con el macabro plan que tendría en mente desde el principio. Ladeó la cabeza y apretó los labios para continuar reflexionando y hallar la pieza que se les escapaba. Alberto la miró. Conocía el gesto de su compañera cuando estaba pensativa y comenzaba a discurrir y analizar situaciones.

Los teléfonos móviles de los agentes comenzaron a sonar de manera simultánea. Se encontraban absortos en la historia de la Orden del Toisón de oro cuando el estruendo les hizo volver a la realidad. El primero en descolgar fue Eloy.

—¿Qué pasa? Estamos juntos. —Se quedó en silencio para escuchar los acontecimientos—. ¡¿Qué?!

Soledad se levantó nerviosa del asiento.

«Algo está pasando. ¿Otro asesinato?».

«¡No puede ser!».

—¿Qué pasa?, ¿qué pasa? —repitió Alberto al levantarse.

El gesto del inspector cambió en cuestión de segundos. Con la mano libre se cubrió el rostro como símbolo de la desesperación.

—¡No puede ser! —exclamó con un grito.

—¿Qué pasa? —Alberto le cogió del brazo.

Nina contemplaba la escena con una mirada compungida. Tragó saliva sin apartar sus ojos cansados.

—¡Están ardiendo las farolas de la calle Atocha! —alzó la voz mientras colgó el teléfono y abrió la puerta con un movimiento rápido y atormentado.

Comenzó a correr abrumado por la noticia que acababa de escuchar. Los demás siguieron sus pasos sin mediar palabra. La recepción de lo ocurrido había provocado la rigidez de los músculos

del equipo. La magnitud de la quema llevaba aparejado consecuencias caóticas. «Por favor, que no haya ninguna víctima, por favor», pensó mientras avanzaba raudo por el pasillo sombrío.

—¡Vamos, rápido! ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Corred! —gritó Alberto, atormentado, sin dejar de avanzar.

—Voy con vosotros.

—No, de eso nada, puede ser peligroso —ordenó Eloy.

—Me da lo mismo. Creo que se está cumpliendo la historia del Motín. Me vais a necesitar —espetó siguiendo el paso a los agentes.

Capítulo 23

La emblemática calle Atocha estaba siendo víctima de un brutal acontecimiento. Se había convertido en un espectáculo de vigoroso fuego que llamaba la atención de los asustados transeúntes y predominaba en la gran mayoría de las conversaciones colindantes a las callejuelas. Por suerte para los residentes, la imprevisible propagación había sido controlada y la llamarada descendió hasta una nube negra de humo que embargaba el enérgico cielo. El ambiente vertiginoso había sacudido con fuerza el ritmo de la población acelerando los corazones de quienes habían vivido el impetuoso episodio. Las mandíbulas desencajadas fue la reacción del equipo al presenciarlo.

—¡No puede estar ocurriendo! —exclamó Soledad con las manos en la boca.

—¡Está siguiendo la ruta del motín! —añadió Nina con gran preocupación en sus ojos.

Las sirenas no dejaban de reproducir un ruido estridente y los vehículos de los servicios de urgencias y la Policía no dejaban de ser bien recibidos. Nina se quedó petrificada por una escena tan dantesca. La gente estaba asustada y corrían de un sitio a otro sin control ni rumbo. Las reacciones ante el miedo son inexplicables y cargadas de movimientos inconscientes. Los rostros reflejaban la desesperación e impotencia de hacer frente a una situación de ese calibre. Algunos habían roto a llorar al contemplar desolados las llamas. Por un momento los bomberos se vieron desbordados por la situación. El asesino había reproducido la situación de destrozo del alumbrado público para regocijo interno. Soledad fue la primera en divisar a Lisardo hablando con quien supuso que sería el jefe de bomberos. Necesitaban una explicación para aquel desastre público. Nina no se separó de los agentes ni un segundo. Quedó perpleja al ver la simulación del motín. No pudo contener sus gestos de sorpresa y asombro al levantar la mirada y ver la gran cantidad de farolas ardiendo. No quería entrometerse en los asuntos policiales, por lo que se quedó en un segundo plano detrás de ellos. Soledad encabezó la fila para hablar con Lisardo y el jefe de bomberos mientras seguían sofocando las llamas con gran avidez.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Alberto a unos pasos de llegar al lugar donde hablaban mediante susurros Lisardo y el bombero jefe.

Ambos giraron el cuello dejando visibles los rostros

desencajados para descubrir quién era el dueño de la voz. Lisardo la reconoció al instante.

—¿Cómo ha podido hacer este desastre?

—Mediante un dispositivo han ido estallando las farolas y han comenzado a arder —respondió entre suspiros—. Lo ha hecho paulatinamente para despistarnos del lugar donde se encontraba el foco del fuego.

—¿Eso es posible? —preguntó Soledad con una carencia absoluta de conocimientos sobre el fuego y la combustión.

—Sí, no es tan complicado, las farolas están enchufadas a la luz y con la multitud de cableado que hay en esta zona, no es difícil que prenda rápido —aclaró el bombero. Sacó un artefacto negro y quemado de uno de los bolsillos—. Esto es lo que ha utilizado para llevar a cabo su plan.

—¿Crees que tendrá alguna huella? —preguntó esperanzado.

—Imposible, sabía lo que hacía. Puede que alguno se salvara, pero sería de pura chiripa. Lo planeó para que también ardieran con la farola.

—¿No tenemos nada? —El inspector no dejaba de observar la calle ennegrecida por el fuego y la forma derretida de las farolas. Se masajeó la zona de la sien con fuerza.

—Sí, nos ha dejado un regalo envuelto en una bolsa de tela ignífuga. —Lisardo comenzó a andar hacia uno de los coches de la Policía.

Las miradas escépticas del equipo se cruzaron. Alberto frunció el ceño. No le daba buena espina que se hubiera tomado la molestia de dejar un «regalo» a buen recaudo. «Por favor, que no sea un regalo desagradable». Demasiadas películas de acción hicieron volar a su mente a partes del cuerpo humano enviadas en bolsas como obsequio. Esperaba no tener que vivir una experiencia semejante. El ruido de las llamas, las farolas explotando, los gritos y llantos de la gente continuaba sin descanso como telón de fondo. La zona había sido atacada por los últimos estallidos. Eran escasas las que quedarían en pie para alumbrar la calle Atocha. El miedo se acrecentaba con cada nueva detonación. La Policía no había conseguido arrestar al culpable de aquellos actos de psicopatía y vandalismo. La inseguridad en las calles cada vez hacía más mella en la población. Unos pocos comenzaron a gritar y a abuchear a los policías. El desconocimiento de lo que estaba ocurriendo era total, pero estaban atados de pies y manos ante la posibilidad de informar a la sociedad de las pistas o de

las líneas de investigación. Solo conseguirían poner a más gente en peligro e imposibilitar el cierre del caso y la detención del culpable.

Lisardo volvió con los guantes puestos. No se había quitado el mono blanco de plástico con el que trabajaba la científica. Llevaba en cada una de las manos lo que habían encontrado. En una, la bolsa de tela ignífuga, y en la otra lo que se encontraron dentro. Nina dio un paso hacia adelante para no perderse detalle de lo que iban a ver. Era importante recopilar información si los quería ayudar. Habían cortado la calle, cuya consecuencia era el ruido continuado de claxon. Después de un largo periodo de tiempo, los agentes habían normalizado tanto ruido y prácticamente ni si quiera lo escuchaban, al igual que las sirenas y los gritos. Eloy echó hacia adelante el cuello, arrugó el entrecejo y extendió la mano para coger lo que había escondido en el interior de la bolsa.

—¡No me jodas!, ¿otro mensajito? —maldijo Eloy.

—Sí, eso parece. Se ríe de nosotros, básicamente. —Soledad se colocó delante de Eloy para leer—. Genial. Se estará riendo a gusto.

—¡No me lo puedo creer! —reaccionó Alberto colocando sus manos en la cabeza, pero suspiró aliviado.

Nina se mantuvo en silencio, esperando que se apartaran para observar la prueba por uno de los huecos entre los agentes. Después de unos segundos, lo vio.

—Está encriptado, igual que en la primera carta. ¿Dónde estaba? —preguntó mirando a Lisardo y al bombero.

—En las farolas de la primera explosión.

—No quiero parecer paranoico, pero creo que estaba aquí. —Lisardo se aseguró de que no hubiera más oyentes de la conversación —. Hasta que no hemos encontrado esta maldita bolsa —Levantó la prueba unos centímetros—, no explotaron las farolas de las siguientes fases. Supongo que estaba planeado al milímetro. —Suspiró.

—Esa es la zona en la que se produjeron los gritos de «¡Maldito Esquilache! ¡Muerte a Esquilache!» —añadió Nina—. ¿Puedo acercarme?

Soledad y Alberto se apartaron para que Nina llegara a la mano de Eloy, donde la prueba reposaba. La directora se colocó las gafas. La observaban mientras leía la nota. Nada. No tenía ni idea de cuál era la encriptación para el mensaje. Se colocó la mano en la barbilla y comenzó a rascarse mientras el otro brazo rodeaba su cintura.

—Necesito ir a mi despacho. Dadme unas horas, creo que

puedo descifrar el mensaje. —Cogió el móvil de su bolso e hizo una foto al mensaje.

—¿Estás segura? Si ni siquiera se puede leer. Son números y símbolos. —Resopló Eloy desesperado.

Soledad observaba alrededor sin dejar de prestar atención a la conversación que estaba teniendo lugar. Se encontraba absorta en sus pensamientos. Aquella pista, sin duda, era para nota. El asesino se había propuesto humillar a la Policía de homicidios, y hasta ese instante lo estaba consiguiendo. Repasó las pistas mentalmente para ordenar sus ideas. Soledad era metódica y analítica. Le encantaba hacer esquemas y listas para desechar ideas o conceptos inútiles. Los datos y los detalles son importantes, pero primero había que quitar la morralla de los que no lo son. Solo de aquella manera se podía sacar provecho a la información. Tamborileaba los dedos dentro del bolsillo del abrigo.

Nina se quedó inmóvil con la foto en la mano. Alberto tuvo la sensación de que estaba tan concentrada en aquel mensaje indescifrable que solo estaba de cuerpo presente. Colocó la mano en su hombro y la agitó levemente para hacerla volver al presente.

—Los números son letras. No puede ser tan difícil, solo tenemos que encontrar el código. —Volvió a dirigir su atención a la nota—. Voy a mi despacho. En cuanto tenga el mensaje me pondré en contacto con vosotros. —Empezó a andar a toda prisa.

—¡Un momento! —gritó Soledad—. Voy contigo.

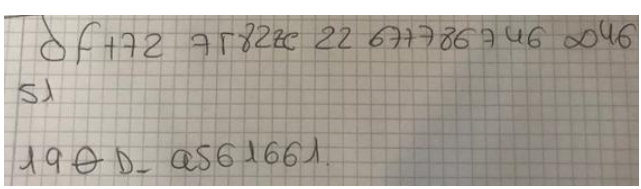
Nina pudo ver el movimiento de Eloy que confirmaba la decisión que había tomado. Supuso que los dos agentes se quedarían intentando encontrar más pruebas. Si tenían suerte, a lo mejor encontraban huellas o una pista que les permitiera continuar.

Capítulo 24

Las chicas llegaron precipitadamente al despacho del museo. Debían encontrar el significado lo más rápido que les fuera posible. Nina sabía lo siguiente que ocurriría si no descifraban el mensaje. Lo primero que hizo al entrar por la puerta fue imprimir la fotografía. A pesar de las tecnologías, trabajar con papel le era infinitamente más cómodo. La impresora se encontraba conectada a través de internet, lo que hizo que en cuestión de segundos comenzara a escupir el folio con un código que debían descifrar. El tiempo apremiaba. No estaban seguros de si habría más muertes, sin embargo, no podían descartar la idea de que así fuera. Después de la quema del alumbrado público, Nina había confirmado su teoría. Ahora debía seguir el mensaje y rastrear el significado en la línea de la historia. Se había doctorado hacía ya demasiados años. Sin embargo, debía hacer su trabajo y no defraudar a los agentes que depositaron su confianza en sus conocimientos. Se sentó en la silla y apretó su estómago contra la mesa. Encendió la pantalla y comenzó a teclear tan rápido que sus dedos se desvirtuaban visualmente. Soledad esperó al lado de la impresora con los brazos en jarra y uno de sus pies en continuo movimiento siguiendo un ritmo silencioso. Antes de darle el papel le echó un último vistazo esperanzador. Los ojos se movieron de izquierda a derecha sin parpadear. Intentó una vez más saber qué era lo que significaban aquellos garabatos sin ninguna lógica aparente. Fue en vano.

«Ni idea. Espero que sepa lo que hace y lo pueda descifrar».

El equipo había puesto las esperanzas en la historiadora.



—¿Crees que tiene algún significado que lo haya escrito en un cuaderno? —preguntó Nina ante la inhóspita reacción de Soledad.

—No estoy segura. Lo que sí me sorprende es que sea de su

puño y letra. ¿A ti no te sorprende?

—Sí, por eso me parece que tiene truco —añadió sentándose en una de las sillas situadas enfrente de Nina—. Apostaría a que lo ha escrito otra persona. Incluso me arriesgaría a decir que ha sido una de las víctimas.

—¿Qué? ¿Por qué iba a hacer eso?, ¿con qué finalidad? —Nina dejó de mirar la pantalla para poner su completa atención a la respuesta.

—Si partimos de la base de que el asesino es un psicópata de manual, lo único que le da placer es el poder. En este caso, no es poder de manera sexual, sino intelectual. Para que me entiendas, nos pone pruebas para evaluar nuestro nivel. Se ha asegurado de que encontremos este papel para que sigamos los pasos que tiene pensados —argumentó—. ¿La finalidad? Demostrar que es más inteligente que nosotros.

—Según tu teoría, nuestro asesino nos está dando las pistas adecuadas para que su plan se cumpla, ¿no?

—Exacto. Pero con una salvedad. No quiere decir que su plan acabe bien para nosotros. Puede que incluso después de dejarnos como unos zoquetes, nos mate. —Soledad se calló por unos segundos —. Seguir sus pistas es terminar donde y de la manera que él quiere. —Hizo especial énfasis en la palabra «él».

Soledad se acomodó en la silla. Hinchó los pulmones hasta el límite para expulsar el aire de manera lenta y tranquilizarse. La inquietud que invadía su cuerpo y, sobre todo, su mente, solo las conseguía controlar a través de las respiraciones.

—Entonces solo nos queda una opción. —Levantó una de las cejas.

—¿Cuál? —Giró levemente la cabeza hacia uno de los lados con los ojos entrecerrados.

—Ser más listos. Adelantarnos a sus pasos —concluyó.

—Exacto. Tienes toda la razón, pero no es tan fácil. Nina, soy una persona optimista, de verdad que sí. Pero en esta situación, estoy perdiendo la esperanza. Cada uno de sus pasos es más estrambótico que el anterior. Sabemos que le encanta la historia y le apasiona el reinado de Carlos III. Sin embargo, no es ninguna garantía de que ese cifrado sea de esa época. Creo que nuestro asesino juega al despiste. —Se levantó de la silla—. Por eso, sin desviarse de la historia del Motín de Esquilache, lo ha reproducido al revés. La única finalidad es el despiste —alzó la voz sin ni siquiera darse cuenta—. Descifrar ese

mensaje tiene bajas posibilidades de éxito. —Se sentó en la mesa al lado de Nina.

—¡Un momento! Repite lo que has dicho.

—He dicho demasiadas cosas. Muchas sin sentido. —Se encogió de hombros.

—No, claro que no, todo ha sido con sentido. Y mucho sentido, por cierto. —Sonrió—. De hecho, creo que has dado con la clave. Tus cavilaciones han dado sus frutos —afirmó sin borrar la sonrisa de su rostro.

Soledad torció el gesto, sorprendida. La directora la apartó de la mesa para dejar el espacio libre. Lo iban a necesitar. Se levantó de la silla y fue directa a una de las estanterías repletas de libros antiguos.

—La primera vez que nos vimos os pedí la copia de la poesía. Me encantan los mensajes cifrados. A lo largo de la historia han utilizado claves para cifrarlos. De esta forma, si caía en las manos inadecuadas no podrían saber su contenido. —Buscaba sin descanso entre los cientos de libros del despacho. Soledad solo asentía con monosílabos—. El problema es que lo cambiaban tan frecuentemente, que a veces ni siquiera el receptor del mensaje se había enterado del cambio.

—¿Cuándo hacían los cambios de los cifrados? —Se colocó detrás de Nina.

—Se podría decir que cuando tenían sospechas de que habían adivinado los códigos que utilizaban.

—¿Alguno de esos cambios fue en esa época?

La directora dejó de buscar. Se dio la vuelta para responder a la pregunta con los ojos clavados en la agente.

—Aquí viene lo que hace un rato tú misma dijiste. El asesino quiere demostrar lo listo que es, ¿no? —Soledad asintió—. Bien, entonces vamos a suponer que para probarnos cambia de época. Ahora no estamos en el reinado de Carlos III.

—No entiendo nada, la verdad. —Se encogió de hombros y cruzó los brazos con esperanzas de comprender la conversación en un corto plazo de tiempo.

—Hay un periodo que tenemos documentado sobre las encriptaciones. Existen incluso cartas interceptadas con códigos hablando de problemas de Estado, como por ejemplo guerras…

—Vale, ¿y? —la interrumpió para que apurara el discurso.

—Bueno, pues ese código documentado fue del reinado de Felipe II, no de Carlos III. Puede que lo haya utilizado. Esas cartas están expuestas de cara al público… —Paró de hablar. Cogía los libros y pasaba sus páginas rápido, para hacer el mismo proceso con otro.

Comenzó a coger y dejar libros de manera monótona. Abrió varios de los libros con movimientos rápidos pero controlados. Los ojos realizaban una lectura en diagonal de las páginas que le interesaban. Buscaba una información concreta y debía hallarla lo antes posible. Después de revisar varios de los libros ante la afable mirada de la policía, la magia y el hallazgo de la información convergieron en la clave que con tanto ahínco necesitaban.

—¡Por fin!, ¡aquí estás!

Nina dio un pequeño salto sobre el sitio simbolizando la felicidad que estaba experimentando en aquel preciso momento. Con el dedo índice en una de las fotografías que representaban el código que utilizaron en épocas pasadas, giró el libro a los ojos brillantes de Soledad, que no dejaba de salir de su asombro.

—Perfecto. ¡Vamos! —gritó con una amplia sonrisa en su rostro.

Colocaron el libro al lado del papel con el mensaje y comenzaron a traducir el mensaje. A Nina le comenzaron a sudar las manos por los nervios. Esperaba con todas sus fuerzas tener razón. Ayudar a los agentes se había convertido en un reto personal. Escribió las letras debajo del mensaje inicial. Soledad se quedó absorta en la escritura del cifrado.

«¡Al fin lo hemos conseguido!».

Las miradas se cruzaron al contemplar cada una de las letras que componían el nuevo mensaje.

—¡Lo tenemos! —Chocaron la mano con inmensa alegría y satisfacción.

—¡Vamos! Rápido.

Abandonaron deprisa el despacho, agitando el papel en el aire sin cesar. El regocijo que sentían era imposible de controlar. Recorrieron las instalaciones del inmensurable museo para llegar al coche lo antes posible. No tenían ni un minuto que perder. Debían adelantarse a los desastrosos acontecimientos que predecían que ocurrirían a continuación. Dentro del vehículo decidieron llamar al inspector para darle la buena noticia y conocer dónde se encontraban

en ese momento. El equipo debía volver a reunirse para intercambiar información y decidir el siguiente paso que tendrían que dar.

«Ahora llevamos ventaja. Te vamos a encontrar». Es lo que pensó Soledad mientras escuchaba los tonos del móvil a la espera de que Eloy contestara.

—¿Dónde estáis? Ya lo tenemos. —Sonrió.

Capítulo 25

Cuando las chicas desaparecieron de camino al museo con la firme intención de descifrar el mensaje, Alberto y Eloy se quedarían para echar un vistazo a la zona que hacía pocos minutos estaba en llamas. Los agentes sabían cuáles eran las reglas del juego que más les gustaban a los psicópatas «listillos», como el que les había tocado en este caso. Así que se propusieron echar un último vistazo donde habían encontrado la mochila con el mensaje. No se encontraban lejos del primer estallido que había ocurrido en la calle Atocha. Arrastraban los pies por la carretera calcinada y custodiada por coches patrulla a ambos lados. Se había desplegado un dispositivo policial en la zona hasta que la científica recogiera las pruebas. El aire que se respiraba era denso y se percibía el olor a combustible quemado con solo entrar por los orificios de la nariz, lo que hacía que incluso se impregnaran de aquel desagradable olor las papilas gustativas. La acera y la carretera estaban infestadas de agentes enfundados en monos de plástico de color blanco. Multitud de maletines con un catálogo de instrumentos adornaban la escena flambeada. Las herramientas de recogida de pruebas por parte de la científica eran variadas y amplias, y cada una con una utilidad específica y fundamental.

Eloy se describía a sí mismo como una persona sensitiva. Le encantaba alardear de ello. Aunque en su vida privada no hubiera tomado las decisiones que el destino le decía claramente que escogiera, sabía que el asesino estaba ahí. Lo presentía. Estaría mirándolos y riéndose de ellos en ese preciso momento. Se esforzaban al máximo, pero los resultados que estaban obteniendo eran nulos, al menos de momento.

Llegaron al primer alumbrado público que estalló en llamas. Eloy se agachó y tocó el suelo. Se tiznó de negro el dedo índice y lo acercó a la nariz. Esperaba encontrar un olor a gasolina característico, pero uno diferente se le presentó en las fosas nasales. No era ningún acelerante del fuego, era otra cosa. Insistió en aquel olor. Su compañero, extrañado por aquel extravagante gesto, se colocó a su lado.

—¿Qué pasa?

—No sé, hay un olor diferente. —Se encontraba de cuclillas con los dedos pegados a la nariz sin dejar de olerlos.

—¿Un olor a qué? —Imitó la postura de su amigo. Se agachó y manchó sus dedos—. Tienes razón. Además, conozco perfectamente este olor. —Sonrió—. Hace algunos años yo también fui joven. Es

espray para grafitis.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo. Mira. —Extendió su mano y señaló el suelo donde había escrito una frase corta—. Ahí está.

Se levantaron rápido para volver a agacharse al lado del nuevo mensaje. «VIRTUTI ET MERITO».

—¿Qué quiere decir? —preguntó Alberto.

—Virtud y mérito. ¿Por qué habrá escrito esto? —Señaló el mensaje con gesto incrédulo.

—Está claro que quería que lo viéramos, por eso lo ha escrito en la primera zona del estallido. —Miró hacia ambos lados disimuladamente—. ¿Crees que nos estará observando?

—Por supuesto. Tiene que asegurarse de que estamos leyendo las pistas que nos está dejando. Juega con nosotros como si fuera una especie de juego de rol. Nosotros somos sus fichas. —Se levantó y comenzó a andar con la mirada clavada en el suelo—. Hay que comprobar que no nos ha dejado ningún mensaje más.

—El hecho de que se esté riendo de nosotros constantemente está comenzando a superarme —refunfuñó.

—A mí también. No me gusta que nos traten como inútiles, pero de momento no tenemos nada. —Hizo una pausa para continuar a los pocos segundos—. Así que supongo que ahora pertenecemos al grupo de policías tontos que él tanto se empeña en demostrar.

—A ver, no seas tan pesimista. Pruebas hay, pero un pelín —Movió sus dedos haciendo un gesto de cantidad irrisorio entre sus ellos— desordenadas.

Eloy se colocó delante de la frase: «VIRTUTI ET MERITO». Colocó la mano derecha en la barbilla y, con los ojos entrecerrados, se quedó observando aquellas letras una a una, sin prisa. Pensó en la frase que acababa de decir Alberto y extrajo una conclusión clara. Se quedó pensativo ante la mirada de su compañero. Llevaban años trabajando codo con codo y Alberto sabía que la mente de Eloy estaba trabajando sin descanso. La mirada sesgada del inspector estaba siguiendo la estela de un hallazgo que, si no era fundamental, sin duda le llevaría a otro más importante. Le dejó que continuara sin interrumpirlo y en silencio. Arrastró los pies en dirección a la calle Atocha para comprobar que no había ninguna prueba más. A su vez, inicio un proceso de búsqueda y reconocimientos de mirones allí plantados. Quizá este momento le sirviera en un futuro para dar con

una cara conocida a lo largo de la investigación en las diferentes escenas que tendrían lugar. No había nada en firme, por lo que decidió archivar caras de posibles sospechosos en su mente. A veces su capacidad de reconocimiento visual les había sido de gran ayuda. Eloy nunca olvidaba una. Su memoria nunca fallaba. Tenía un archivo de rostros, del cuándo y el dónde los había visto por primera vez. Alberto le seguía sin descanso mientras él continuaba analizando los rostros de quienes los observaban. Era incomprensible que un asesino estuviera en la escena del crimen, pero era más frecuente de lo que la gente suele creer. El placer de contemplar su «obra de arte» y a los agentes desesperados era mayor que el miedo de ser capturados.

—Tenemos que hablar. He descubierto una conexión importante.

—Dime.

—No, vamos a otro sitio. No estamos seguros de que el zumbado que ha hecho esto no esté mirando ahora mismo.

Eloy asintió.

—De acuerdo. Vamos andando a la plaza de Tirso de Molina.

—Tengo un presentimiento.

—¿Cuál?

Previamente a continuar la conversación, Eloy observó que no existían oídos cercanos a su posición para intercambiar impresiones de lo que ambos estaban analizando.

—Nina dijo que el asesino seguía los hechos ocurridos en el Motín, ¿no? —Alberto asintió—. Bien, pues una de las zonas en las que nuestro siniestro amigo no ha dejado ninguna pista es en la plaza de Tirso de Molina. Si tan listo es, no se habrá podido saltar esa zona, ¿no crees?

—Tiene sentido. Es el inicio. Se podría decir que fue la zona donde se produjeron los hechos desencadenantes del motín —dijo analizando la importancia del lugar—. Vamos a comprobarlo. No perdamos más tiempo, estamos demasiado cerca para perder la oportunidad —susurró.

—Estate atento, puede que alguien de los que están mirando nos empiece a seguir. No podemos perder detalle de nuestro alrededor. En cuanto empecemos a andar y estemos lo suficiente alejados, me dices lo que has descubierto. —Eloy buscó desde la lejanía a Lisardo y con un levantamiento de mano le avisó de su salida de la escena.

La marcha en silencio llegó hasta la plaza de Jacinto Benavente para terminar en la plaza de Tirso de Molina, bajando por la calle doctor Cortezo. Alberto observó la entrada al Teatro Calderón. Le encantaba la fachada de ese teatro. Pensó que sería buena idea llevar un día a su mujer. Sonrió al recordarla. Después de tantos años juntos continuaban igual de enamorados que el primer día. Divisaron la plaza y se detuvieron justo en la esquina para iniciar una conversación repleta de descubrimientos y susurros. Alberto tuvo un momento de lucidez que cambiaría el rumbo de la investigación.

«Un momento. ¡Claro! ¿Cómo no nos hemos dado cuenta antes?».

—¿Qué es lo que has visto? —preguntó Eloy, inquieto.

—Mira. —Alberto sacó el móvil con la foto del mensaje encriptado y la nota de Javier Romero—. ¿No ves parecido?

Eloy abrió los ojos y cogió el teléfono de su amigo.

—¡Es verdad! Parece el mismo trazado. Esto no significa nada bueno. Ahora sí que estamos perdidos. —Suspiró—. Entonces las notas que nos ha dejado no son suyas, el plan era premeditado. ¿Crees que le hizo escribirlas antes de morir?

—¿Existe otra opción? —respondió Alberto con otra pregunta.

Capítulo 26

Llegaron pensativos a la plaza donde deseaban que una nueva pista les aguardara. La quema de alumbrado público no había traído consigo ninguna víctima. Esperaban que esta vez también fuera así. El aire que se respiraba seguía teniendo un ligero olor a quemado, aunque menos denso y complicado de respirar. A los agentes la respiración no les preocupaba tanto como al resto de viandantes que seguían allí plantados sin dejar hablar entre susurros y quejas referentes a los policías y su poca utilidad a la sociedad. Eloy levantó una de las cejas al cruzarse con un corrillo de señoras que parecían, a simple vista, no tener mucho que hacer, pero sí mucho por criticar. Sus dañinos comentarios no dejaban ver sus grandes conocimientos de los cuales alardeaban, pero sí la gran ignorancia que invadía sus inservibles mentes. «Se nota que hablar es gratis», pensó Alberto. Estaban demasiado acostumbrados a escuchar variados comentarios acerca de la profesión con el denominador en común de la carencia de conocimientos que soltaban por sus viperinas bocas.

—Venga, no te alteres. Da igual, ya sabes cómo es la gente —interrumpió Alberto los pensamientos de Eloy.

—Lo sé, pero eso no deja de molestarme. Creo que el mal de la sociedad es la ignorancia. No comprendo por qué la gente habla sin saber lo que dice. —Se encogió de hombros—. Pasamos auténticas calamidades, renunciamos en gran medida a nuestra vida privada y nos ponemos en peligro de manera continuada, ¿para qué? Para que encima, sin saber, hablen. No lo entiendo.

—Tienes razón, pero están invadidos por el efecto *Dunnig-Kruger*.

—¿Qué es eso? Te lo acabas de inventar, ¿verdad?

—Que va, es un sesgo cognitivo por el que la gente de menos capacidades se sobreestima.

—Vamos, que los más tontos son los que se creen más listos, ¿no?

—Eso es. El mundo está plagado de gente así. Mira, los individuos cada vez tienen más ese comportamiento. Con internet incluso más. Se creen que porque hayan hecho una búsqueda en internet se han vuelto expertos en la materia. ¿No te has dado cuenta?

Se detuvieron prácticamente a la misma vez.

—Creo que nuestro querido asesino tiene ese sesgo cognitivo de

sí mismo.

—Tiene sentido. No estamos ante un doctorado en Historia, solo ante un tipo que sobreestima sus capacidades y habilidades. Piensa que es más listo de lo que es en realidad. Esto nos da una gran ventaja, ya que nosotros tenemos a Nina, que sí sabe de historia.

—Es una característica de manual de los psicópatas… —Asintió.

Observaron la plaza de Tirso de Molina. Se encontraba con más gentío de lo habitual. La consecuencia podía haber sido que la calle Atocha estaba cerrada y se habían formado grupos de cotillas hablando como el que habían visto hacía un momento. Echaron un vistazo a los pequeños grupos sociales que se habían formado en los bancos. El de marujas en pijama con el abrigo por encima era un habitual de las escenas de crímenes o acontecimientos importantes. A la derecha de la plaza, en un banco sentados, dos chicos y tres de pie, riendo y bailando, les llamó la atención. No por sus pasos ni por el bullicio que estaban formando en su zona de confort, sino porque los cinco integrantes iban vestidos con capas largas. Sus indumentarias les causaban grandes carcajadas y diversión. Los agentes se quedaron petrificados al observar aquella esperpéntica escena, teniendo en cuenta que hacía solo unos días habían tirado de la Puerta del Sol a una persona vestida de aquella manera. Alberto agitó la cabeza al ser incapaz de comprender la poca empatía por los demás. Se frotó los ojos para focalizar la imagen de los chicos disfrazados.

—Vale, ¿lo estás viendo tú también?

—No me lo puedo creer, qué falta de tacto. —Sintió verdadera lástima al recordar a Javier Romero.

—¿Nos acercamos?

—Sí, esto me huele a rancio. —Dirigió el dedo hacia la nariz y se dio pequeños golpecitos.

—Y que lo digas. Supongamos que echan a correr, ¿qué hacemos? —Señaló su pierna coja.

—No te preocupes, esa opción no existe —afirmó con una rotundidad arrolladora.

La única forma de conseguir que el grupo de adolescentes no saliera huyendo era ir con cautela, que no sintieran que los agentes eran una amenaza. «Un viejo canoso y un cojo no son precisamente un símbolo de peligro».

—Habla tú, que eres minusválido y saben que no vas a echar a

correr —susurró Eloy sin acritud ni menosprecio.

—Tienes razón, es lo mejor. Bueno, por la cojera y porque tengo pinta de simpático. Tú tienes una cara de estar chupando un limón... —Sonrió.

Alberto sabía que a veces la cojera le daba grandes ventajas a la hora de entablar una conversación con personas ajenas. La gente no se pone alerta porque no se sienten que estén peligro en su presencia. Era un motivo de orgullo, ya que gracias a ello habían conseguido grandes progresos en diversas ocasiones. Llegaron a la altura del corrillo de adolescentes y las risas cesaron para dejar paso al silencio.

—Hola, chicos, somos policías —dijo Alberto enseñando la placa que tenía enganchada en el cinturón.

—Hola, agentes, les estábamos esperando —soltó el chico que parecía el líder del grupo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Eloy echándose el pelo hacia atrás debido al malestar que sintió al oír la frase.

—Ha venido un tipo con una máscara y nos ha dado veinte pavos a cada uno por ponernos las capas. —Al ver la cara de los agentes y carencias de preguntas, continuó—. Nos ha dicho que vendrían unos policías. Solo os teníamos que dar un mensaje.

—¿No le habéis visto la cara?

—No, ya le he dicho que llevaba una máscara, de esas de Halloween de un monstruo. No sé... —Comenzó a ponerse nervioso.

—Vale, está bien. ¿Cuál es la frase? —preguntó ansioso Alberto.

—Compraos una capa —dijo en un pequeño murmullo.

—¿Qué nos compremos una capa? —soltó Eloy en un grito.

—Eh, tranquilos, no tenemos nada que ver. Nos dio veinte pavos por ponernos una capa…

—Está bien. Alberto, coge los datos de estos chicos, por si los necesitamos. —Su teléfono móvil estaba vibrando. Era Soledad.

Se apartó para contestar la llamada. Escuchó la regañina que Alberto les estaba echando como si fueran sus propios hijos.

—Pero, hombre, ¿a quién se lo ocurre aceptar ponerse una capa con dos víctimas que han aparecido con ella puesta? Venga, los datos. Tú, vamos. —Señaló al que les dio el mensaje.

Capítulo 27

Soledad y Nina llegaron prácticamente sin aliento a la plaza de Tirso de Molina. Los agentes habían terminado de coger los datos a los chicos de las capas para acto seguido confiscar las prendas por si hubiera pruebas orgánicas entre sus fibras, aunque habían descartado que existiera ADN en sus múltiples formas entre las telas. «Pero hay que intentarlo». Fue la idea que le rondó la mente a Eloy cuando llamó a Lisardo para que mandara a un agente a su ubicación con bolsas de pruebas para llevarlas al laboratorio. En pocos minutos las capas iniciaron la cadena de custodia de las pruebas.

—Tenemos el significado —dijo Soledad llegando al banco de la plaza.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó extrañada Nina.

—Una larga historia. Primero vosotras. ¿Qué significa el mensaje? —preguntó Eloy colocando los codos sobre las rodillas, sentado en un banco.

—Son dos frases: «Hiere antes de que se vea la llama» y «Compra una capa».

—¿Compra una capa? —preguntó Alberto estirando el cuello con los ojos muy abiertos al escuchar otra vez la frase.

—¿Qué pasa? —preguntó Soledad mirándolo.

—Acaban de irse unos chavales que nos esperaban vestidos con capas largas. Adivina qué mensaje nos han dado de un hombre con máscara que le ha pagado veinte euros a cada uno…

—¿«Compra una capa»?

Los agentes asintieron.

—¿Y la otra frase «Hiere antes de que se vea la llama»? —preguntó Alberto—. Supongo que tendrá que ver con la fogata de las farolas, ¿no?

—Sí y no. En principio es una frase que se utiliza dentro de la Orden del Toisón de Oro, pero creo que en este caso también la ha mandado en el momento justo de la quema del alumbrado —explicó Nina.

—¿En la Orden del Toisón?

—Sí, es la frase que utilizó Prometeo al robarles los poderes de hacer fuego a los Dioses y dárselos a la especie humana. La orden la

utiliza en sus emblemas e insignias como el vellocino dorado. —Sacó la foto del móvil—. Mirad, Javier también las dibujó.

—Tenemos que entender que con la frase hace referencia al fuego de dos maneras diferentes. Una en relación con la orden del Toisón de oro y otra al motín de Esquilache, ¿no? —preguntó Eloy.

—No puedo estar del todo segura, pero sí —dijo Nina con un tono pusilánime.

Eloy escudriñó su alrededor. No estaba convencido de lo que estaba ocurriendo en las calles del centro de la capital, pero menos aún de que el asesino estuviera cerca o les observara. Tuvo que tomar una decisión rápida.

—Aquí no estamos seguros. Seguidme. —Empezó la marcha hacia su hostal.

—¿Dónde vamos? —preguntó Alberto, siguiendo los pasos de su compañero.

—Estoy durmiendo en un hostal. Me voy a separar de Sonia, ya no puedo más.

«Por fin, ya era hora», pensó Alberto satisfecho con la respuesta. «Ha llegado el momento de continuar».

Eloy se paró y sacó el móvil. Buscó entre sus fotos, con el pulso afectado por la situación, hasta encontrar la foto del suelo. Enseñó la pantalla a Nina.

—¿Qué me dices de esto?

Nina se llevó las manos a la boca para tapar su ligero grito de asombro. Leyó «VIRTUTI ET MERITO».

—¿Qué pasa? ¿Qué? —dijo Soledad sin saber el significado de la frase, pero suponiendo que era importante.

Eloy, con el dedo índice en la boca, mandó callar a Nina.

—Aquí no. Esperad —rogó mirando a cada uno de ellos.

Asintieron y continuaron el paso detrás del inspector, que no dejaba de gesticular con las manos. Cogió un cigarro y lo encendió. No quería fumar en la habitación, pero llevaba un día demasiado duro para no permitirse el lujo de fumarse un cigarro. El humo que desprendió invadió la zona de la cabeza de Eloy. Alberto notaba cómo su amigo se encontraba desbordado. Debía hablar con él, la conversación era lo suficientemente importante para no dejar pasar más tiempo del imprescindible. La vida personal de Eloy era trágica e insoportable para una mente sana. Sin embargo, la decisión que tomó

no la olvidaría nunca. Su secreto llevaba guardado bajo la protección de Alberto desde hacía años. Si Eloy decidía sacarla a la luz, debería valorar las consecuencias hasta el final de sus días.

Un pie tras otro, avanzaban hasta el hostal que dio cobijo a Eloy cuando más lo necesitaba. Esa noche sería el centro de análisis y estudio del caso. Aquel día no había muerto nadie. Deseaban que así fuera hasta que cerraran el caso, aunque nada era lo que parecía. El asesino quería volverles locos. Había que estar totalmente cuerdo para no caer en las redes de un psicópata integral que querría convencerles de que sus hechos eran justificados. Eloy estaba haciendo equilibrismos entre la locura y lo racional.

Capítulo 28

La noche había caído sobre el cielo. La presencia de estrellas era limitada en la zona del centro. El excesivo uso de iluminación provocaba que, a pesar de estar ahí, no fueran visibles al ojo humano. Nina se encontraba nerviosa. Se abrazó a sí misma, víctima de la estación del año en la que se encontraban. Dio un ligero repaso a la situación para concluir que su estado anímico era una suma de la baja temperatura y la nula costumbre de perseguir a un asesino, el cual con su próxima víctima se convertiría en un asesino en serie. Miró su móvil sin dejar de seguir el paso a sus improvisados compañeros de aventuras. Soledad miraba cada una de sus zancadas. La aparición inesperada de la directora del Museo de Historia no dejaba de parecerle sospechosa. «Puede que sea el papelón de su vida. ¿Nos la estará jugando?».

Subieron las escaleras del hostal en fila india. Eloy abrió la puerta y se apartó para dejar acceso al resto. Extendió su brazo como invitación a tomar asiento en el minúsculo cubículo que pasaría a formar parte de lo que la gente conoce como hogar.

—No quiero ser cotilla, pero llevas la ropa de ayer. —Soledad le tiraba de una de las mangas de la camisa—. ¿Qué ha pasado?

—Estamos aquí porque están matando gente, no porque yo me vaya a separar —concluyó con tono áspero.

—Sí, tienes razón, pero la repentina decisión de divorciarte habrá sido por algo. Vamos, digo yo. —Alberto se sentó en la cama y colocó su abrigo doblándolo de manera cuidadosa.

—Venga, Eloy, solo queremos ayudarte —se quejó Soledad ante el mutismo de su compañero y sentándose a la izquierda de Alberto.

Nina se encontró en una situación incómoda. Apenas los conocía, y estar hablando de la vida privada de uno de ellos, le pareció que estaba fuera de lugar. Carraspeó en varias ocasiones sin saber qué aportar al diálogo que estaba teniendo lugar. Alberto se dio cuenta y decidió que no era ni el momento ni el lugar. Resolver el crimen era lo más importante. Le preocupaba Eloy, pero más lo hacía Sonia. Sus problemas mentales habían perjudicado a su amigo desde el día que la conoció. Odiaba a esa mujer tanto como lo hacía Eloy o incluso más.

—Dejemos el tema de este —Señaló con la cabeza la dirección donde Eloy se encontraba de pie— a un lado. Vamos a repasar las pistas que nos quedan. Nina, me ha dado la sensación de que sabes

algo de la frase «Virtud y mérito».

Nina se encontraba atrapada en su universo paralelo lleno de situaciones felices y frases agradables tan diferente al real. Aquel en el que siempre se encontraba bien. Tenía sus propios monstruos internos. «Con una mala decisión te jodes toda la vida», pensó cuando iniciaron el interrogatorio al agente.

—Perdonad, estaba pensando en lo que hemos encontrado —mintió—. Es la frase que representa a la Orden de Carlos III. —Se sentó en la mesa que hacía de escritorio en aquella siniestra habitación.

—¡Otra orden!, ¡genial! —contestó irónico Eloy.

—Lo sé, pero con esa frase ahora todo cobra sentido. —Dibujó una pequeña sonrisa en su rostro redondo.

—Explícate. —Soledad se acomodó en la cama.

—¿Os acordáis del tatuaje de La Inmaculada concepción? —preguntó retórica Nina.

Los tres asintieron, esperando que continuara con la explicación. Nina se detuvo en la explicación para coger el móvil del bolso. Hizo una búsqueda en internet para enseñarles la pintura.

—Mirad, esta es la Inmaculada que pintó Murillo. Es el tatuaje que tenían las víctimas, que además es la que representa las insignias y a la Orden de Carlos III, ya que era la preferida del monarca. Su manto, como veis —Volvió a enseñar la pintura—, es de color blanco y azul, los mismos que los de la orden.

—Esta nueva orden, ¿tenía la misma finalidad que la Orden del Toisón de oro?

—No, para nada, son totalmente distintas. La orden de Carlos III era como una especie de persecución a los opuestos al despotismo ilustrado propio del monarca. Se concedía a aquellos que servían al rey, de ahí la frase.

—¿Chivatos? —preguntó un intrépido Alberto.

—Más o menos. Aparte de los altos cargos políticos, también se concedían insignificantes medallas a ciudadanos que habían servido al monarca. Les hacían sentirse importantes en la vida política y, para mi gusto, les daban esperanzas de que podían llegar a ser alguien. Obviamente era mentira, pero lo importante era que se lo creyera el pueblo llano, y vaya si se lo creyó —argumentó Nina—. Otra diferencia es que no las tenían que devolver, a diferencia de la anterior.

—Si no recuerdo mal, esa orden sigue existiendo en la actualidad. Se la dan a todo pichichi que se dedica a la política. —Pensó en alto de manera despectiva Eloy.

—Es uno de los muchos actos de postureo a los que les gusta asistir a los políticos para sentirse orgullosos de su labor a la sociedad española —explicó Nina.

—Que no vale para nada, ¿no?

—Las insignias nunca valen para nada. Son simplemente símbolos, como el logo de una empresa. Tienen el valor que tú les quieras dar. A la gente le hace ilusión o le hace sentirse más importante si lleva una marca de lujo o un objeto que es restringido a unos pocos. Lo escaso o caro es más atractivo o venerado por la sociedad. Lo mismo pasa con las órdenes o cualquier sucedáneo de medalla. Les da, como si dijeras, una especie de prestigio social, ¿me explico?

—Sí, perfectamente. Lo que no entiendo es qué tienen que ver las órdenes con el crimen. —Soledad se tumbó en la cama dejando la mirada perdida en el techo.

Eloy caminaba por el escaso espacio libre que había en la habitación.

—En la orden de Carlos III, supongo que habrá medallas de distinto tipo según el cargo que ostentes, ¿no? —Nina asintió, por lo que Eloy continúo hablando—. Vamos a suponer que el asesino o sus antepasados pertenecían a esas dos órdenes, ¿es posible?

—Por supuesto que puede ser. —Al terminar la frase comprendió lo que Eloy estaba pensando—. ¡Claro, eso es! Si esa coincidencia es real, nuestro círculo de sospechosos se reduce bastante, ya que no había mucha población en esa época que perteneciera a ambas órdenes. ¡Eres un genio, Eloy!

—Si partimos de esta premisa, nuestro asesino lo que hace es quejarse del descenso de su estatus social o prestigio, ¿no?

—Es una opción.

—¿Por qué piensas que es por eso? —preguntó Soledad, que se levantó de la cama y se colocó al lado de Nina.

El hostal tenía calefacción central, por lo que en el interior parecía verano. Muchos edificios antiguos mantenían ese tipo de calefacción. Los interiores de las casas estaban repletos de gente sudando y con las ventanas abiertas en pleno invierno. Eloy notó que una gota de sudor resbalaba por su frente. Se acercó hasta la única

ventana que existía en la habitación y la abrió. Las bisagras no eran de este siglo y la estructura de la ventana aún menos, así que parecía que había abierto el portón de un castillo medieval en lugar de una cutre ventana en un hostal de mala muerte.

—Esto es deprimente, tío. Vamos a tomar un café a un bar. Me estoy agobiando, pensando que te vas a quedar a dormir aquí. —Alberto se levantó rápido y salió con el abrigo en la mano. Se estiró el cuello de la camisa para poder respirar.

—Os acompaño abajo, pero yo me voy, tengo que coger ropa de casa. No puedo estar así. —Suspiró.

Bajaban las escaleras cuando Soledad hizo de nuevo la pregunta.

—¿Por qué piensas que la motivación es el descenso social?

—Puede que me equivoque. Durante el motín muchos políticos huyeron al ver lo que el pueblo llano español era capaz de hacer. Las dos órdenes son concedidas a políticos, así que, si después de tantas décadas, hasta siglos, no lo ha superado… debe de ser porque ha perdido dinero y un prestigio irrecuperable en la sociedad actual. —Terminó de hablar al llegar al portal.

Hicieron un pequeño círculo antes de salir a la calle y tomar caminos distintos.

—¿Y los enfermos mentales?, ¿por qué las víctimas son enfermos mentales? —Soledad se cruzó de brazos esperando una respuesta.

—No lo sé. Ya iremos descubriendo las diferentes pistas del caso.

—Puede que exista el factor casualidad en algunas partes del plan —dijo Nina.

—Si nuestro asesino lleva años con ese resquemor de hace siglos, no creo que exista la mínima posibilidad de que deje al azar sus movimientos —Alberto contestó irónico al comentario. Abrió la puerta e inhaló aire fresco.

Capítulo 29

Era tarde, por lo que la opción de ir a descansar les pareció que era la más acertada. Alberto llegaba a su piso de Madrid con una sonrisa. Cruzar la puerta y ver el rostro de su mujer era lo que más feliz le hacía sentir todos los días. Lo habían pasado mal con el accidente que sufrió en la moto hacía años, pero en lugar de separarlos los unió más todavía.

Sin meter la llave en la cerradura, escuchó la voz que más repulsión le causaba en el mundo, Sonia. «Pero ¿qué hace aquí?». Se alegró de que Diana no supiera nada del divorcio. Era lo mejor, ya que así Sonia no podría sacarle información manipulándola con sus llantos y sus escenas lacrimógenas. Tan solo de pensar que estaba en su casa le entraban ganas de vomitar. Intentaría disimular los sentimientos que le provocaba, pero le iba a ser imposible. La actuación no era su fuerte, lo reconocía. La cara es el espejo del alma y en el caso de Alberto no había ninguna duda. Lo era.

Abrió sin vacilar demasiado, ensayando mentalmente las frases cordiales que iba a decir sobre banalidades que no le importaban a nadie. Sonia no habría hecho un viaje en balde. Así que no se iría de allí hasta conseguir lo que buscaba. Alberto la quería fuera de su casa a la mayor brevedad posible y no tardaría mucho en hacer gala de su gran faceta de descortés.

—Hola, cariño. Ya nos están esperando en el restaurante. Date prisa —gritó Alberto a los cuatro vientos.

Su mujer salió en su búsqueda, le dio un beso y le regaló un susurro de «ayuda». Alberto le guiñó el ojo. La misión estaba en marcha. Anduvo hasta el salón y allí vio a Sonia, sentada con su déspota sonrisa.

—Perdona, Sonia, no sabía que estabas aquí. Lo siento, pero nos tenemos que ir. Hemos quedado con unos amigos —se excusó Alberto.

—Genial. Me voy con vosotros. Eloy me ha dejado, ¿te lo ha dicho? Estoy demasiado triste para estar sola. —Inició el llanto falso que a Eloy le sacaba de quicio.

—Pues lo siento, tendrás que estar sola, no puedes venir. —Alberto se acercó a Sonia, que de repente dejó de llorar—. Diana, vete de aquí —ordenó a su mujer, que obedeció sin mediar palabra—. ¿Qué quieres? —espetó con un tono agresivo.

—Nada, tranquilo. —Sonrió. Su rostro en conjunto le confería un aspecto de perturbada.

—No eres nada para nosotros. Nunca lo has sido. Haz el favor de irte y no volver nunca más por aquí. ¡Nunca! —gritó Alberto con los brazos en alto.

—Como quieras. Cuando hunda a tu amigo, no llores. —Sonia se levantó despacio, sin dejar de reír. Cogió el abrigo, anduvo hasta la puerta del salón, echó un vistazo desafiante y tiró un beso con la mano a Alberto—. Hay cosillas que tú no sabes, pero que harán que Eloy terminé en la cárcel por tu culpa. Si no me ayudas, tú también caerás con él —le amenazó.

—No me amenaces. ¡Déjalo tranquilo! No me pongas aprueba, te lo advierto. —El agente dejó su cara a pocos centímetros de Sonia.

—¿Me estás amenazando? —preguntó irónica.

—Por supuesto, y no quieras comprobarlo. Ahora vete de aquí y no vuelvas.

Sonia comenzó a andar lentamente para conseguir la desesperación de Alberto.

—Recuerda que lo que hagas a Eloy, lo sufrirás tú. Eres una desagradecida —soltó desesperado al verla.

—¿Qué? —Se giró sorprendida.

—Cada uno sabemos lo que hemos hecho. Nunca debes olvidar que soy agente de homicidios y tú una perturbada que debería estar encerrada.

Sonia apretó los puños fuera de sí. Ahora reía Alberto. Le enseñó el móvil con el 091 en la pantalla.

—¿Marco o te vas? Si quieres que tenga más testigos, adelante, no tengo inconveniente.

La mujer comenzó a andar, esta vez deprisa. Miró hacia delante sin parar. Abrió la puerta y cerró con un gran portazo. Diana llegó corriendo junto a su marido y lo abrazó.

—¿Qué le pasa?, ¿qué quiere? —preguntó Diana, que volvió junto a su marido, apesadumbrada.

—Tranquila, ya está. —Cogió la cara de Diana entre las manos —. No le vuelvas a abrir la puerta. Nunca. ¿Me has oído? —Diana asintió—. Prométemelo.

—Te lo prometo. —Volvió a abrazar a Alberto con más fuerza.

Deseó que Eloy no la encontrara al ir a buscar la ropa. Le llamó, pero no contestó.

«Mierda».

Tenía que hacer algo, no podía quedarse de brazos cruzados. Sonia era imprevisible. Alberto la conocía bien y sabía que tenía una estrategia que cumpliría a cualquier precio, la cual siempre incluía hacer daño a su amigo.

«Tengo que detener esta locura sin sentido».

Capítulo 30

Eloy llegó a la que todavía era su casa. Comprobó que la luz estaba apagada, lo que le provocó un gran alivio. Tener que ver la cara a Sonia no le producía ningún sentimiento reconfortante. La imagen de su mujer dándose con la encimera con aquella risa perversa y la sangre brotando por la herida mientras resbalaba por su frente hacía que los escalofríos recorrieran su columna vertebral de principio a fin. Salió del vehículo con precaución, la conocía y no le extrañaría que saliera de detrás de cualquier lugar en el que se encontrara escondida o le hubiera preparado una encerrona con la Policía. El plan que se hubiera fraguado en su perturbada mente solo perseguía la finalidad de que él terminara mal parado. Comprobó durante varios minutos que la casa seguía permaneciendo sin luz. Sin embargo, dudaba de que no estuviera dentro al acecho de su presencia. Se montó de nuevo para aparcar en una zona más alejada y comprobar la ausencia de Sonia desde la distancia. Fue en ese momento cuando se percató de que no iba a tener que volver a entrar a su hogar, a la casa que con tanto esfuerzo había ido pagando durante tantos años de servicio. Miró por el retrovisor del interior del coche y observó que los cubos de basura estaban repletos de su ropa. Alrededor había zapatos y pertenencias materiales que Sonia creyó que le harían daño si las tiraba. Esta vez falló. No existía absolutamente nada que lo hiciera. Lo único que podía herirlo y acabar con su vida ya se lo había quitado hacía tiempo. Ya no había nada. El recuerdo de las vivencias solo traía más dolor al apaleado corazón del agente. Un llanto silencioso y sin cambio en el rostro se inició. «Ya nada merece la pena. Nada». Debía salir de allí. Sonia podría volver en cualquier momento y, si se cruzaban, comenzaría a montar un espectáculo con llantos, mentiras y gritos. La interpretación de mujer despechada y maltratada a la que su marido no quiere, la tenía tan ensayada y puesta en escena, que Eloy estaba convencido de que incluso hasta ella misma en algún momento se lo había creído. «Es el ser más horrible de la faz de la Tierra». La gente estaba totalmente equivocada con ella. Creían que era un ser bondadoso, la mejor persona que habían conocido y que la fuerza divina solo la había castigado sin motivo alguno. «Una mujer buena, atormentada por la vida», escuchó una vez en un susurro a una de sus vecinas. «Nada más lejos de la realidad». Esta vez la verdad le daría su merecido. Los sentimientos se agolparon durante un largo tiempo hasta que decidió salir de la zona de peligro para no encontrarse con ella. Se secó las lágrimas con la manga de la camisa, la única que ahora era de su pertenencia por decisión de Sonia. Conocía cuál sería su siguiente paso: dejarle sin dinero. Le parecía que sacar todo el

dinero del banco era un gesto rastrero y lleno de maldad, pero ese era el sello de su mujer. Con los dedos temblorosos, lo comprobó en la banca digital. Confirmado. Había dejado las cuentas en blanco.

El agente de homicidios era buena persona, pero no idiota. Se habían casado en separación de bienes. Así que, pese a que llevaban años juntos, era cuestión de tiempo que este martirio llegara a su vida. Abrió una cuenta a su nombre. La finalidad era ahorrar para pagar la universidad de su hijo. Ese día nunca llegaría, pero la automatización de los ingresos mensuales se seguía llevando a cabo. Tenía grandes ahorros. La finalidad de dejarlo en la ruina no había obtenido los resultados deseados. Echó un último vistazo al contenedor con su ropa. Movió la cabeza a ambos lados y soltó un profundo respiro. Era lo mejor. Sin ser lo que Sonia pretendía, le había ayudado. «Vida nueva. Ropa nueva». Antes de que el espíritu de las compras le poseyera durante horas, iría a tomar una copa. Mandó un correo con el cambio de cuenta de la nómina de Policía. Ella empezó una guerra que no podía ganar desde el principio. Sintió pena por ella, pero estaba en un sitio donde no debía estar desde hacía años. La pena suele no dejar ver las acciones con objetividad, y eso es lo que le ocurrió a Eloy. Arrancó el coche, bajó la ventanilla y se dirigió a un bar cercano del centro comercial más lejano de su vivienda. Poner distancia en kilómetros era lo más prudente.

Conduciendo, se proyectó en la barra del bar, con una copa y pensando en las decisiones que había tomado. Quizás viviendo el presente nunca se perdonaría el futuro. Ya no había remedio y cambiar el pasado era imposible. Compadecerse era lo que más le apetecía, pero no era lo más adecuado para su atormentada alma. El trayecto fue un hervidero de emociones. Las lágrimas y el sentimiento de culpa no le dejaban descansar. «Me lo merezco». Llegó al aparcamiento y divisó la puerta del bar desde el lugar que ocupaba con su vehículo. Sonrió. Secó las lágrimas, se miró en el espejo del parasol e intentó poner su mejor sonrisa. Alberto se encontraba de pie, apoyado en el umbral de la puerta del bar. Fumaba un cigarro. Eloy sabía que era mala señal. Hacía años que su compañero había dejado de fumar. Solo fumaba cuando sus nervios estaban a flor de piel y no veía solución. Con paso acelerado, comenzó a andar hacia su fiel amigo. Había ocurrido algo, pero ¿el qué?

—¿Qué haces aquí? —preguntó sorprendido.

—Eloy, tenemos instaladas las aplicaciones de encontrar el móvil el uno al otro. Nos las instaló Sole, ¿no te acuerdas? Por precaución en los casos, por si teníamos algún incidente y no dábamos señales de vida —resolvió Alberto, fumando con grandes caladas.

—No me acordaba —aclaró dejando de rascarse la nuca—. ¿Qué ha pasado? Ya tiene que ser algo muy malo para que me persigas. No me digas que ha aparecido otra víctima —dijo compungido por la idea.

—No, ¡qué va! Por eso puedes estar tranquilo. Sonia ha venido a mi casa. —Alberto provocó un silencio para que empezara a desembuchar lo que estaba ocurriendo. Tiró el cigarro.

Pasó al interior del bar, Alberto le sujetó la puerta para comenzar con la confesión de secretos delante de la barra con una copa en la mano. Anduvieron sin decir ni una palabra. Alberto pidió la bebida y se quedó de pie con la espalda pegada en la barra.

—¿No vas a decir nada?

—Ya te lo he dicho, nos separamos. Acabo de venir de allí. Me ha tirado toda la ropa. —Suspiró profundamente.

—Era de esperar, ¿no?

—Tienes razón. Pero supongo que no has venido por eso. Cuando quieras, puedes empezar con la batería de preguntas que hayas traído en la cabeza.

—Ha venido a mi casa, Eloy. Mi mujer estaba muy asustada. Nunca ha estado bien de la cabeza, pero ahora da miedo. ¿Te ha hecho algo? Dime la verdad.

—¿Te refieres físico?

—Psicológico, seguro. ¿Y físico? —preguntó acercándose aún más.

—No. Hace meses que no.

—¿Qué? ¡No me lo puedo creer! —exclamó con cara de asco.

El camarero colocó los vasos y echó la bebida que habían pedido. Dejaron de hablar hasta que el trabajador salió de la órbita de escucha.

—Eso no es una depresión, lo que tiene es una enfermedad mental —aseguró Alberto.

—Ya lo sé. Esta semana ha cambiado de psiquiatra y tengo una reunión pendiente con él. La ha pospuesto. Yo ya no puedo estar más tiempo viendo su cara. —Bebió un gran sorbo—. Tengo miedo, Alberto. En cualquier momento puede acabar conmigo. No solo me refiero a intentar clavarme un cuchillo o a quitarme la pistola. Ese sería el mejor de los casos. —Se sentó en una de las banquetas de la barra. Agarró el vaso y, con los ojos sin vida, los clavó en el fondo de

la bebida—. Son demasiadas cosas. No sé, ya no sé lo que hago, siento que he perdido el norte…

—Escúchame. Diana y yo estamos aquí. Lo hemos visto con nuestros propios ojos. ¿Te ha dicho el psiquiatra qué enfermedad tiene? —Eloy negó—. Bueno, no te preocupes, ya te lo dirá. Lo importante es que no hables con ella.

—No te ofendas, pero no conocéis de lo que es capaz. El día que me fui se golpeó con la encimera de la cocina. Me amenaza con denunciarme por malos tratos para acabar con mi carrera de agente hasta que salga el juicio. —Se tocó la sien con la mano libre de la bebida.

—Eso no es un problema. Sabes que luego la examina el forense —animó sin dejar de observarle—. La he advertido, no quiero que esté cerca de nosotros.

—Insisto, es capaz de cualquier cosa —afirmó con voz segura y rotundidad.

—¿A qué te refieres?, ¿hay algo que no sepa? —preguntó intrigado. Cogió el vaso y se lo bebió de un sorbo.

—Te agradezco que hayas venido hasta aquí solo para comprobar que estoy bien, pero tengo que comprar ropa. —Aireó la camisa y se tapó la nariz—. Es urgente que me cambie. —Tocó el hombro a su amigo para darle las gracias sin palabras.

—Te acompaño a la puerta. —Dejó dinero en la barra e inició el paso.

Se despidieron en la entrada del centro comercial. Eloy necesitaba comprar ropa de manera urgente. Sonia se había encargado de dejarle sin nada. Ni siquiera unos tristes calzoncillos. Diana estaba preocupada, así que había llamado a su marido en varias ocasiones. Alberto había tomado la decisión de ir a ver a su compañero en moto, lo que provocaba una alteración de nervios en su mujer, a lo que se sumaba el suceso de Sonia.

No tardó mucho en llegar de nuevo a casa. Diana le esperaba impaciente en el sofá. Al entrar la encontró mordiéndose las uñas por puro nerviosismo de lo que estaba ocurriendo. Sabía que su marido debía ir a ver a Eloy, pero la cara de Sonia se le aparecía una y otra vez. Volver a recordarla con aquella mirada siniestra le provocaba una oleada de sentimientos de terror. Alberto le dio un beso en un intento de tranquilizarla y se fue al despacho improvisado. Debido a la profesión de policía, el matrimonio decidió instalar una caja fuerte en la habitación. Dentro guardaba la pistola, pero no solo eso. Como cada

día, la abrió para dejar descansar el arma hasta el día siguiente. La carpeta que desde hacía años estaba guardada bajo llave hoy tenía especial sentido. Alberto suspiró antes de extender la mano y rescatarla. Sabía lo que ese movimiento conllevaba. Era la primera vez que se sentía preparado. La cogió fuerte con las dos manos. «Eloy», leyó en voz alta. Anduvo como si cada uno de los pasos fuera más pesado que el anterior. Llegó al escritorio y se sentó. Suspiró más profundo que nunca. Necesitó unos segundos antes de abrirla y revivir la escena. «Es de lo más doloroso que había vivido nunca». Lo ocurrido hacía que su paz fuera perturbada con fuerza. Agitaba su corazón y su conciencia. Desplegó la solapa e inició lo que tiempo atrás debía haber destapado.

Las fotografías que escondían en su interior le atormentaban diariamente en sus noches de insomnio. Desde entonces nunca más volvió a conciliar el sueño sin perturbarse.

Capítulo 31

Con cada amanecer se inicia la posibilidad de una nueva vida. Una oportunidad llega cuando el sol vuelve a aparecer en el cielo y la luna se marcha para dejar paso a la luz del día. Eloy decidió que ya no se volvería a compadecer de sí mismo. Ese hombre derrotado que solo trabajaba había desaparecido esa noche. De la cama del hostal se levantó un hombre que iba a vivir la vida que le tocaba disfrutar y por una mala decisión enterró. Se levantó de un colchón que hacía décadas que no habían cambiado. Su espalda parecía una «L» cuando colocó el pie descalzo en el suelo helado. La tarima que fue algún día, hacía décadas, ya solo era el reflejo de una moda que fue el último grito. Se restregó los ojos y se estiró la espalda con los brazos en alto para levantarse a descorrer las cortinas opacas que hacían de persianas debido a su inexistencia en la habitación. No quería ser pesimista, hoy no. Así que se fue a la ducha con el pensamiento positivo de comenzar con buen pie. Las pistas encajarían de una u otra manera. Solo había que ir probando. El agua caía sobre el cuerpo del agente renovado. Un repaso mental de las pruebas le ocupaba la mente mientras no dejaba de oler el gel del baño. «Frutas del bosque». Se secó despacio. Abrió la puerta para que el vaho desapareciera y poder mirarse en el espejo. Cogió la ropa que había dejado en la silla de la habitación y se vistió. Un último vistazo para comprobar la imagen con su ropa nueva le dio la seguridad para convencerse de que era la oportunidad de comenzar con un nuevo Eloy.

La entrada a comisaría fue antes de lo previsto. Dormir poco provocaba que viviera más horas que el resto, pero muchas de ellas agotado. No descansar en condiciones le pasaba factura. Las costumbres en el trabajo seguían siendo necesarias para no perder la estabilidad y el control que tanto le gustaban. En la máquina sacó un café con leche y extra de azúcar. Entró en el departamento de homicidios moviendo la bebida matutina. Dejó el vaso, se quitó el abrigo y encendió el ordenador. Sus compañeros no tardarían en llegar. Los ordenadores eran antiguos, así que el ruido de arranque tardaba más de la cuenta. La pantalla se encendía pasados unos minutos. Durante la espera bebió despacio el café. Daría un repaso a la autopsia de la primera víctima. Deseaba que el informe de la segunda estuviera completo, debían leerlo con detenimiento. A veces los detalles pasan desapercibidos. Eloy lo sabía, por eso se tomaba tiempo en releer los informes, y más aquellos que tenían ciertos tecnicismos que los agentes leían en diagonal sin prestar ninguna atención.

Alberto llegó con la cazadora de motorista, el casco en la mano y una sonrisa en la cara con mofletes sonrosados. Una vez más, Eloy no entendía por qué no vendía la dichosa moto para que Diana dejara de sufrir.

—¿Novedades? —preguntó Alberto dejando el casco encima de su mesa después de encender el ordenador.

—De momento, no. Pero no dejo de darle vueltas a la frase: «Compra una capa».

—Yo también le he dado vueltas. La única interpretación que se me ocurre es que tenemos que comprar una, ¿no?

—Imposible, no puede ser tan simple.

—A veces el mensaje es tan directo que lo descartamos automáticamente. —Se sentó en la silla enfrente del escritorio de Eloy.

—Me parece la opción más convincente en relación con el Motín de Esquilache y la prohibición de la capa larga —dijo sin estar convencido.

Alberto asintió. Se levantó con la intención de ir a comprar un café. Soledad entraba por la puerta del departamento en ese momento.

—¡No vengas, que ya los tengo! —gritó desde la entrada con tres cafés sujetos con cierta inestabilidad.

Eloy se levantó rápido para llegar antes en el auxilio de su compañera. Los dejaron en la mesa de Eloy, que se había convertido en el centro de reunión improvisada.

—Llevo toda la noche pensando en el mensaje —explicó de pie.

—¿Y bien?

—Creo que, si el resto de los mensajes son literales, este también lo será, ¿qué opináis?

Alberto realizó una muestra de satisfacción. Eloy arqueó las cejas dándose por vencido.

—Vale, y en el siglo XXI, ¿me podéis decir dónde se compran capas?

—¿En serio? Donde va a ser, en la tienda de capas más famosa, en pleno centro de Madrid. ¡Qué casualidad que se encuentra cerca de los asesinatos! —Soledad exclamó sarcástica.

—Parece que encajan las piezas —reconoció Eloy—. Intentemos darnos la máxima prisa posible sin dejar de ser eficientes.

—Conduzco yo. —Soledad se volvió a poner su abrigo de mil colores llamativos, cogió las llaves del coche policial y se bebió el café de un sorbo.

—Parece que empezamos bien el día.

—Lo importante no es cómo empieza, sino cómo termina —recalcó Alberto, que andaba ocupando el último lugar en la marcha.

Capítulo 32

Había pedido el día libre en el trabajo. No se encontraba bien, pero no estaba enferma. Simplemente no estaba con ánimo de ir. La vida le había enseñado a que en cualquier momento te puede ocurrir algo malo. De pequeña, Nina siempre había pensado que si eres buena persona te ocurren cosas buenas. Sin embargo, había aprendido de una forma abrupta que no era así. Llevaba años siendo voluntaria, le gustaba ayudar a la gente y más aún a aquellas personas que habían tenido mala suerte o a las que la vida no había tratado del todo bien. Llevaba años ayudando de una u otra manera. Los voluntariados que había ido haciendo a lo largo del tiempo habían sido múltiples y variados. Le gustaba conocer personas nuevas, y, sobre todo, historias. En uno de estos voluntariados conoció a Gema. Se convertiría en la persona de su absoluta confianza. La relación entre ellas era de una amistad sincera y se ayudaban la una a la otra. Esa mañana llamó al museo y les comunicó su indisposición para ir a trabajar. Acto seguido, se desplazó con el dedo pulgar por sus últimas llamadas y tocó el contacto de su amiga. No se sorprendió, de hecho, la esperaba. Antes o después, sabía que Nina se desbordaría como un vaso a rebosar, y sería entonces cuando, desesperada, la llamaría con urgencia. No era la primera vez que lo hacía y tampoco sería la última. Gema se dio la máxima prisa posible para llegar a la casa de su amiga a la llamada de auxilio. Las dos vivían en Madrid capital. En menos de una hora llamó al telefonillo.

Nina se había convertido en una paranoica. Cualquier situación fuera de sus rutinas le resultaba sospechosa y entraba en un bucle intermitente. Durante la noche apenas había pegado ojo. No podía descansar. La sensación de haber fallado hacía imposible que se perdonara. Se levantó durante la noche para intentar pensar y buscar una solución, pero no la había encontrado. Su pelo negro se encontraba alborotado, y la parte de atrás se había convertido en un remolino dejando a la vista las primeras raíces con canas. Estaba sentada en el sofá con la televisión apagada y las persianas bajadas. La única luz tenue que alumbraba la casa se encontraba en la entrada, lejos de las ventanas. Era de día, y si lo hubiera permitido, el sol hubiera entrado por la ventana como cada nuevo amanecer. Pero este día era diferente. El inicio de una etapa en la que le hubiera gustado no participar, pero que por su poca cabeza y previsión había terminado formando parte activa de un plan.

Se había echado una manta por encima. Su pierna no dejaba de moverse de manera nerviosa mientras agarraba una taza ya vacía de

tila. En las largas horas que duró la noche, las infusiones no habían hecho ni una efímera aparición de sus efectos. Al escuchar el desagradable ruido que avisaba de la llegada de su amiga, giró la cabeza hacia la puerta. «Espero que sea ella». Se levantó despacio intentando no dar señal de movimiento en el exterior de la calle. No contestó, solo dio al botón para que Gema subiera. Era ella. Lo había comprobado por la cámara. Al ver su rostro dio un sonoro suspiro. Con el ojo puesto en la mirilla, esperó a que apareciera sola. Sin comprobarlo, no abriría la puerta. Dio un par de capones a la puerta para avisarla de que ya estaba ahí. Tampoco había pasado buena noche. Su alegre rostro risueño y dispuesto a ayudar había cambiado de la misma manera que su interior.

Abrió la puerta despacio para dejar pasar a su menuda amiga y cerró rápido.

—¿Has venido sola?

—Claro, ¿con quién quieres que venga? —Se sentó en el sofá.

—No lo sé. Estoy nerviosa. —Fue a la cocina con la intención de hacerse un café que no necesitaba—. ¿Quieres? —Levantó una taza vacía.

—Sí, con leche.

—Tenemos que pensar algo, Gema, esto no puede acabar bien.

—Lo sé, pero no tenemos escapatoria.

—Siempre hay una salida, solo tenemos que buscarla. —Echó el café y lo colocó encima del fuego.

—No estoy segura de eso. —Se levantó y miró a través de la ventana—. Debería abrir las cortinas. Parece que estás al borde de un brote psicótico —dijo con talante serio.

—A lo mejor lo estoy. A mí no me parece para menos. —Se apoyó en la encimera con la espalda—. ¿Has hecho lo que te pidió?

Asintió sin mirarla. Descorrió las cortinas y abrió las ventanas.

—No sabemos qué va a pasar. Nadie lo sabe. Ahora estamos vivas, así que vive. —Sacó la cabeza por la ventana, apoyada en el alfeizar, y respiró profundamente—. Yo tampoco estoy bien. A veces pienso que no volveré a dormir nunca.

—Eso ya lo tengo asumido.

El ruido de la cafetera avisó a Nina de que la retirara del fuego. Rellenó las tazas, cogió la leche fría de la nevera y echó hasta el borde. Con las manos ocupadas se dirigió a la mesa que se encontraba

al lado de la ventana donde su amiga seguía asomada.

—Aquí tienes. —Posó las dos tazas y se sentó en una de las sillas que hacían juego con la mesa.

Gema se dio la vuelta y cogió la taza con una de las manos. Dio un sorbo y comenzó a caminar despacio por la casa. Repasó cada una de las habitaciones. Nina la miraba desde su sitio. Sintió una punzada de temor en el estómago, se levantó y corrió las cortinas.

—Gema, estamos perdiendo el tiempo. ¡Venga!

—No, Nina, yo no pienso hacer nada. Creo que no nos merecemos esto, ¿sabes? Somos buenas personas, joder. —Su tono cambió.

«¡Lo ha encontrado!».

Gema salió de la habitación llorando, decepcionada.

—¿Qué es esto? —preguntó secándose una lágrima.

—Ya sabes lo que es. —Nina se levantó para llegar hasta donde estaba su amiga—. Me lo dio.

—¿Por qué te lo dio a ti?

Capítulo 33

Dejaron el coche de la Policía sin rótulos en el aparcamiento de la plaza Santa Ana. Debían llegar a la tienda de capas antes de que cerraran. Cogieron la calle Nuñez de Arce y llegaron a la calle de la Cruz para girar a la izquierda y subir la calle hasta la tienda de capas. Se detuvieron observando sus reflejos en los cristales del escaparate. Sentían un cosquilleo en el estómago ante la incertidumbre que los había llevado hasta allí. Si tenían razón sobre la frase, significaba que estaban más cerca de atraparlo, pero si no la tenían, se encontraban francamente perdidos.

—¿Estáis seguros? —preguntó escéptico—. No creo que exista ninguna relación.

—Tiene que haberla, no puede ser otro lugar. —Alberto apoyó la cara en el cristal, cubriéndose con las palmas de las manos en un intento de ver el interior—. No hay nadie.

—También es sastrería, estarán en la parte de atrás, cosiendo —supuso positiva Soledad.

—¡Venga! No quiero perder el día en la calle. Entramos y a ver qué pasa. —Apoyó la mano en el picaporte.

—Sí, venga. Es lo mejor y la única manera de salir de dudas.

Soledad y Alberto se encogieron de hombros. Asintieron para que Eloy abriera la puerta. Al entrar sonó la campana que tenían arriba, colgada del techo. La función del tintineo era avisar de la entrada de clientes. Esta vez no eran compradores, sino agentes de homicidios.

Un hombre de mediana edad con una sonrisa salió del interior a los pocos segundos.

—Buenos días. Díganme.

—Buenos días, somos agentes de homicidios. Venimos por el tema de los asesinatos…

El hombre no medió palabra, pero sus facciones trasmitieron un gesto de sorpresa y alivio a la vez para, a continuación, girarse e introducirse al interior de la trastienda. Cuando volvió, el asombro de los agentes se plasmó en sus rostros.

—Pensé que era una broma, pero ahora veo que no. —Les enseñó una pequeña caja—. Hace unos meses una prostituta de esta calle a la que conocemos desde hace muchos años, porque somos

vecinos del barrio, no por sus servicios, no me malinterpreten, nos trajo esta caja. —Levantó el objeto—. Me dijo que le daban dinero si yo le hacía el favor de guardarla. Pensé que era una broma, la verdad, pero como no abulta y conocía a la mujer, la guardé. Me dio lastima. —Extendió la mano y Eloy la cogió.

—Perdone, pero no entiendo nada.

—No hay mucho que entender. Me la dieron para guardar hace unos meses y me dijo que cuando vinieran unos policías de homicidios, que se la diera. Ya está. No sé ni qué hay y ni siquiera si serán ustedes a los policías a los que se referirían.

Los agentes se miraron impertérritos.

—¿Abro? —preguntó Eloy.

—Digo, ya que hemos venido hasta aquí.

El hombre los miraba con curiosidad. Eloy quitó el papel y abrió la pequeña caja negra. Era de terciopelo, igual que las que utilizan en las joyerías.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Alberto—. ¿Hace cuánto se lo dieron?

—Un mes por lo menos. Si es de ayuda, les puedo decir quién es la prostituta. Está en la plaza de Jacinto Benavente. Es rubia, con el pelo muy rizado. Siempre viste con colores llamativos y es mayor. Se reconoce fácilmente.

—Es una medalla de la Orden de Carlos III, ahora lo sabemos. Pero ¿por qué?

—¿Y la foto del monarca?

—Es la foto del monarca vestido con las ropas de la orden. Llama a Nina. Vamos a comisaría, rápido —dijo Eloy saliendo de la tienda.

—Hay que buscar a la mujer.

Salieron de la tienda y subieron acelerados hacia la plaza. El hombre de la tienda de capas tenía razón, era fácil reconocerla. Se acercaron a ella con precaución, no querían espantarla. Aunque dudaban de que siquiera pudiera correr. La prostituta en cuestión tendría al menos sesenta años. Alberto dudó que tan mayor tuviera clientes, pero si seguía allí sería porque los tenía de tantos años atrás. Soledad se quedó unos pasos atrás, intentando localizar a Nina.

Se acercaron a la prostituta, que reaccionó asombrada. «Nunca pensó que fuera a pasar». Al verlos dedujo por qué iban a hablar con

ella.

—No sé quién era. Me dio cien euros por convencer al dueño de la tienda de las capas. Conozco a su familia y, como nos pareció una broma, aceptó. No le vi la cara. Llevaba una máscara de esas con las que llevan a los niños al colegio, ya saben, de monstruos de *Halloween* —explicó la prostituta.

—¿Cuándo fue?

—Hace mucho, al menos un mes —dijo nerviosa sin dejar de tartamudear—. Cuando vi las campanadas por la televisión me asusté. Sabía que tenía algo que ver con la dichosa caja. Nunca pensé que estaba haciendo algo malo, solo me pareció raro. Ver a ese hombre con la capa y después a la siguiente víctima con el mismo atuendo en la fuente de la Casa de las siete chimeneas… —Aguantó el llanto—. Entonces supe que era el asesino de esos pobres enfermos mentales. No hay otra explicación de que llevara puesta una máscara y con tanta antelación. Lo cogerán, ¿verdad?

—Tranquila —Alberto la intentó calmar tocándole el hombro —, lo cogeremos.

—No le vi la cara, lo siento. Soy incapaz de reconocerlo, pero creo que la siguiente soy yo. No sé, intuición, supongo. —Se tapó la cara.

—Intente recordar alguna característica de ese hombre, algo peculiar, forma de andar, hablar…

La mujer negó con la cabeza.

—Va a venir a por mí, ¿verdad? Por eso están aquí. ¡Dios mío!, ¡soy la siguiente! —Comenzó a moverse de un lado a otro con las manos en la cabeza y sin dejar de gritar—. ¡Soy la siguiente! ¡Soy la siguiente! —Un llanto profundo e histérico salió del interior de la prostituta.

—Está bien, tranquilícese. —La agarró de los hombros con la mirada fija para que se centrara en ellos y no en una suposición sin fundamento—. Intente no salir en unos días, hasta que sepamos quién ha sido. Seguro que todo volverá a la normalidad en breve, pero hasta entonces, por su integridad, es mejor que se quede en casa, ¿de acuerdo?

Los agentes cogieron los datos de la mujer y se marcharon después de conseguir que se calmara. De camino al aparcamiento se fueron alternando la caja con el fin de observar la insignia. Las extremidades y los pensamientos cada vez eran más pesados. El cuerpo era víctima del cansancio y la presión. El inspector sentía que

cada vez el desarrollo de las ideas en su cabeza actuaba de manera más intermitente y menos sagaz que hacía un par de días. Su situación personal le había trastocado más de lo que hubiera pensado o hubiera sido capaz de admitir.

Capítulo 34

Las gotas golpeaban en la ventana de su habitación. Se había quedado de pie observando la noche. Oía el ruido del agua, cerró los ojos y comenzó a pensar en lo que había vivido. Nunca le gustó su vida. Se había sentido siempre fuera de lugar hasta que los conoció a ellos. Eran los únicos que le entendían, que le hacían sentirse mejor. Pensaba de una manera positiva cuando encontró a más enfermos mentales, se sentía comprendido. Sin embargo, la enfermedad iba aumentando, los brotes psicóticos eran cada vez más frecuentes. Tenía momentos de lucidez en los que se percataba de lo que había hecho, pero el dolor y los estragos de su enfermedad mental cada vez eran mayores. Tenía un trastorno bipolar y lo único que le hacía sentir mejor era hacer daño a los que le rodeaban. Al cabo de tiempo de decir mentiras y comprender el daño, lo volvía a hacer. No podía controlarlo. Era inevitable. No dejaba ser felices a quienes le rodeaban. Había dicho centenares de veces que se iba a suicidar para llamar la atención, pero su familia sabía el motivo de esas palabras y con el paso del tiempo dejaron de surtir los efectos deseados: que todo el mundo se preocupara por él y solo le colmaran de atenciones. Durante el último brote psicótico cogió un cuchillo para autolesionarse. Sin embargo, en el forcejeo hirió a su madre. No era grave, pero sí psicológicamente. Cuando llegaron los agentes de Policía comenzó a mentir sin parar con el único propósito de fastidiar a su madre y hacerla sufrir. Mintió a los agentes una y otra vez. Afirmó que su madre le maltrataba física y psicológicamente. Fue en ese momento cuando comenzó el juicio y sus progenitores no quisieron saber más de él. Intentaba fastidiarles la vida y se dieron por vencidos. Pidieron una orden de alejamiento sobre Mateo. El juez impuso su ingreso involuntario en un centro psiquiátrico y, después de cuatro largos años, salió. Aunque ya nada merecía la pena. No tenía a nadie. Los psiquiatras no se dieron por vencidos y le intentaron ayudar para la reinserción en la sociedad. Mateo estaba lleno de odio y sus alucinaciones cada vez iban a peor. A diario se le aparecían sus progenitores como fruto de sus continuas y frecuentes paranoias. No dejaba de imaginarse cómo los mataba a cuchilladas. Se sentía liberado. La psiquiatra dijo que era normal que los odiara, que ella también lo haría si le hubieran hecho lo mismo. Lo que hizo que fomentara su locura en lugar de apaciguarlo y mostrarle la realidad.

Conoció a más bipolares. Ninguno dejaba de hablar de cómo sus familiares los habían abandonado sin razón. Se apoyaban unos a otros. Para continuar con el círculo vicioso de mentiras, se inventaban

una distorsión de la realidad para no hacerse daño. Las mentiras no paraban.

El frío le recorrió el cuerpo, pero era tarde para que algo le importara. Todo le daba igual. «He tenido la culpa. Tantas mentiras…». Había conseguido una habitación barata cerca de quien consideraba su amigo, pero lo que había hecho no tenía perdón. Recordó su adolescencia mientras andaba los escasos metros que le separaban de la cama. Fue un inadaptado socialmente y desde entonces nada había cambiado. Su mente trastornada no tenía solución. Cuando le intentaban ayudar, él lo echaba todo a perder. Siempre lo hacía. Se había quedado solo por su propia culpa. Las pastillas que le habían recetado para controlar su trastorno cada vez le sentaban peor. El litio que se tomaba no dejaba de hacerle sentirse en un estado superior. Era un ignorante y no quería escucharlo. Lo sabía. Su madre siempre dijo que «su error era que siempre se pensaba que era más listo que los demás y no escuchaba». «Tenía razón». Salía a la calle para insultar a los que paseaban tranquilamente. Después de que viniera la Policía por los espectáculos que montaba, se sentía mal, pero lo volvía a hacer al día siguiente. Solo se sentía bien con la psiquiatra, porque le daba la razón en todo y no le cuestionaba en nada. «El mal que le habían hecho lo tenía que devolver». Esa era su excusa. Nadie le hizo ver que era él quien hacía mal al resto.

Se tumbó en la cama y dejó el cuchillo al lado de su mano derecha. Miraba el techo y la lámpara, que desprendía una luz tenue. Cerró los ojos. Recordó su primer brote y la cara de sus compañeros cuando agredió a un niño que solo le quiso ayudar. Se enfadó tanto que le empujó. Se dio en la cabeza con los hierros del perchero, pero Mateo le siguió pegando hasta que le rompió la nariz. Recordaba la cara de sus compañeros y cómo lloraban mientras él no dejaba de pegarle. Notó cómo sonreía sin dejar de agredirle. La sangre a borbotones le hacía sentirse superior frente al resto. Les dio una lección a todos. A partir de entonces nadie jamás quiso acercarse a él. Le llamaban «El loco» y le decían que se fuera a una «casa de locos» a estar con gente como él.

Había matado a sus amigos. Había traicionado su amistad. Utilizó la confianza que les unía para engañarlos, drogarlos y ahorcarlos. En el momento que lo hacía se sentía bien, glorioso. La medicación cada vez le hacía ver la realidad que él quería: todos se equivocaban y no veían lo buena persona que era. «Ellos se lo pierden». Él era superior. Los demás no sabían ver su personalidad. Ahora solo quedaba continuar con el plan y acabarlo. Su nombre sonaría en todos los medios de comunicación. Pasaría a la historia como un héroe. Como lo que era. La gente no entendía nada. Los

enfermos mentales deberían dirigir el mundo, ven más allá que el resto.

La habitación alquilada se encontraba en Madrid capital. Le gustaba vivir allí. Una de sus grandes pasiones era coger el metro e insultar a la gente que viajaba. Así pasaba largas horas hasta que los vigilantes de seguridad daban con él. Entonces era cuando comenzaba su carrera para huir. A veces lo conseguía, otras veces no. Cuando le atrapaban y llegaban los agentes, aparecían los delirios. Empezaba a mentir sobre las palizas que le habían propinado. *«Los vigilantes me esperan para que no coja el metro porque me tienen envidia. Soy más inteligente que los demás».* No podía parar de mentir y hacer daño.

Llenó un vaso de agua y lo bebió entero. Era la hora de hacer que nadie más sufriera. La enfermedad avanzaba de una manera incontrolable, sin embargo, no se sentía mal. A veces un rayo de realidad le hacía ver lo que había hecho, pero era lo que tenía que hacer, sin más. Se volvió arrastrando los pies desnudos por el pasillo hasta su cuarto. Sus compañeros habían dejado el piso porque les daba miedo. Le habían visto hablar solo y reírse a oscuras en el salón. Al día siguiente no estaban. No querían saber nada de él, como el resto de las personas que habían pasado por su vida. Le daba lo mismo, incluso le habían dejado pagados dos meses para poder abandonar el piso y que no les pudieran reclamar. Querían estar lejos de una persona así. Iba a cerrar la puerta de la habitación, pero se dio cuenta de que estaba solo. Pasó los pies por la alfombra manchada de sangre. Recorrió la mancha con el dedo pulgar del pie y sonrió.

—Muertos —susurró.

En su cara se había expandido una sonrisa que daría verdaderos escalofríos si alguien la viera. Siguió las manchas de la alfombra hasta quedarse delante del espejo. El reflejo no mentía. Había matado y era feliz. No podía dejar de sonreír. Su psiquiatra le dijo que estaba estable y no era agresivo. «¡Cuánto se equivocaba!». Decidió que se cortaría las venas, pero antes dejaría un mensaje a esos sucios policías que no dejaban de aguarle todos los planes. Se cortó una de las muñecas con el cuchillo que había dejado encima de la cama. Encogió el rostro al cortar la carne, pero pronto le volvió la sonrisa al comprobar cómo brotaba sin parar. Esperaba no desfallecer antes de terminar de escribir. Untó el dedo en su propia sangre para dejar el mensaje escrito en el espejo: *«El error es tratar a un enfermo mental como si no lo fuera».*

Capítulo 35

La comisaría era un hervidero de ruido, como todos los días. Los gritos, los teléfonos sonando, la gente que iba y venía y los delincuentes, hacían que la migraña de Martín fuera cada vez a un dolor más inmenso. Soltó el ratón y dejó de mirar la pantalla del ordenador. Los ojos necesitaban descansar y su mente parar. Cerró los ojos y apartó el teclado colocando los brazos en el escritorio para después apoyar la cabeza. La oscuridad y apretarse la sien ayudaba a que los pinchazos pararan. Intentaba aislarse del jaleo que había fuera, pero era una tarea imposible. No dejaba de pensar en «El caso de las capas». Había saltado a la prensa y no dejaban de presionarle para que hablara. Creyó que quizá le vendría bien para que le ofrecieran uno de los puestos que los políticos daban a dedo dentro de la Policía. Le haría crecer a pasos agigantados y ascender a otro puesto mayor en breve. Intentar ganarse a los políticos era la mejor estrategia para tener más dinero en el bolsillo y un estatus social privilegiado. Antes debería hablar con los agentes de homicidios. Era un mal presagio que las víctimas fueran enfermos mentales. Esos casos nunca acababan bien. Martín llevaba demasiados años siendo comisario y tenía una experimentada intuición en la resolución de los casos. Cuando la primera víctima apareció y Lisardo le comunicó que era un enfermo mental, se le pasó por la cabeza que el asesino también podría serlo, lo cual le fastidiaba, porque sabía que la opción de que alegara en el juicio que sus actos eran motivados a causa de su trastorno sería una defensa muy socorrida y factible. El comisario era una persona trabajadora, la vida le había puesto las cosas difíciles, pero consiguió saltar los obstáculos y llegar a donde se había propuesto con mucha constancia y dedicación. Al llegar al puesto de comisario de un distrito de Madrid comenzó a relajarse, pero su ambición seguía latente. Era como un virus, esperando su momento para encontrar el huésped perfecto y aprovecharse de él. Había llegado. No había nada más llamativo y rocambolesco que lo que estaba pasando en el distrito del centro. Sonaba mal decirlo en alto, pero era el caso perfecto. Le estaba llevando a la palestra y llamaba la atención de los políticos. Esperaba que el departamento de homicidios hiciera bien su trabajo y poder llevarse los méritos. Lo único que tenía que hacer era mantener reuniones con los agentes. No le caía bien ninguno de los tres, pero haría de tripas corazón para aparentar que colaboraba. Después daría una rueda de prensa en la comisaría. Su imaginación había estado volando mientras él se encontraba con la cabeza tendida en la mesa del escritorio. Se había divisado dando entrevistas en la televisión acerca de los comportamientos criminales.

Se llevaría a Soledad, que era criminalista y mujer. Con el revuelo que se había montado en los últimos años sobre el papel de la mujer y su *techo de cristal* quedaría como el hombre perfecto para ascender.

Un golpe en la puerta de su despacho le deportó de nuevo a la realidad. Levantó la cabeza y sintió que le corría un hilo de baba por la comisura de la boca. Con la mano se la secó rápido para contestar a la intrusión. Esperaba que no fuera ninguno de los recién llegados que quería hacer que trabajaba con esmero e intentaba ganarse la simpatía del jefe. Odiaba a *los pelotas* que lo único que hacían era perseguirle para buscar que los adularan por la obediencia y saber hacer en el cuerpo.

—¿Sí? —contestó el comisario moviendo el ratón con rapidez para que la pantalla de su ordenador dejara de estar en negro.

—Tania. Traigo un paquete —respondió al otro lado de la puerta.

—Pasa.

Se incorporó en la silla. El gesto se terció en un comisario ajetreado con el ordenador. No dejaba de mirar la pantalla, asintiendo para parecer interesante a los ojos de aquella muchacha. Tania era una de las pocas policías que había en comisaría. Era muy guapa para haber escogido aquella profesión. Era lo que solían decir los agentes cuando pasaba. Su apariencia era de chica de oficina con un alto cargo, según Martín, al lado de un gran director que pudiera sacar provecho a su genética natural. Solo pensaba cómo podría engatusarla para quedar fuera de la comisaría y llevársela a la cama. Era complicado, pero estaba convencido de que merecía la pena correr el riesgo. Martín estaba casado. Incluso antes de ascender. Conoció a su mujer cuando era un patrullero con aspiraciones para convertirse en un gran inspector. Lo consiguió. El papel de padre de familia y perfecto esposo lo tenía depurado. Nadie sospechaba que de vez en cuando tenía sus escapatorias con las agentes que se marcharían a otras comisarías. No quería que sus aventuras afectaran al trabajo, por eso le gustaba tenerlas lejos de su comisaría. La nueva presa era Tania, que ya había dicho en diversas conversaciones que quería que la destinaran a una comisaría de un municipio. Estar en la gran urbe del distrito centro no era de su completo agrado. El traslado no tardaría en llegar.

—Tienes un paquete. —Extendió la mano.

—Está bien. —Lo cogió—. Gracias. ¿Algo más?

—No. —Se giró y se marchó.

Martín leyó el remitente y se le pusieron los pelos de punta. No estaba seguro de qué significaba, pero decidió que era mejor esperar a abrirlo. Sintió que el caso iba más allá de un loco que estaba reproduciendo el Motín de Esquilache por Madrid. Se reía de la Policía. Prueba de ello era el sobre que tenía en la mano. Lo soltó como si le diera calambre cuando leyó quien lo mandaba. «No puede ser». Cogió el teléfono de encima de la mesa y llamó a Lisardo para comprobar sus sospechas. La piel se le había erizado. Cada uno de los poros del cuerpo comenzaron a sudar. Sintió cómo el calor había llegado hasta la cabeza. La migraña había desaparecido milagrosamente. Miró la mano que no sujetaba el teléfono y observó cómo su pulso se había convertido en inestable.

—¿Qué significa esto? —balbuceó entre murmullos mientras esperaba escuchar la voz de Lisardo al otro lado del auricular.

Capítulo 36

Después de hablar con la prostituta, decidieron que era urgente hablar con Nina. Iban a ir a buscarla al trabajo. Al hacer la llamada les avisaron de que aquel día no había ido a trabajar, se encontraba indispuesta. Soledad hizo un gesto de incredulidad ante la excusa, pero se lo guardó para sí. Alberto seguía admirando la caja con la insignia de la orden. Esperaba descubrir algún mensaje escondido en ella. Una pista. Algo. Pero por más vueltas que le daba no encontraba nada. Se empezaba a impacientar. Tenía esperanzas de cerrar aquel caso antes del siguiente crimen. Estaba convencido de que se produciría en un intervalo corto de tiempo. Con cada llamada esperaba el aviso de una muerte.

—Tenemos que separarnos —dijo Eloy con la llave del coche en la mano.

—Estoy de acuerdo. Me ofrezco voluntaria para ir a casa de Nina. Me parece rara la excusa de que está enferma, me gustaría comprobar que está bien y, sobre todo, viva —explicó Soledad, buscando en su bolso.

—Vale. Eloy y yo nos iremos a comisaría. Vamos a llevarle esto a Lisardo. Quizás sirva para sacar una huella, aunque sea parcial.

—Ya lo hemos toqueteado y vete a saber quién más —habló Eloy montándose en el coche—. Vamos —animó al cerrar la puerta.

—Prefiero irme en metro. —Enseñó el bonobús que había sacado del bolso—. Si me voy con vosotros tardaré mucho en llegar para ir por el centro. En metro voy a tardar la mitad por la hora que es. Ahora mismo hay muchos coches y seguro que habrá caravana.

—Ten cuidado —advirtió Alberto.

—Siempre lo tengo. —Enseñó su pistola en la parte de atrás del pantalón.

—Cuando hables con Nina intenta que te confirme la historia de la orden y qué relación o sentido tiene con el resto de las pistas. Sabemos lo que significa la insignia, pero no quiero que perdamos más el tiempo en información irrelevante sobre historia que no necesitamos. —Eloy utilizó un tono altivo y cansado.

Soledad no contestó. Sabía por lo que estaría pasando y el comentario, aunque estaba fuera de lugar, no le pareció del todo incoherente. Eloy solía ser duro juzgando a las personas, pero no le importaba pedir perdón si era necesario. Se podía resumir en que era

prudente. Prefería pedir perdón a pedir permiso

—¡Sole! —gritó Alberto antes de entrar en el coche—, recuerda que nos falta la visita al psiquiátrico. —Soledad asintió desde la puerta del *parking*.

Siguió corriendo para no perder más el tiempo. Andaba sin perder el ritmo. Aquel día iría al gimnasio sin falta. Le gustaba ir algunos días para hacer clases de boxeo. Había leído que hacer ejercicio soltaba unas toxinas que te hacían descargar energías negativas y luego pensabas con más claridad. Creía que era por las endorfinas que te hacen ser más feliz y te abrían la mente. Nadie la esperaba en casa, aunque para ella no era un motivo para estar triste. No tener familia no era símbolo de infelicidad. Quizá en un futuro podría cambiar de opinión y querer ser madre, pero hasta ese momento siempre pensó que no sería una buena madre. No estaba preparada para cuidar de otra persona que no fuera de ella misma. La falta de tiempo para llevarle al colegio, recogerle, extraescolares o estudiar también influía en gran parte para la toma de esa decisión. Le abrumaba pensar en las tareas que conllevaba. No dejaba de pensarlo mientras bajaba las escaleras para coger el metro. Se empezó a preguntar cómo era posible que el resto de las madres del mundo pudieran hacer tantas cosas con solo veinticuatro horas al día. «¿Se las quitarán de dormir?».

Tenía un largo trayecto por delante. Sacó el libro electrónico del bolso y comenzó a leer. Contó las paradas que quedaban hasta llegar a casa de Nina. Le había mandado un mensaje de que iba de camino a su casa. Necesitan urgentemente hablar con ella. Echó un cálculo por encima. En alrededor de media hora estaría allí, más o menos. Después de leer el mismo párrafo varias veces, decidió que no era el momento y desistió de continuar. No dejaba de dar vueltas a las víctimas y si hubiera relación entre ellas. Cerró el libro y lo metió en el bolso. Escuchó la voz mecánica de los altavoces anunciando la próxima parada. «Todavía falta». Volvió a la idea de la conexión entre los enfermos mentales. Debía averiguar si el nexo en común era la enfermedad, el psiquiatra o incluso el centro en el que estuvieron internos. Podían ser un sinfín de opciones o no ser ninguna. Resopló. Le pareció que ir a hablar con Nina se había convertido en una pérdida de tiempo, pero era en lo que quedó con sus compañeros, así que iría y después intentaría ir al psiquiátrico donde estuvo interno Javier Romero.

Llegó al barrio donde vivía. No conocía bien la zona, por lo que tuvo que entrar en la aplicación de Google Maps para poder ubicarse. Activó la opción de voz y siguió las instrucciones. De repente sintió

como un pinchazo en el estómago. Se sentía un fraude al estar allí. Mientras sus compañeros estaban estudiando posibilidades de la línea de investigación ella estaba de excursión. Aceleró el paso para volver con ellos. La calle estaba repleta de gente paseando y comprando. Le llamó especial atención un grupo de adolescentes. Su apariencia cumplía los perfiles policiales de traficantes. Soledad había dejado de ser patrullera, pero su mente no dejaba de ser analítica. La apariencia de los criminales solía ser la misma. La idea de que la estuvieran siguiendo y observando sus pasos, sin fundamento, volvió a su cabeza. Sintió que era normal que el asesino no actuara solo, por lo que la idea de que fueran varios no le pareció tan estúpida. Debía estar compinchado con alguien de su absoluta confianza. Las opciones de un asesino para tener personas a su alrededor capaces de matar y callar por él no serían muchas. Sin dejar de andar por inercia, su mente se detuvo en esa cavilación. Llevaba más de un mes con ello, así que puede que ese intervalo fuera en el que se fraguó el plan de los asesinatos. Las capas, los sombreros y aquella magistral clase de historia latente por la ciudad era un plan ideado con antelación, premeditación y tramado minuciosamente por una mente enferma. Un ser vengativo que quería sembrar el miedo y el pánico en la sociedad. Lo había conseguido, pero ¿bastaría? Por supuesto que no. Le dolía pensar que no tenían apenas tiempo para investigar más a fondo. Las horas pasaban y los días se acortaban para el próximo crimen. Tenía esperanzas de que Nina tuviera una buena noticia para ella. Llegó al portal como le indicó la voz que le hablaba al oído por medio de los cascos. Apretó el timbre y salió de la aplicación para que la batería le durara el máximo tiempo posible.

El ruido de apertura sonó sin una contestación previa. Empujó la puerta y una chica con un tono de piel pálido, salió enfrascada en su móvil. Le dio un leve empujón sin querer debido al despiste.

—Perdona, no te he visto —se disculpó.

—Tranquila. No importa. —Siguió su camino para acceder al ascensor.

La chica tenía mala cara. Su rostro reflejaba un mal día, las ojeras eran pronunciadas y hacían que su mirada fuera más pequeña. Había estado llorando. El ruido de la nariz se lo confirmó.

Llegó a la planta del piso. No vio ninguna puerta abierta. Comprobó la dirección de nuevo. No hizo falta llamar al timbre. Al colocarse delante de la letra del piso, la puerta se abrió con Nina escondida detrás. Estaba en pijama y despeinada.

—Pasa. —Se apartó para que pasara antes de mirar a ambos

lados.

Soledad notó cómo había cambiado. La directora del museo segura y firme había desparecido dejando lugar a una insegura e inestable. La agente tampoco quería estar allí. No tenía buenas vibraciones. Una corazonada golpeó su mente. Intentaría ser lo más rápida posible. Creyó que quizás habría cambiado de opinión en prestarles ayuda, después de todo, no tenía obligación de arriesgar su vida. La entendía. Le explicó lo que había ocurrido de la manera más sintetizada posible, por si les podía ayudar. El ambiente estaba cargado. Soledad sintió una energía negativa que invadía el piso de Nina. Una ligera brisa rozó su nuca. Sintió que era una señal. Observó cómo se frotaba las manos sin parar. Estaba extremadamente inquieta. Cuando Soledad terminó de contar lo ocurrido en la tienda de capas comenzó a comerse las uñas.

—¿Qué te pasa? —explotó Soledad.

—Nada —mintió.

—¿Te han amenazado? Si tienes miedo, dímelo. —Intentó agarrar la mano que apartó rápidamente.

—No, pero creo que ya os he ayudado bastante. Yo tengo mi trabajo. No creo que sea bueno para mi imagen que me relacionen con un caso de asesinato —estalló con palabras atropelladas—. Ya os he dicho todo lo que sé sobre historia. No creo que tenga más datos útiles para vosotros. —Se levantó invitándola a irse.

La agente miró su alrededor. La oscuridad en la casa daba escalofríos. Su actitud no era normal. Había cambiado drásticamente de un día para otro. La amabilidad había llegado a su fin. Se quedó allí sentada en el sofá, mirándola, sin poder reaccionar a sus palabras. Los músculos de sus piernas reaccionaron al sentir el crujido de la puerta. La única luz que entraba por la ventana era a través de una rendija que de manera involuntaria no habría corrido. Que tenía miedo era obvio, pero si no requería su ayuda no podía dársela. La estaba echando de su casa y tenía que respetarla. Así que, con un último vistazo para comprobar que su agresor, o la persona que la hubiera amenazado no estaba allí, se marchó.

No miró atrás, ni siquiera se despidió. Simplemente anduvo hasta el ascensor para llegar a la comisaría lo antes posible. «Una pérdida de tiempo. ¿Qué bicho le habrá picado?».

El sol la saludó en la cara al llegar a la calle. Sus ojos se acostumbraron sagazmente a la luz del día. La oscuridad de la casa le había producido una sensación de dolor en los ojos al salir por el

portal. Sacó el móvil, enfadada. El traslado le había hecho perder varias horas. No entendía la locura que le atormentaba la mente, pero no le sorprendió. Quien aparece sin que le llamen se suele ir de la misma manera. Parecía una persona que quería ayudar, pero quizá solo lo hizo por diversión. Al ver que su alrededor se había convertido en muerte, la habría invadido un miedo psicológico que la habría empujado a huir. No perdería más el tiempo en ella. Si no quería su ayuda, no la tendría. Debía atrapar a un asesino que quería jugar con los agentes por las calles de Madrid. La paranoia sobre Nina no la ayudaría en la investigación, razón por la cual debía de dejar de pensar en ella. Creía en las energías, y las que sintió en su casa no le gustaron nada. Salió con mal cuerpo.

Mientras seguía las indicaciones del móvil para volver, Eloy la llamó.

—¡Ven, rápido!

—Estoy de camino al metro. ¿Qué pasa?

—Coge un taxi. De casa de Nina a comisaría hay mala combinación y tardarás más. Ha llegado un paquete a nombre de Javier Romero. Fue mandado hace un mes y el remitente es el comisario —explicó con tono angustiado—. ¡No entiendo qué está pasando! Date prisa.

—En quince minutos estoy allí.

Capítulo 37

Estaba haciendo garabatos en el folio que se ponía al lado del teléfono cuando le tocaba la recepción de comisaría. Prefería estar ahí sentada que en la puerta, pasando frío. A Tania le gustaba llegar temprano al trabajo, así le daba tiempo a sacarse un café y no encontrarse con Martín en la puerta. No le gustaba cómo la miraba, le hacía sentirse inferior. Había solicitado el traslado hacía algún tiempo y esperaba que se lo concedieran pronto para dejar de sentir sus ojos en el trasero cada vez que se daba la vuelta. Al hacer el cambio de turno con el compañero, no le había avisado de que le tenía que dar un paquete a Martín. Lo había dejado en una esquina de la entrada. No se había dado cuenta de que estaba allí hasta que recibió un mensaje avisándola. Resopló antes de levantarse para coger el dichoso paquete y llevarlo al comisario baboso con su mejor sonrisa.

Se levantó y comenzó a caminar con desgana. La coleta se movía de un lado a otro con cada nuevo paso. Observó la sala de espera al cruzarla para llegar a su destino. Solo había dos personas, sin embargo, el ruido era constante en la comisaría. No dejaban de entrar compañeros con detenidos. La zona estaba infestada de carteristas que hacía que no descansaran ningún día. El trabajo al que se enfrentaban los agentes de patrulla era poco gratificante. Unas horas allí, molestando, para que luego quedaran en la calle y volverlos a detener por el mismo delito al día siguiente. Siempre eran los mismos. Así era cómo transcurrían los días.

Le llevó el paquete a Martín. Se asombró al ver el remitente. La reacción que tuvo fue la misma que si hubiera visto un fantasma. Tania no sabía qué hacer, por lo que, ante el mutismo de Martín, decidió salir del despacho. Tania no era cotilla y tenía el lema de que es mejor no saber aquello que no es de su incumbencia. Tal fue el sobresalto que experimentó el comisario que se le olvidó mirarle el culo cuando se iba. Se quedó pensando en esa reacción hasta que se sentó de nuevo en la silla y el ruido de la centralita le sacó de su ensimismamiento. Cogió el teléfono y con la mano libre jugó con el pendiente de perla que llevaba.

—¿Estoy llamando a la comisaría? —preguntó una voz de persona mayor.

—Sí, dígame —contestó con la simpatía que la caracterizaba.

—Verá, señorita, lleva días oliendo a muerto en el piso de al lado. He mirado por la ventana, pero no veo nada por el patio —susurró—. Tenía miedo, pero he ido a llamar a la puerta para no

molestar, ¿sabe? Y nada. Pero es que huele muy mal, como a podrido. Un olor súper fuerte, ¿me entiende?

—Sí, le entiendo. ¿Hace mucho que no ve a su vecino? —preguntó interesada.

—Sí, la verdad es que sí. Por eso he sospechado con lo que está pasando y eso, ¿sabe? Estoy un poco nerviosa, no quiero parecer una chismosa.

—Tranquila, no lo parece. Solo una vecina preocupada por los demás, ¿no?

—Eso es. Señorita, es que mi vecino es un enfermo mental y estuvo ingresado en un psiquiátrico hace un tiempo. Parecía que se había recuperado, pero ya sabe que las cosas de la cabeza tienen mal apaño —explicó la anciana.

—¿Le parece que le mande una patrulla para que se pasen a mirar?

—Eso sería perfecto. ¿Pueden tirar la puerta abajo? Yo creo que está muerto… —lamentó.

—¿Por el olor?

—Sí, señorita, huele muy mal. Ya lo he comentado con otros vecinos, pero nadie quería llamar y, bueno, como yo vivo al lado, no puedo esperar más. Es insoportable. Me he puesto hasta una mascarilla para estar en casa, imagínese.

—De acuerdo, pues ahora mismo doy el aviso. ¿Sabe cómo se llama?

—Del apellido no me acuerdo, pero el nombre es Mateo.

—De acuerdo. Gracias por llamar.

Tania colgó el teléfono. La llamada le pareció de lo más extraña. Una anciana avisando de que olía a muerto. Le pareció de lo más surrealista. Daría el aviso a los compañeros que estaban en los coches para que se pasaran por allí. Apuntó la dirección en un papel para llamar y decirla sin equivocarse. El teléfono de contacto de la vecina preocupada también lo dejó apuntado, por si los compañeros necesitaban contactarla.

Los agentes Alonso y Gael entraron por la puerta. Eran buenos compañeros, se llevaba bien con ellos. Sobre todo, porque eran de los pocos que la veían como una compañera, no como un trozo de carne con ojos. Estaba escribiendo cuando pasaron. Tania los conocía y sabía que irían a por un café para seguir patrullando la calle con calor en el

cuerpo. Era pronto, pero en invierno la oscuridad se implantaba en las calles antes de lo que les gustaría a los agentes. Los maleantes y gente de mal hacer solían esperar a que la oscuridad les protegiera, así que llegaba la hora de que se pusieran las pilas y estar con los ojos bien abiertos.

—Se me han escapado —dijo al levantar la vista.

Cogió el papel escrito y fue a la máquina de café. No quería pasar nota por radio porque, si había que entrar, Alonso y Gael tenían más experiencia que el resto de los agentes en ese turno. Decidió que les explicaría lo que le comentó la anciana para que, si no respondía, que era lo que cabía esperar, tomaran la decisión de tirar la puerta. Era un enfermo mental, e incluso la propia señora pensaba que podía haber liado alguna. Tania no quiso hacer más hincapié en si se refería a hacerse daño a sí mismo o a los demás. En cualquier caso, deberían pasar a echar un ojo.

Llegó a la máquina de café donde Gael estaba sacando el vaso de plástico y Alonso se calentaba las manos con el suyo a la misma vez que soplaba al líquido del interior. Hacía frío en comisaría. Debían cumplir con la temperatura estipulada por ley, lo que hacía que más de la mitad de los agentes estuvieran muertos de frío. Tania había solventado el problema con un radiador pequeño debajo de la mesa que nadie veía al pasar. Lo compró y lo dejó allí para cualquier compañero al que le tocara el puesto de la recepción. La puerta se abría con frecuencia, por lo que no era una zona muy agradecida respecto a la temperatura. El abrir y cerrar de manera intermitente hacía que hubiera un microclima polar.

—¿Qué te pasa? —preguntó Alonso sin dejar de soplar el vaso.

—Acaba de entrar una llamada muy rara. Una anciana dice que huele a muerto en la casa de al lado, que no ve nada y no responden. Su vecino es un enfermo mental —explicó Tania sin dejar de mover el papel.

—¿Dónde es? —preguntó Gael. Tania le respondió enseñando lo escrito en la hoja.

—No te preocupes, vamos ahora mismo. —Alonso comenzó a andar para dirigirse al coche e ir a la dirección.

—¿Qué pasa, Tania?

—Creo que a lo mejor está relacionado con el caso de las capas. La señora me ha preguntado si se podría echar la puerta abajo. Huele demasiado a podrido en el edificio. Ella misma lo ha relacionado —elucubró Tania tocándose la cintura y palpando la pistola.

Alonso miró el papel que Gael tenía en la mano. Ambos agentes se miraron. Alonso era el más mayor de los dos. Llevaba en esa comisaría desde que se graduó. Tenía tanto cariño a la zona que decidió comprar un piso. Arqueó las cejas. Gael interpretó rápido la reacción.

—¿Sabes quién es el chico?

—No estoy seguro, pero creo que sí. No es que haya un montón de enfermos mentales en el barrio. Se suele colar en el metro y chillar por la calle insultando a todo el que pasa. —Suspiró.

—¡Ya sé quién es!

—Claro. Si has venido muchas veces conmigo para sacarle de los sitios.

—Cuando estéis allí me decís si habéis dado con él. —Tania miró a sus compañeros—. No tiene buena pinta, ¿no?

—No la tiene, la verdad. Hace varias semanas que no sabemos nada de él. En este caso, eso es malo, ya que los enfermos que no están bajo tutela de nadie y mal tratados suelen estar bastante desatendidos, lo cual provoca que su diversión sea meterse con todo el mundo. Es una pena, pero al tema de este tipo de enfermedades deberían de darle una vuelta. Están de la mano de Dios. —Se encogió de hombros y dio el último sorbo al café. Alonso movió la cabeza para que Gael se pusiera en marcha.

—Te avisamos. —Se despidió Gael mientras salía corriendo tras su compañero después de tirar el vaso del café a la basura.

Tania se quedó absorta en la misma baldosa donde había ocurrido la conversación. Esperaba de corazón que la señora se equivocara, pero eran demasiadas casualidades concurridas en el mismo tiempo y espacio. Sería cuestión de unos minutos lo que haría que tuvieran la información necesaria para que la carpeta del caso aumentara o no. Deslizó las botas por el suelo hasta llegar a su sitio. Se agachó y aumentó la temperatura del radiador. Colocó el móvil al lado por si la llamaban sus compañeros y necesitaban su ayuda de alguna manera. Estaba preocupada.

«¿Qué habrá pasado?».

Capítulo 38

El frío del ambiente no era percibido en el cuerpo de Soledad. Las palabras y el tono de Eloy desprendían preocupación. La investigación estaba adquiriendo matices perturbadores que inquietaban más de la cuenta a la agente. El taxi la dejó en la puerta de la comisaría. Subió corriendo ante la mirada pusilánime de sus compañeros. El resto de los agentes desconocían en qué punto se encontraban las averiguaciones. Martín había dado una advertencia previa con el primer asesinato. Solo él decidiría qué agentes podían colaborar con el departamento de homicidios. Soledad cruzó la puerta sin aliento. Sobresaltó al resto de los agentes, que se encontraban en el despacho del comisario en un riguroso silencio. Alberto se llevó la mano al corazón después de dar un respingo en la silla.

—¿Qué ha pasado? —preguntó inquieta por la llamada misteriosa.

Martín no dijo nada y levantó el sobre.

—¿Lo abrimos ya? —Eloy se colocaba los guantes de plástico para acabar con la incertidumbre de su contenido.

Martín asintió y tragó saliva. Su cuello dio una señal inconfundible de la tensión que acumulaba en cada uno de sus músculos. La vena principal parecía a punto de explotar.

El contenido les dejó aún más desubicados. Con los ojos como platos sacó una fotocopia de un carné de identidad.

—¡Esto es una broma! ¡Se lo tiene que estar pasando genial a nuestra costa!

—¿Qué significa? ¿Quién es el del carné? —Alberto miró al resto.

—Ni idea.

Martín movió el ratón para que la pantalla de su ordenador se pusiera en marcha. En unos segundos tendría el historial de ese chico para buscarle una explicación lógica.

—¡Javier Romero es el remitente! —exclamó Soledad sorprendida—. ¿Cuándo lo mandó?

—Hace un mes. Ya hemos hablado con la empresa de mensajería, no tienen más información. Un paquete con fecha de entrega exacta. Lo dejaron en la puerta con el dinero.

—¿Qué? ¿En serio? ¡No tenemos nada! —La agente empezó a andar por el despacho con las manos en la cabeza.

—Tranquilízate, así no ayudas. Eres la positiva, acuérdate.

—Lo sé, pero parece que se ríe de nosotros.

—Piensa que lleva tiempo planeando la manera de vengarse por su familia. Lo habrá calculado al milímetro —argumentó Eloy—. Lo que él no sabe es que siempre se comete un fallo. Y nosotros estaremos esperándolo. —Se colocó enfrente del comisario apretando los puños para reprimir su ira.

—Aquí tenemos a Mateo García Ruiz. —El comisario giró la pantalla para que observaran su ficha con la mano en la frente y agitando la cabeza.

—¿Qué? ¿Altercados del orden público? —preguntó retóricamente Soledad, que abatida se sentó en una de las sillas.

—Es un enfermo mental, los vecinos ya le han denunciado en varias ocasiones. Además, tiene varios avisos de ataques autolíticos. Tenemos que contactar con él.

Llamaron a la puerta. Tania abrió la puerta del despacho unos pocos centímetros. Su sonrisa afable apareció en primer lugar.

—Perdonadme, pero creo que es urgente.

Martín movió la mano para que pasara. Tania entró y cerró la puerta.

—Ha entrado una llamada de un piso que huele mal. Alonso ha reconocido la dirección… —Se quedó paralizada mirando la pantalla del comisario—. ¡Ha sido en esa dirección! La vecina cree que está muerto, huele mal y no abre la puerta. Acaban de ir hacia la casa Alonso y Gael. —Se tapó la boca.

—¿Qué?

—¡No puede ser! Esto no es una coincidencia.

—De acuerdo, tranquila —Eloy le tocó el hombro—. Ahora mismo vamos para allá. Ojalá nos equivoquemos, pero creo que la vecina tiene razón. —Cogió el abrigo con movimientos rápidos y sus compañeros le siguieron.

—¿Yo qué hago, comisario? ¿Llamo a Alonso y Gael?

—Sí. Supongo que no podrán entrar. Que no tiren la puerta hasta que lleguen —resolvió.

El equipo salió tan deprisa que cuando Tania habló ya estaban

saliendo de la planta donde se encontraban.

Martín sabía que debía hacer acto de presencia en la escena del crimen. Los periodistas no tardarían en colocarse por las intermediaciones del domicilio del chico. Para su plan de carrera y ascenso le convenía aparecer como un comisario preocupado por los casos, así que era buena decisión aparecer en la pantalla con cara de preocupación o compungido. Cuando ingresó en el cuerpo tenía otro carácter más humilde y empático, pero desde hacía años había dado un giro de ciento ochenta grados. Las leyes estaban para beneficiar a los delincuentes y criminales. Aprendió de una manera sórdida que no valía la pena involucrarse. El Estado no protegía a sus agentes para la consecución de sus funciones. Se jugaban el cuello cada día para que su integridad física fuera objeto de deseo de los mismos delincuentes que detenían. Bajo el paradigma que el Estado planteaba, la única manera de ser feliz era dejarse llevar, y eso era lo que hacía. Necesitaba a la prensa para que su cara fuera conocida por los ciudadanos y lo relacionaran con los asesinatos. Esperaba que homicidios diera con el psicópata que estaba poniendo la ciudad patas arribas y apoderarse del éxito.

—Diles que voy para allá. Voy a avisar a Lisardo —dijo al salir por la puerta.

Tania asintió con el teléfono pegado en la oreja. Avisaría a sus compañeros para que esperaran a que fueran los demás. Deseaba que el asesino no estuviera allí cuando llegaran y no hubiera ningún altercado. Al llegar a su sitio Alonso contestó la llamada. Tania soltó un sonoro suspiro de alivio.

«¡Menos mal que están bien!».

Capítulo 39

Alonso y Gael cogieron la llamada mientras iban en el coche patrulla. Oír a Tania informándoles de que podía estar muerto les llenó de preocupación. La llamada les puso sobre aviso. Desde el principio sintieron que estaba relacionado con el caso de las capas. El domicilio estaba cerca, por lo que no tardaron más de diez minutos en llegar. Dejaron el coche mal aparcado en la cera. Llamaron al telefonillo por si hubiera sido una confusión. Nada. Nadie contestó.

—¿Qué hacemos? —preguntó Gael.

—Vamos a llamar a la vecina, por si nos abre. Supongo que estará atenta a que lleguemos. Adelantamos trabajo para cuando lleguen los de homicidios.

—De acuerdo. —Miró la nota que le dio Tania y comprobó el piso de la vecina que les había alertado. Llamó.

No respondió. Se escuchó el ruido del telefonillo para entrar. Empujaron la puerta y accedieron al interior del portal. Era un edificio cuidado. Los agentes entendieron la llamada por el mal olor. Era una buena zona y el edificio se lo confirmaba. Alonso supuso que el mal olor y los sucesos en Madrid eran motivos más que suficientes para preocuparse. La Policía debía confirmar de dónde procedía el olor. Gael subió los primeros escalones que desembocaban al ascensor. La cara de la vecina asomó nada más abrir la puerta del elevador.

—Soy Trini, la persona que ha llamado. ¿Lo huelen? —Movía la nariz de manera continuada con la mascarilla quitada. Tras olisquear se la volvió a colocar.

—Sí, huele muy mal —confirmó Alonso—. ¿Desde cuándo huele así?

—No sé deciros con exactitud. Unos cuatro o cinco días. —Recordó con los ojos mirando hacia arriba, pensativa.

—Tendremos que entrar. Estamos esperando a más compañeros para acceder al interior —aclaró Gael—. No es necesario que esté aquí, puede entrar en su casa. Si necesitamos su ayuda, la avisamos. —Asintió con la cabeza.

—Lo intentaremos, por si acaso. —Alonso se acercó hasta la puerta y tocó el timbre.

Trinidad suspiró. Esperaba que aquel muchacho abriera la puerta y la situación se arreglara. Pero no fue así. Nadie abrió. Se

escucharon pasos apresurados en la parte baja del edificio tras unos minutos en silencio. «Han llegado los de homicidios».

Los agentes llegaron con refuerzos para tirar la puerta abajo. Varios vecinos salieron al rellano. Las escaleras se llenaron de curiosos. Alonso y Gael tomaron la iniciativa indicándoles que debían volver a entrar en sus casas. Existía una alta probabilidad de que el chico hubiera sido asesinado hacía varios días debido al olor tan intenso que embargaba el edificio. La putrefacción en los cadáveres se hace patente tras días, lo que significaba que la muerte no había sido reciente. Una vez que disuadieron a los vecinos curiosos, los agentes de refuerzo abrieron la puerta. Uno de ellos tenía una llave para meter en el picaporte y, con un solo golpe, forzarla. Era un acto delictivo y poco aconsejable para que hubiera testigos que pudieran replicar la acción, por eso necesitaban privacidad. No iban a echar la puerta abajo a la fuerza, ya que el desenlace sin duda era fatídico. Los agentes se arremolinaron frente a la puerta sin dejar de cubrirse la nariz con las cazadoras. Con solo unos centímetros de apertura de la puerta el olor putrefacto aumentó. Varios agentes retrocedieron cuando sus pituitarias comenzaron a trabajar. Una oleada nauseabunda invadió el rellano de golpe.

—¿Entramos? —preguntó Soledad con voz angustiada sin dejar de taparse la nariz.

—Vamos, la científica no tardará en llegar. —Sacó los guantes de plástico de uno de los bolsillos del interior—. ¡Solo nosotros! —gritó.

El inspector encabezó el recorrido seguido por Alberto y Soledad, que no dejaban de reprimir las arcadas debajo del abrigo. El piso era pequeño y el olor cada vez más intenso. Costaba respirar. Eloy se temía el peor de los finales para Mateo. Había visto su ficha. Su vida no había sido nada fácil. Trinidad confirmó que ahora vivía solo. Los compañeros de piso huyeron, le tenían miedo. Decían convencidos que estaba loco. Nadie se quedaba a su lado durante mucho tiempo. Era un blanco fácil para cualquier desalmado. «Pobre chico», no dejaba de repetirse.

Alberto avanzaba en último lugar. Sacó la pistola por si acaso había alguna sorpresa. Sus compañeros estaban convencidos de que allí no había restos de vida, pero no le gustaba ir desprevenido. Las situaciones inesperadas eran bastante frecuentes en las investigaciones de homicidios. Eloy tenía un sexto sentido sobre lo que se iban a encontrar en las escenas de los crímenes, él no. El arma le daba seguridad. Revisó cada una de las habitaciones de la casa. Era un pasillo con la cocina, el salón y el baño a los lados. Las habitaciones se

encontraban al final. Una de ellas se veía desde la entrada. El olor, sin lugar a duda, venía de allí. Al acercarse la pestilencia se incrementaba.

—¡Dios!, ¡qué olor! Es insoportable. Esto lleva bastantes días —recalcó Soledad sin dejar de taparse la nariz.

—Alberto, esto es imposible. Pide unas mascarillas a la científica para entrar —chilló.

El agente volvió de inmediato con ellas en la mano y las repartió entre sus compañeros. Se las colocaron sin dejar de mirarse expectantes por lo que iban a ver. La casa estaba vacía. Se adentraron en la habitación para comenzar a analizar la escena del crimen y verificar la muerte del sujeto.

—¡No puede ser! ¡Se ha suicidado! —exclamó perplejo Alberto —. ¿Puede que hayamos metido la pata y no tenga nada que ver con el asesino que buscamos?

—No lo creo.

—Las casualidades no existen.

Eloy estaba paralizado leyendo el mensaje en el espejo: «El error es tratar a un enfermo mental como si no lo fuera». Los agentes se quedaron perplejos y desubicados ante la reflexión. Era demasiada coincidencia que justo en esos días se hubiera suicidado. Eloy entendía el suicidio de una manera distinta al resto. Él mismo, en muchas ocasiones, había estado tentado a dejar de sufrir y sus pensamientos volaban hacia un suicidio dulce y tranquilo. El plan era no sufrir más. Para él no era una situación triste, sino feliz. «Por fin descansa». Ser una persona con trastornos mentales era sin duda una tarea complicada en una sociedad en la que lo diferente está mal visto y no es bien aceptado. El mensaje dejaba patente lo que Mateo había padecido en su vida. «Ha sufrido más de lo que un ser humano puede soportar». Los enfermos mentales no eran comprendidos porque no los trataban como tales. Por esa razón nadie les podía ayudar. Los recuerdos invadieron la mente de Eloy y se dejó volar unos segundos con ellos. Cuando su hijo vivía, fue feliz. Una ligera sonrisa se coló en su rostro. Se acercó al cuerpo sin vida y le miró a la cara. Tenía un rostro tranquilo y apacible con el que se había despedido de la vida. El agente sintió que había tenido el valor suficiente para terminar de ahogar su dolor. Un valor que él nunca reunió por ser un cobarde. Llenó sus pulmones de aire para soltarlo lentamente. Sus compañeros se encontraban a sus espaldas hablando del mensaje escrito con sangre en el espejo. Eloy se encontraba de cuclillas y se incorporó. Alberto le observó con detenimiento. Conocía a su amigo y sabía qué pasaba por

su cabeza al observar a Mateo. Intentó distraerle de la fatídica idea.

«Parece que le mira con envidia», pensó con la mirada clavada en el inspector.

—Puede que le haya coaccionado para hacerlo. —Se agachó y cogió la mano para inspeccionar las heridas de las muñecas.

—Buena hipótesis. Si ha sido un suicidio, no encajaría en nuestro caso. Dejaría de tener sentido incluirlo como una víctima, ¿no? —intercedió Soledad.

—¿De verdad pensáis que le han obligado? —Señaló el mensaje.

—Por supuesto, nadie en su sano juicio escribe un mensaje con su propia sangre. —Alberto se levantó y señaló el mensaje.

Eloy se acercó despacio hasta su compañero.

—Creo que no estás entendiendo nada si piensas así. Lee de nuevo el mensaje, por favor. Recapacita. —Eloy hablaba sin dejar de moverse para buscar alguna pista de forcejeo.

—Nadie los entiende porque parten del patrón de la normalidad, pero ellos no lo son. Sus actos están fuera del raciocinio de una persona que no esté enferma —aclaró Soledad sin dejar de mirar los cajones.

Alberto recordó dónde se encontraba la carta que dejó escrita Javier Romero, por si hubieran elegido el mismo escondite, pero no encontró nada. Puede que Eloy tuviera razón en lo que decía, pero si la implicación de ese chico era nula habrían dejado alguna pista para que descubrieran la identidad del asesino.

—Tiene que haber algo, estoy seguro —masculló entre dientes.

—Quizá sea una distracción. —Soledad se dio la vuelta para ver la cara a sus compañeros.

—Estarás de broma —dijo paralizado con la conclusión.

—No es ninguna tontería. Escuchadme, no es el mismo patrón. A este chico no le ha matado nadie, se ha suicidado. Esperaremos a los informes, pero, si no me equivoco, estamos siguiendo los pasos que el asesino quiere que demos. Debemos cuestionarnos los detalles. La escena no es un sitio con significado en la historia ni tiene la capa ni el sombrero. Hasta ahora podríamos decir que esos detalles son la firma del asesino, ¿no?

Sus compañeros asintieron. Tenía razón.

—Si es así, es una distracción en toda regla. Va a volver a matar y creo que ha sido en este momento que estamos aquí.

Eloy salió corriendo de la casa, maldiciendo entre gritos llenos de furia. No dejaba de gritar con las manos en la cabeza. Les habían engañado.

—¡Es una trampa, joder! Por eso el paquete tenía día de entrega exacto y nos daba el DNI del chico. Todo esto —Señaló a su alrededor — estaba planeado.

Bajó a la calle y se sentó en una de las escaleras del portal. Colocó sus codos en las rodillas y se puso las manos en la cabeza. Necesitaba pensar, entrar en la mente del asesino y descubrir qué era lo que quería y qué quería demostrar. Debía hacerlo lo antes posible. Unos agentes se acercaron a él sin que ni siquiera se diera cuenta de lo que ocurría a su alrededor. Alberto estaba de pie a su lado. La cara del resto de agentes no presagiaba nada bueno. Alberto se puso nervioso. Eloy levantó la cabeza y sostuvo la mirada avergonzada de los compañeros. «¿Qué les pasa? ¿Por qué me miran así? Estoy seguro de que ha matado a alguien».

—Hola, Eloy. Lo siento —dijo uno de los policías con ojos tristes.

—Ya hemos hablado con Martín y nos ha dicho que no podemos hacer nada por ti. Lo siento. Nos tienes que acompañar.

—¿Qué ha pasado? —interrumpió Eloy al ver la cara de su amigo llena de extrañeza.

—Bueno…, tu mujer te ha denunciado por malos tratos. No tenemos otra opción que detenerte, al menos esta noche. Lo siento mucho, de verdad.

—¿Qué? ¡No me puedo creer que haya que hacer caso a una enferma mental! Lo único que quiere es destrozarme la vida, y lo está consiguiendo. —Eloy se levantó de la escalera y comenzó a andar de un lado a otro del portal—. ¿No podemos hacer nada?

—Ya sabes que no. Hoy al menos. Tenemos que detenerte. Siento que tengas que pasar por esto, pero si es mentira no tienes de qué preocuparte.

—¿Qué no me preocupe? —dijo sarcástico—. Un loco anda suelto matando a gente y me dices que no me preocupe. Verás, ella es una enferma mental… Me arrepiento de no…

Alberto le agarró de la mano para que dejara de hablar. Le miró fijamente a los ojos con la sana intención de que se callara como había

hecho hasta ahora.

—Podemos demostrarlo. Yo puedo demostrarlo. —La voz firme sonó con eco en el portal y el énfasis de la palabra «yo».

Asintió agradecido. Con el gesto afirmativo de cabeza cerró los ojos para respirar profundamente. Ahora venía el peor momento de su vida y se le apartaba del caso en que más le necesitaban.

—Está bien, vamos. —Se paró y miró a su compañero—. Si me necesitas ya sabes en qué calabozo estoy.

—Sole y yo podemos con esto y con más. Duerme. Allí al menos sabemos que estás a salvo de ella.

Sin ni siquiera darse cuenta, asomó una pequeña lágrima de impotencia. Era una situación que jamás hubiera imaginado que se hiciera realidad, pero había ocurrido. Sin embargo, percibió que Alberto le apoyaba y que no estaba desamparado. Nunca había sentido la tranquilidad y el cariño sin pedir nada a cambio. Comenzó a andar para entrar en el coche patrulla y pasar una injusta noche en el calabozo. Soledad bajó corriendo. Llegó a tiempo para ver cómo Eloy abandonaba cabizbajo el edificio.

—Tenemos que acabar con ella —ordenó furiosa ante la injusticia que estaba sufriendo con los puños apretados.

—Tranquila, lo vamos a conseguir. Ahora sí. —Pasó el brazo por encima de los hombros de su amiga.

Los agentes salieron del portal para observar con pesadumbre cómo su amigo entraba en el coche policial. Dicen que a veces no se hace justicia, pero sin duda esta vez no sería así. Conseguiría demostrar su inocencia. Eloy se sentó en la parte de atrás con multitud de miradas clavadas en él. Nadie daba crédito a lo ocurrido. Muchas veces da igual qué sea verdad o mentira, la gente habla sin cesar de cosas que no sabe y que no conoce. Eloy estaría manchado por la sombra de la duda de ser un maltratador para siempre. Se podría demostrar que era mentira. Sin embargo, la gente no dejaría de juzgarle por un acto horripilante que nunca cometió. El adjetivo de maltratador planearía día y noche sobre un policía por el resentimiento de una mujer a la que quiso y amó. Era demasiado triste para ser verdad, pero se había hecho realidad y ahora solo quedaba borrar la mancha que Sonia había puesto sobre su cabeza. Alberto la odiaba desde que la conoció, pero ahora se había convertido en algo personal. Debía estar ingresada en un centro psiquiátrico para que no hiciera más daño. Debía conseguirlo. «La verdad saldrá a la luz, Sonia. Tú lo has querido».

Miró por la ventana del vehículo y se despidió con un movimiento leve de mano. Intentó sonreír para hacerle creer que se solucionaría. Pero la tristeza mezclada con la de las mentiras les había invadido hasta convertirlas en ira y odio, las cuales volcarían con todas sus fuerzas hacia la culpable: Sonia.

La noche se había vuelto más oscura cuando el coche policial inició la marcha y el agente de homicidios desapareció en el horizonte. La desidia apareció en el corazón de los amigos. No reaccionaron hasta que su sentido de la vista perdió al vehículo. Sus cuerpos inmóviles siguieron en los mismos centímetros donde le despidieron.

Capítulo 40

Soledad y Alberto se sintieron como niños sin madre. Estaban totalmente desubicados sin la presencia de Eloy. Debían coger al asesino y sacarlo del embrollo que Sonia había provocado. Tomaron la decisión de separarse para buscar soluciones lo antes posible. Alberto tenía que hacer «un par de cosas» que sin duda le sacarían del calabozo. Sin embargo, no estaba seguro de que supiera el calibre de lo que tenía entre manos. Pero siempre había que intentar buscar soluciones, y es lo que iba a hacer. Se lo debía. Mientras, Soledad iría a buscar conexiones entre las pistas que tenía. Ninguno de los agentes tenía intención de dormir o descansar. Las horas no podían seguir sin que avanzaran.

Alberto dejó a la científica atrás para irse a su casa. En la caja fuerte guardaba la documentación que había recopilado a espaldas de Eloy para cuando llegara aquel momento. No pudo decírselo a su compañero porque no estaba en su sano juicio y no lo habría permitido, pero él sabía que Sonia tarde o temprano haría de las suyas. La conocía demasiado para saber que cuando tomara la decisión de separarse todo se pondría patas arriba. «No me he equivocado ni un milímetro». Se lo agradecería cuando le enseñara las pruebas que tenía. Llegó a casa acelerado. Los músculos de su cuerpo estaban en tensión. Un calor había recorrido su cuerpo dando lugar a la sudoración de los poros. El exceso de adrenalina al recordar la imagen de derrota de su amigo entrando en el coche patrulla le dio fuerzas para continuar. Le contó a su mujer lo que había ocurrido. Ella conocía la documentación que guardaba en la caja fuerte, no había secretos entre ellos. Diana entendió lo que ocurrió con la frase que le dijo al entrar en casa.

—Ha llegado el momento. Vamos.

Entraron en el despacho y sacaron los papeles de la investigación que durante años había recopilado. Las fotos de la muerte del pequeño Lucas fueron esparcidas por la mesa, una por una. El matrimonio las observaba sin parpadear.

—Sonia ahogó a su hijo, tenemos que demostrarlo. Nunca quiso creerlo, pero ahora ha llegado el momento de que sepa la verdad —afirmó rotundo con los ojos humedecidos.

Diana reafirmó las palabras. Abrió el resto de las carpetas con la autopsia del pequeño cuerpo y los informes psiquiátricos de Sonia. Le había costado años recopilar aquella información, pero sin duda había merecido la pena.

—¿Estás seguro de esto, cariño? —preguntó Diana sentándose en una de las sillas con las fotos del Lucas inerte en la bañera.

—Por supuesto que lo estoy. Eloy nunca quiso ver la realidad. La mentira a veces es menos dolorosa, pero nunca se convierte en verdad. —Apretó los puños—. Está enferma. Él nunca quiso hacer nada porque el dolor era inmenso, pero debían haberla ingresado en un centro. —Levantó el informe—. Mira, toma más de quince pastillas a diario. Es una enferma en el peor estado de su trastorno mental. ¡Ahogó al niño!

—Lo sé. —Agachó la cabeza al recordar esos días. El dolor se instaló en sus corazones.

Las pruebas de los informes eran irrefutables. Alberto se tomó durante años la molestia de hablar con el psiquiatra de Sonia para recopilar las sesiones. «Tengo el mal dentro». Es lo que no dejaba de repetir en las sesiones. Sus carcajadas en los videos dejaban claro de manera fehaciente que su cerebro no funcionaba bien. Era una mente trastornada. Los brotes psicóticos cada vez eran mayores y más frecuentes. Avisaron a Eloy de que podía estar en peligro. No quiso creer semejante barbaridad, pero la situación no dejaba de empeorar. Las pastillas para las alucinaciones y las continuas paranoias acerca del diablo fueron en aumento. Alberto estaba convencido de que no se tomaba la medicación.

Fueron varias veces las que hizo una labor de observación a Sonia. La manera de andar, hablar sola e insultar a la gente por la calle era su diversión. Lo que más le inquietaba de aquella mujer era su perversa sonrisa. «Da auténtico pavor». La enfermedad nunca se curaría y sin las pastillas no podían controlar sus delirios. Eloy pagaría las consecuencias de no ingresar a su mujer en el centro. Al pequeño Lucas le costó la vida.

—Tenemos pruebas más que suficientes para demostrar lo que hizo —dijo Diana con temor en sus ojos al mirar las fotos del niño.

—Lo sé. Voy a escanear la documentación. Llamaré al juez, le conozco desde hace años. Él nos ayudará. En el informe de la autopsia que ordené a espaldas de Eloy se demuestra que le ahogaron hasta la muerte. Lo que hizo es ineludible. No podrá escapar de sus actos y tendrá que sufrir las consecuencias. —Agachó la cabeza.

—Venga, cariño, te ayudo. —Intentó tranquilizarse con la voz pausada y gestos llenos de amor y comprensión—. Recuerda que, si no lo hubieras hecho, ahora no tendría ninguna prueba para poder defenderse. Eres un buen amigo. —Le cogió la mano para animarlo a que continuara con lo que se había propuesto.

—Lo sé, pero quiero demostrarle que fue Sonia quien mató a su hijo antes de iniciar el proceso judicial.

—Ya. —Suspiró—. En el fondo de su corazón creo que lo sabe.

—¿Estás segura? Entonces ¿por qué lo dejó pasar? Siempre decía que Sonia estaba peor de su enfermedad por la muerte del niño. ¡No era verdad! Estaba peor porque la enfermedad no deja de avanzar. La muerte del niño la libró de compartir a su marido. Quería que fuera para ella sola. Lucas le molestaba. Lo aborrecía. ¿Qué se puede esperar de una madre así? —No dejaba de pasar una y otra vez las fotos del día del asesinato.

—¿Quieres ir a hablar con él ahora?

—No hay vuelta atrás. —Se levantó de la silla—. Ahora mismo escaneo todo esto —Señaló los folios y fotografías— y hablo con el juez. El proceso tiene que empezar. Eloy tiene que entender que esa mujer no tiene capacidades psicosociales y es peligrosa. No puede vivir en sociedad.

—¿Qué pasa, Alberto? Me estás ocultando más, ¿verdad?

—Sí, mucho más. Existen más incidentes y amenazas. —Resopló—. He ocultado a Eloy incidentes de Sonia parecidos al que ocurrió en nuestra casa el otro día. Incluso peores. No sé si hice bien o mal, pero sin pruebas no podía hacer nada… —Se llevó las manos a los ojos. Se los frotó en varias ocasiones.

—¿Quieres que traiga algo de beber?

—Sí, necesito un café. —Dejó los papeles colocados en el escáner y dio al botón—. Ya no hay marcha atrás, hay que hacer justicia. Vamos a por ese café.

Diana se levantó para encabezar la marcha y cerró la puerta del despacho. Entraron a la cocina. Echó el café en las tazas y se sentó en una pequeña mesa con dos taburetes altos que habían comprado para desayunar juntos. Le acarició la espalda. Sabía que su marido ocultaba más información perturbadora, pero ¿qué podía ser peor que haber matado al bebé?

La noche cayó en la calle y el ruido de los transeúntes dejó de existir hasta que el sol volviera a salir. El silencio se instaló en la casa del matrimonio. El tema era lo suficiente escabroso para que, junto al frío y la oscuridad, pareciera más terrorífico de lo que ya era de por sí. Alberto cogió aire para contarle a su mujer la única situación que desconocía. Aquella omisión de información fue provocada por el deseo de proteger a su familia. Diana sabía que estaba desequilibrada. Había presentido en varias ocasiones que hablaba de ella con temor.

La veía capaz de cualquier cosa. El reciente suceso lo había confirmado.

—Tengo un video de ella acuchillándome. —Resopló.

—¿Qué?

—¿Te acuerdas de cuando te dije que, al coger al culpable de un caso de homicidio, me acuchilló? —Asintió atónita con las manos en la boca—. Fue ella. Descubrió que la estaba investigando. El psiquiatra se lo dijo con la intención de ayudarla, pero con los ataques de ira, decidimos que era mejor hacerlo en secreto. Me esperó a la salida de la comisaría, detrás de una esquina. La vi escondida y puse el móvil a grabar. No pensé que me acuchillaría, creí que solo me insultaría o incluso que confesaría.

—Me lo tenías que haber dicho.

—Lo sé, pero no quería que fueras con miedo por la calle. Ella solo me quería a mí, tú no tenías nada que ver. Pedí unos días de vacaciones para que Eloy no sospechara. Gracias al video conseguí que el psiquiatra me ayudara. No está inhabilitada, por lo que no podíamos hacer nada para meterla en un centro, solo esperar.

—Podías haberla denunciado.

—Lo sé, tengo los testigos, pero sin el beneplácito de Eloy no hubiera llegado a nada. Ella hubiera utilizado la manipulación con la pena que siempre hacía con él. Se lo hubiera llevado a su terreno. Lo hubiera puesto en mi contra.

—Te entiendo. Hay que acabar con esto. —Con gesto firme bebió un sorbo de café.

—Le hubiera perdido. ¿Me entiendes?

—Sí, lo sé.

—Tiene celos de las personas cercanas a Eloy. Creo que, al asesinar a su hijo, el siguiente objetivo era yo. —Diana asintió al escuchar sus palabras—. No parará.

—Tienes que conseguir que lo haga. Existen pruebas y los testimonios de los psiquiatras. ¿Servirá?

—Deberá servir. Tengo que ayudarle y es lo que voy a hacer. Debe estar lejos de ella.

—Ahora, con el divorcio, estará descontrolada. Si no se toma la medicación, la situación y la persecución a Eloy será más cruel.

—Eso me temo. Hoy será el primer día que podrá dormir

tranquilo a pesar de estar en el calabozo.

El agente sacó el móvil y le enseñó el vídeo del incidente a su mujer. Se abrazaron. En la cocina, se apoyaron para acabar con el peligro que no dejaría de acechar a Eloy si Sonia seguía siendo impune y acampaba a sus anchas por la calle. Tantos años trabajando en homicidios y atrapando asesinos para que su reputación fuera manchada con el objetivo de hacerle daño. Suficiente dolor ya le había provocado arrebatándole a su hijo de una manera tan cruel y antinatural. Era una asesina. Bebieron el café y prepararon la documentación para mandarla. Necesitaba ayuda para salvar a Eloy. Era inocente. Jamás habría puesto una mano encima a Sonia.

Aparte de lidiar con el asesino de las capas debía abordar la situación de hablar con Eloy y explicarle por qué había recopilado aquella información a sus espaldas. Ahora entendería sus motivos. Esperaba que conocer la noticia del homicidio de su hijo no le provocara una inestabilidad psicológica. Después de vivir lo que estaba teniendo lugar en esos días, necesitaría un descanso mental hasta que se centrara en su nueva vida.

Capítulo 41

El positivismo había escapado de las características de la agente. La situación personal del inspector la estaba minando segundo a segundo. Decidió que necesitaba caminar y despejarse con la oscuridad de la noche. Andar sin un rumbo concreto y entretenerse mirando sus botines rojos, los que tanto le gustaban. Las calles cercanas a la comisaría serían el principio de una caminata refrescante que le haría desconectar unos minutos. Salió de su sesión del ordenador y bajó hasta la calle. La penumbra de las calles era enriquecedora para una mente inquieta y nerviosa como la de Soledad en esos días. La luz de las farolas dejaba entrever partículas blancas que guiaban el camino que seguiría. Cerró los ojos por unos segundos para pensar escuchando solamente sus pasos. Se consiguió aislar del resto de ruidos para concentrarse en el aire gélido que respiraba. Las imágenes de los crímenes pasaron una a una por su mente. Aspiró el aire eléctrico que llenó sus pulmones para expulsarlo lentamente y conseguir sacar la línea de sucesos que había cometido el criminal. Alberto la había llamado y explicado lo que ocurría con Sonia. El corazón se le encogió en un puño. No podía dar crédito a lo que había hecho. Se convenció de que Eloy no sabía lo que había pasado o no quiso saberlo. El daño era irreparable y su cuerpo no lo soportaría. Perder a un hijo era devastador. Si a la peor de las situaciones se le sumaba que la asesina era tu mujer, se volvería insoportable aguantar tanto dolor en vida. Quizá creyó, en esta ocasión, que era mejor ser ignorante y feliz.

Pequeñas gotas cayeron al suelo dejando lunares mojados en las aceras. Decidió que era hora de volver a releer los informes. No sabía si el de la segunda víctima estaría en el correo esperando a ser leído. Puso rumbo de nuevo al trabajo con pasos más acelerados. Las gotas no eran abundantes, pero dejaban constancia de su presencia en los coches aparcados. Las luces de las farolas dejaban ver las gotas cada vez con más fuerza. Golpeaban la decoración de la calle y el repiqueteo al caer resonaba en los oídos de la agente. El edificio policial construido con cristales se volvió lúgubre con la oscuridad y las gotas de la lluvia. Soledad pensó que no era el ambiente lo que nos hacía percibir las cosas de una u otra manera, sino los sentimientos que teníamos en ese momento. Ella en ese instante se encontraba decaída y triste, por lo que su alrededor se caracterizaría por ser inhóspito y desolador.

Llegó a su puesto de trabajo. El informe de la segunda víctima estaba en el correo. Ya conocían la identidad. Tenía ficha policial.

Había sido detenido en varias ocasiones por los mismos motivos que Javier Romero y Mateo Ruiz. El *modus operandi* del suicidio no era el mismo, pero los agentes sabían que tenía conexión directa con el asesino. La justificaban con el paquete del comisario. De alguna manera, Soledad se convenció de que le coaccionaron para que lo hiciera. Se encontraba absorta en la fotografía de la segunda víctima cuando notó una presencia a su lado. Se sobresaltó al escuchar la voz de Juan.

—Es Iván Prieto.

—¿Le conocías? —Soledad se dio la vuelta.

—Sí, era amigo de mi hermano, del grupo de terapia del que te hablé —dijo cabizbajo—. Tenéis que detener a quien está haciendo esto. Está dando caza a los integrantes del grupo. —Alzó la voz sin darse cuenta.

—¿Qué? ¡Dios mío! ¿Estás seguro?

—Claro que estoy seguro. Por eso desapareció la fotografía de la cena de Navidad. Se la llevó de mi casa.

—Un momento.

La agente se levantó rápido de la silla. Se acercó al perchero donde había dejado su abrigo y sacó su móvil. Buscó lo más rápido posible la fotografía de Mateo. Se la enseñó a Juan para que confirmara sus conjeturas.

—Es él —respondió con las manos en la boca—. Los está matando. Ellos son el objetivo.

—No puede ser. Mateo se ha suicidado —aclaró perpleja con el entrecejo fruncido.

—Imposible. Él nunca lo haría. Ya tuvo varios intentos. Ahora se encontraba bien, o al menos eso parecía.

—Juan, necesitamos que nos digas quiénes más formaban parte de ese grupo de terapia —apremió inquieta.

—Lo siento. —Se sentó devastado en la silla frente a la mesa de la agente—. No conozco a todos. De hecho, solo sabía el nombre de ellos dos. Por eso no os dije nada antes. Iban al mismo centro psiquiátrico, pero no sabía que eran del grupo de terapia. ¿Habéis ido al psiquiátrico?

—No, iré mañana a primera hora. Gracias —dijo metiéndose un mechón mojado detrás de la oreja.

—No me des las gracias. No estoy ayudando en nada, siguen

muriendo. Solo quiero que lo encontréis, pero soy incapaz de encontrar alguna foto o cualquier otra cosa que os pueda ayudar para dar con la identidad de ese psicópata o de los integrantes del grupo.

—Haces lo que puedes, igual que nosotros. Ya tenemos la conexión, que no es poco. Ahora las piezas van encajando poco a poco. Pero lo único a lo que no encuentro sentido es al suicidio de Mateo —dijo pensativa, con la mirada ausente—. Tú conoces las enfermedades mentales de cerca, no por lo que pone en los libros. Has vivido y sufrido con una enfermedad mental —afirmó colocando la palma en la barbilla—. ¿Crees que los han podido manipular? Ya sabes, para que hagan lo que alguien quiere.

Juan se acomodó en el respaldo de la silla. Sus ojos escudriñaron las oficinas de homicidios en busca de una revelación. Se quitó el abrigo y lo colocó en el respaldo sin levantarse del asiento. No miró a Soledad ni una vez. Arqueaba las cejas en función de los pensamientos que se iban asomando por su cabeza.

—Creo que son manipulables, como cualquiera. Tienen momentos de lucidez, pero lo que más me sorprendía de mi hermano era que a veces tenía una idea en firme y era capaz de pensar lo contrario en cuestión de segundos —continuó—. Suelen mentir en exceso y, cuanto más intentabas ayudarle, más insultos y amenazas recibías. Siempre con mentiras de por medio. —Guardó silencio durante unos segundos—. El motivo de que los familiares se alejen de ellos es porque no dejan de hacer daño con graves mentiras que en la mayoría de los casos tienen consecuencias devastadoras. Los psiquiatras ocultan la verdad de manera taxativa. Son personas complicadas y hacen daño psicológico en ocasiones. Es difícil convivir con ellos. —Hizo una leve pausa para coger aire—. Incluso te pueden crear problemas legales con sus mentiras. Sin embargo, cuando están bien tratados son personas como tú o como yo. La clave es dar con el problema. Desde mi punto de vista por lo que he vivido, a pesar de que varias personas tienen la misma enfermedad no lo viven de la misma manera. No todos pensamos ni tenemos los mismos problemas. Pero sí hay una cosa que las personas tenemos en común sin excepción.

—¿El qué? —preguntó intrigada.

—Queremos que nos quieran. La salvedad es que si un enfermo cree que le quieres hacer daño o que no le profesas el amor que él entiende que merece, te ataca para destruirte sin control.

—Entiendo. El problema se podría decir que comienza si no aciertan con la medicación, la cual no se puede dar a bulto, sino que

depende de la personalidad del paciente para mantenerlos estables dentro de la propia enfermedad. ¿Me equivoco? Creo que si no están estables pueden crear innumerables problemas a sus familiares.

—Exacto. La situación se complica porque, por norma general, para poder estabilizarles es necesario ingresarlos para tener el control completo de cómo afecta la medicación y suelen negarse de manera tajante. Si no quieren no puedes hacer nada. —Se encogió de hombros —. No puedes obligarles a ingresarse. Los familiares están desamparados en estas situaciones. La ley sobreprotege al afectado, pero deja desamparado a quienes les quieren proteger. Cuando hay trastornos mentales, las leyes no ayudan en nada.

—Puede que Mateo sufriera un brote y se suicidara, ¿no?

—Sin duda, pero si fuera así la vecina lo hubiera notado. Su primer objetivo sería ella por cercanía. Perdóname la expresión, pero «putear» al prójimo es su deporte favorito. Solo quienes están cerca de ellos los pueden ayudar. Los brotes psicóticos se detectan fácilmente. Los psiquiatras no lo saben porque los ven diez minutos en consulta. —Suspiró—. Demasiado poder para quienes no lo quieren utilizar. Les hinchan de pastillas para dejarlos drogados y que no molesten. —Se encogió de hombros—. Me duele decirlo, pero es la verdad. Solo algunos, contados con los dedos —Levantó su mano—, son quienes se preocupan por ellos.

—Supongo que una mente enferma solo puede ser entendida por una igual. —Asintió sin parpadear.

—Creo que sí. Por esa razón insistí a mi hermano para que fuera a esas reuniones, pero no sé quiénes asistían. —Se levantó rápido y le dio la espalda para coger el abrigo—. No te puedo ayudar más, lo siento. Debo irme —apuró sus palabras con rapidez.

Soledad se levantó para llegar hasta él. La situación le había sobrepasado. Le agarró por el hombro y le dio la vuelta. Unos ojos rojos aparecieron en el rostro de Juan. Retenían las lágrimas y, como podían, las impedía salir para no mostrar su fragilidad por lo sucedido. La agente se puso de puntillas y le dio un abrazo.

—Tranquilo, lo vamos a encontrar —le susurró al oído.

Capítulo 42

Lisardo había llamado a los agentes a la sala forense. Tenía que enseñarles pruebas de lo que habían encontrado. Había seguido la investigación a lo largo del proceso. Le gustaba estar presente en los casos por si podía ayudar y conseguir más pruebas que necesitaran para demostrar la verdad. Esta vez lo que había encontrado era primordial. Llamó por la noche a sus compañeros para que por la mañana tuvieran una pequeña reunión. No quería adelantar acontecimientos. Necesitaba que fueran los primeros en conocer las pruebas. Deberían decidir qué hacer con ellas y cómo proseguir con el caso. Lisardo se encontraba en la sala forense con el mono de plástico puesto y una mirada perdida delante de la pantalla del ordenador. Su mano estaba sin aparente vida encima del ratón. No dejaba de mirar las fotos, una y otra vez, desde el hallazgo. Había sustituido el café de la mañana por una tila que aún estaba entera al lado del bote de los bolígrafos. La luz de la sala era tenue y confería una visión inquietante al entrar. Por su trabajo se había acostumbrado a aquel paisaje que para él era su rincón preferido, donde se encontraba en soledad sin ninguna intromisión. En contadas ocasiones era Eloy el que bajaba con cierto reparo a verle y hablar con él. El resto de los agentes se limitaban a llamar y a esperar fuera. Al recordarlo una ligera sonrisa apareció en su rostro. Aunque rápido desapareció al volver al motivo que le hacía estar allí esperando. Extendió la mano y dio un pequeño sorbo a la bebida sin apartar la mirada de aquellas fotos. Un golpe seco y contundente aporreó la puerta de la sala. «Serán ellos». Entraron sin esperar indicación. El rostro de los agentes revelaba que no habían dormido demasiado. Sin duda el arresto de Eloy había hecho mella en la comisaría. Sobre todo, en homicidios. No era solo un sitio donde trabajar, eran una familia. Cuidaban unos de otros. La triste historia del inspector era archiconocida por todos.

«Y ahora esto». Suspiró profundamente sin dejar de menear la cabeza recordando lo que había ocurrido.

—Hola, Lisardo, ¿qué pasa? —preguntó Soledad tragando saliva.

—No quiero entreteneros mucho, así que os diré los resultados para que toméis las decisiones oportunas. —Con las ruedas de la silla se apartó de la mesa para dejar que vieran la pantalla.

—¿Qué es eso? Son pelos, ¿no? —dijo Alberto, que cojeó hasta ponerse delante de las fotos. Entrecerró los ojos y giró la cabeza para mirar a Lisardo.

—Sí, eso es.

—¡Genial! Supongo que tenemos la identidad de esos pelos y es el motivo por el que nos has llamado, ¿no? —Se apoyó en la mesa para mirarlo a la cara.

—Sí.

—¿Qué pasa?

—Ese es el problema.

—¿Qué quieres decir?

—Sí, eso desembucha.

—Parece que el dueño de esos pelos ha sido detenido por varias peleas con violencia en la calle. Casi mata a una persona de una paliza que le dio. —Suspiró tamborileando con los dedos en una de las piernas.

—¡Genial!, ¡le tenemos! —Se frotó las manos oliendo una victoria cercana.

—¿Le tenemos? —Alberto dudó. El rostro de su amigo no presagiaba nada bueno—. ¿Qué pasa, Lisardo? ¿De quién son? Te conozco lo suficiente para saber que no es lo que esperábamos.

Lisardo volvió a mirar las fotos una vez más. Luego dirigió su mirada a Soledad.

—El pelo pertenece a Juan Romero. Lo siento. Lo he comprobado varias veces.

—¿Qué? ¡No puede ser! Eso es imposible —protestó Soledad.

—¡Madre mía! ¿Estás seguro?

—Lo he comprobado varias veces. Lo podéis comprobar vosotros mismos si piensas que es un error. Lo siento, pero ha sido él. Las pruebas son objetivas, tu intuición no —afirmó mirando a la agente compungida por el desenlace de los resultados.

—Tiene razón, Sole. A lo mejor su buena disposición a la ayuda nos ha impedido ver la realidad —dijo con un tono tranquilizador.

—No, eso es imposible. Llevábamos años haciendo este trabajo como para ser tan tontos y no darnos cuenta de que el asesino está tan cerca.

Alberto asintió. Él tampoco se creía tan estúpido de no haberse dado cuenta de que fuera él. Sin embargo, a veces la tensión y querer encontrar el asesino lo antes posible les había nublado el juicio.

—Escuchad, yo solo sé lo que dicen las pruebas. Había pelos de Juan en todos los crímenes. Él fue quien trasladaría los cuerpos después de matarlos, estoy seguro. No es ninguna casualidad. —Se levantó de la silla. Inició un paseo improvisado por la sala ante la mirada perdida de los agentes—. De momento, deberías detenerlo e interrogarlo.

—Tiene razón. Si no ha sido él, estoy seguro de que podrá demostrarlo de alguna manera —concluyó Alberto caminando hacia la puerta.

—Vamos, no podemos perder el tiempo.

—De acuerdo.

—Piensa con objetividad, no te dejes llevar por los sentimientos.

—Lo sé, es lo que intento. —Se calló pensativa por unos segundos—. No me lo esperaba.

—Si no ha sido él, nos podrá dar una explicación convincente de qué hacen ahí sus pelos.

Soledad asintió, desbordada. Los problemas se arremolinaban alrededor de ellos.

Salieron de la sala perplejos para seguir con los datos que las pistas estaban arrojando. No podían entretenerse, cada minuto contaba. Ahora se habían quedado sin la ayuda de Eloy y sin los conocimientos de Nina. Si Juan no era capaz de explicarlo, significaba que con el hallazgo de Lisardo habían dado con el asesino. Era imposible que pudiera explicar qué hacía ADN suyo en las capas de las víctimas. Les había estado mintiendo. Soledad se sintió decepcionada, ya que creyó que sus lágrimas y su exquisita colaboración eran desinteresadas. Mientras caminaban la agente caviló diversas ideas, pero todas apuntaban a un objetivo común: Juan quería tenerlos cerca para conocer el estado de las investigaciones. Alberto conocía a su compañera. La noticia le había caído como un jarro de agua fría.

—¿Estás bien? —preguntó poniendo su mano en la espalda de Soledad.

—No, la verdad —respondió desolada.

Alberto le acarició el brazo con la intención de tranquilizarla y demostrarle que no estaba sola.

—Estamos juntos en esto. Lo vamos a solucionar, ya lo verás —la animó.

—Tengo más dudas que al principio del caso. —Se cruzó de brazos sin dejar de andar.

—Sole —dijo con tono cariñoso—, a veces ocurren situaciones de las que tenemos que sobreponernos rápido.

—Ya. —Suspiró—. Pero me está superando. Solo pensar dónde está Eloy y en que no podemos hacer nada… No sé. Y ahora esto. —Se encogió de hombros.

—Lo sé. Te entiendo perfectamente. —Sonrió.

—¿Qué pasa? —Se detuvo mirándole. Sabía que estaba tramando algo.

—Tengo un plan para sacar a Eloy. Bueno, ya lo tenía desde hacía años, pero ahora es cuando nuestro compañero lo necesita.

Soledad giró la cabeza levemente a un lado.

—Será legal, ¿no?

—Claro que es legal, ¿qué pregunta es esa? ¡Por Dios! Que soy policía.

—Vale, vale, tranquilo. Necesitaba confirmarlo. Desembucha, soy todo oídos. ¿Qué tenemos que hacer? —susurró.

—De acuerdo. Seguiremos la investigación por separado.

—Me parece bien, así avanzaremos más rápido en menos tiempo.

—Creo que es lo mejor. —Miró a sus espaldas—. Hoy le hacen la prueba de maltrato a Sonia. Todavía tenemos tiempo para confirmar la teoría de Juan, mientras, yo iré a hablar con la psiquiatra de las víctimas.

—Está bien. —Asintió—. Él no ha sido, tienes que creerme.

—Sole, puede que tengas razón, pero hay pruebas de lo contrario. Corrobora los hechos. Encaja las piezas. Si es inocente le estarás ayudando, aunque ahora no lo veas y pienses que le estás traicionando.

—Entiendo. Puede que tengas razón.

—¡Vamos! Manos a la obra. Tenemos mucho trabajo por hacer.

Capítulo 43

Soledad tenía la obligación como agente de la ley de detenerle. Era sospechoso de un asesinato. Pero no se veía capaz de hacerlo, por lo que fueron varios compañeros a su casa para trasladarlo a comisaría. Ella esperaría su llegada para el interrogatorio. Se sentía engañada por aquel hombre que en todo momento se mostró amable y dolido por lo que estaba ocurriendo. Según le contó, sentía que su mundo se desmoronaba. «No estaba equivocado». La agente extendió su mano para coger el expediente de Juan que Lisardo le había hecho llegar. Las fotografías acerca del cabello se encontraban en el primer lugar. Sacó el folio y se quedó pensativa. «Es una trampa». Estaba completamente segura de que el asesino le estaba incriminando. No podía creer que Juan tuviera una mente tan retorcida. Nadie miente tan bien, ni siquiera un psicópata. Pero la pregunta: ¿Cómo llegó el pelo de Juan a las escenas de los crímenes? No podía responderse. Se sujetaba la cabeza con el brazo que había colocado en la mesa con la mirada hacia la puerta. Esperaba la entrada del detenido. Supuso que no le traerían esposado, ya que se habría mostrado colaborador con la investigación. Sin embargo, al verse acusado de asesinato de varias víctimas, su actitud podría haber cambiado.

Apareció por la puerta con gesto compungido y buscando con los ojos la silueta de Soledad. «Ahí está». No estaba esposado. Soledad se levantó rápido y anduvo hacia él.

—Ahora hablamos. Hay que grabar el interrogatorio. Lo siento, de verdad. —Agachó la cabeza.

—¿Qué pasa? Estos agentes me han dicho que soy sospechoso de asesinato. —Alzó la voz.

—Sí, pero si no lo eres no tienes por qué preocuparte.

—¿Estás segura de eso? —preguntó con gesto de rencor—. Si eso fuera así no estaría aquí.

—Por favor, Juan, tienes que confiar en mí. Necesitas hablar conmigo primero. Por favor, llevadlo a la sala de interrogatorios —ordenó a sus compañeros.

—Pero…

—Confía en mí, te voy a ayudar.

—De acuerdo —respondió dubitativo.

Juan empezó a andar seguido por los agentes. Conocía dónde

estaba la sala, había estado varias veces mientras los ayudó con el asesinato de su hermano. Conocía las instalaciones. Había observado el camino donde se llevaban a los detenidos. La agente observó desde la distancia cómo arrastraba los pies, desesperanzado, por la planta de homicidios. «Sus gestos, su voz y sus andares reflejan la injusticia… O eso creo». Comenzó a dudar. Las pruebas eran contundentes y no podía menospreciar una prueba objetiva por una intuición. Cada vez estaba más confusa de lo que ocurría. Cogió el expediente de Juan y se dirigió a la sala. Tenía que aclarar lo que estaba ocurriendo. «Puede que sea una distracción para que dejemos de poner el foco de atención en el asesino real». La mirada de la agente se clavó en los botines rojos de camino a la sala. Creía que le daban suerte en los casos y no perdió la oportunidad de ponérselos ese día. Se tocó el colgante que tenía con las cenizas de su abuelo y entró. Dio un sonoro suspiro al girar el picaporte que la separaba del interior del cuarto. Al abrir, vio a Juan reteniendo las lágrimas en sus grandes y cansados ojos.

—¿Nos están grabando? —preguntó abrumado.

—Sí. —Agachó la cabeza.

—Yo no he sido. Tienes que creerme —suplicó.

—De acuerdo, pero tienes que ayudarme a demostrar lo que dices.

—¿Cómo?

—Responde a las preguntas.

—¿Qué preguntas? No sé por qué estoy aquí.

—Tranquilízate —dijo enseñándole una de las palmas de la mano.

Arrastró la silla provocando un ruido estridente a lo que siguió un gesto de molestia en los oídos, y se sentó. Colocó la carpeta en la mesa y sacó la fotografía del cabello. Juan observaba a la agente sin comprender lo que estaba ocurriendo.

—Esto —Señaló las fotos— son tus pelos en cada una de las capas y en la escena del suicidio de Mateo. Para la Policía es una prueba inequívoca de que estás implicado en los asesinatos.

—¿Qué?

—Responde, Juan —dijo pacientemente—. Es importante que colabores y nos ayudes a entender.

—¡Eso es imposible! Yo nunca podría haber matado a esos chicos, y menos aún a mi hermano. Estarás de broma. —Se colocó

nervioso en la silla.

—¿Seguro? ¿Y cómo lo explicas?

—¿Me estás acusando de haberlos ahogado y después trasladarlos?

—Yo no te acuso de nada, son las pruebas quienes lo hacen.

—Soledad, yo no he sido. Tengo una enfermedad en la espalda, no puedo coger peso y menos aún trasladar un cuerpo. Ni siquiera puedo encorvarme sin sentir dolor. —Se incorporó hacia delante colocando sus manos encima de la mesa—. Si no me crees puedes consultar mi expediente médico. Tienes mi consentimiento, por si lo necesitáis.

—De acuerdo. Si es así, explícame cómo está tu ADN por todas partes. ¡Está en las capas de las víctimas! ¿Quién ha podido querer inculparte?, ¡dime! —Alzó la voz sin darse cuenta.

—Mateo —respondió rotundo.

—Mateo se suicidó. ¿Por qué un enfermo mental te iba a querer incriminar? Además, ese chico se suicidó porque sabía que le querían matar —argumentó.

—¿Estáis seguros de eso? ¿Por qué iba yo a querer matar a mi hermano y a sus amigos de esa manera tan cruel y exhibicionista?

El rostro de Juan reflejaba odio hacia el cuerpo de Policía por hacerle pasar ese mal trago. La acusación de asesinato le estaba poniendo en tela de juicio.

—No lo sé. ¿Y por qué no? Eres tú el que tiene que decir la verdad.

—Te he dicho siempre la verdad. Yo no he sido. Tienes que creerme. Mateo es la única persona que ha estado en mi casa.

El teléfono de Soledad no dejaba de vibrar. Lo miró de reojo. Era Lisardo. «Será importante».

—Espera aquí. —Se levantó para contestar—. Voy a comprobar tu lesión de espalda. Ahora vengo.

Salió de la sala y cogió la llamada al cerrar la puerta.

—¿Qué pasa? Tengo a Juan en la sala. Insiste en que él no ha sido.

—Mira las fotos que te voy a mandar. Te vi tan convencida de su inocencia que he venido a la casa de Mateo a seguir con el registro. —Hizo una pausa—. Creo que tiene razón o, al menos, no lo ha hecho

solo. Mira las fotos. —Su voz trasmitía una gran angustia.

Colgó y observó las fotos ojiplática. «¡No puede ser!».

Capítulo 44

El caso del asesinato de las capas atormentaba a Alberto por las noches. La última revelación de las pruebas acerca de la posibilidad de que el asesino pudiera ser Juan le dejó inquieto. Tenía confianza ciega en la científica, sin embargo, a veces las pruebas objetivas no lo eran todo. Siempre había una explicación. En esta ocasión parecía una de ellas. No quería ni imaginarse que Juan hubiera estado fingiendo su dolor durante tanto tiempo. Un escalofrió recorrió su espina dorsal en la sala de espera del psiquiátrico. Había llamado con anterioridad para adelantar esa visita con la doctora, pero parecía ser que estaba ocupada con los enfermos y la Policía no era su prioridad. «No le importaba que antiguos pacientes estén muriendo asesinados y uno de ellos se haya suicidado». No pudo disimular su decepción ante la actitud altiva de la psiquiatra. Apareció una mujer por la puerta con la bata blanca y un gran aire de superioridad. Alberto se levantó y acrecentó su cojera para observar la reacción déspota de la médica.

—Hola, soy Soraya. Perdone no haber podido atenderle antes. —Extendió su mano a modo de saludo.

—Hola. Alberto, agente de homicidios —respondió con el mismo gesto—. Es urgente que hablemos, ¿podemos ir a su despacho? —dijo observando cómo Soraya no dejaba de mirar su pierna coja.

—Sígame. —Inició una marcha con ella a la cabeza—. No tiene pinta de agente de homicidios —dijo sin girarse.

—¿Porque estoy cojo?

—Exacto. No está capacitado para un trabajo que requiera esfuerzo físico —aclaró y abrió la puerta de su despacho—. Pase, por favor. —Se apoyó en la puerta para dejarle pasar—. Puede sentarse.

Alberto le enseñó las fotos de los asesinados y de Mateo.

—Eran pacientes suyos, ¿los recuerda?

—Claro, estuvieron aquí hace un tiempo. Cuando salió la noticia repasé los expedientes. Coincidieron y se conocieron aquí. Cada uno tenía sus problemas. —Hizo un silencio mientras adornaba su cara con una ligera sonrisa.

—¿Me puede ayudar a entender qué tenían en común y por qué alguien los querría asesinar?

—Lo siento. Cuando les di el alta se encontraban estables, pero ya sabe cómo es esto. Nunca se curan, por desgracia. Lo único que

podemos hacer es ir regulando la medicación en función de los brotes que vayan apareciendo. Poco más. —Se acomodó en el respaldo de su silla.

—Entiendo, pero lo único que tienen en común estos chicos es usted, así que supongo que algo más sabrá.

Soraya sonrió. Era una chica joven de alrededor de unos treinta y cinco años. «Demasiado prepotente para ser tan joven».

—Lo siento. Si pudiera ayudarles en algo, lo haría encantada, pero es imposible. Son mentes enfermas que no se curan nunca. Nosotros partimos de una realidad inventada por ellos mismos para poder entenderlos. Hacemos, sobre todo, seguimiento, pero a veces los perdemos. Son personas desconfiadas y mentirosas patológicas sin remedio. —Se encogió de hombros.

—Soraya, lo cierto es que no me está siendo de mucha ayuda, ¿puede ser más específica?

—No le puedo ayudar, esa es la realidad. Sus mentes cambian en cuestión de días o incluso segundos. En un momento piensan una cosa y al segundo otro. Un día te quieren y al siguiente te matarían. Como le he dicho, son mentes enfermas que una mente normal no puede entender porque no lo está.

—¿Cree que Mateo se suicidó?

—¿Y por qué no? Ellos entienden que la gente se quiere aprovechar de ellos o incluso hasta que los persiguen. En algún momento pueden pensar que su comportamiento es errático y que no paran de hacer daño a su alrededor. Los intentos autolíticos son más frecuentes de lo que la gente se piensa.

Alberto escuchaba a la psiquiatra sin parpadear. Le daba malas vibraciones. Le enseñó la foto con la frase que Mateo dejó al morir. Ella misma la había dicho hacía unos segundos. Agitó la cabeza a ambos lados y se resignó.

—Se lo acabo de decir, no podemos hacer más por ellos de lo que ellos nos dejan. Partimos de supuestos, pero no es suficiente para reinsertarlos de nuevo en una sociedad sana. No encajan. Es simple. El final para este tipo de personas es terminar en un centro con gente que les entienda y comprenda.

—Es bastante cruel lo que está diciendo —argumentó con cara de asco.

—¿Cruel? Usted no tiene ni idea de hasta dónde son capaces de llegar. No es cruel, es la realidad. Usted se relaciona con gente afín a

sus ideas, ellos deberían hacer lo mismo. Solo les puede entender gente que pasa por las mismas situaciones, otros enfermos. Creo que no me entiende. Los grupos de terapia que montan ellos mismos al salir de aquí son por recomendación mía. Mi único objetivo es que no se pierdan por el camino y no se desestabilicen.

—Entre ellos se apoyan y se entienden, ¿no?

—Sí, eso es. En los grupos de enfermos no temen que el compañero piense que está «loco» porque sus integrantes son enfermos mentales. Creo que es la mejor opción para que tengan a alguien cercano que le entienda y no le juzgue. No me malinterprete, pero le reitero que son mentes enfermas —dijo resignada—. Yo nunca podré entender completamente una mente así, pero alguien con el mismo problema, sí. ¿Lo comprende ahora?

—¿Sabe si pertenecían al mismo grupo de terapia? —preguntó sabiendo la respuesta.

—Lo siento, eso se escapa de mis competencias. —Se levantó de la silla—. No quiero ser descortés, pero tengo una consulta ahora.

—Entiendo. Una última pregunta. ¿Sabe quién puede conocer a los integrantes del grupo?

—No estoy segura, pero puede preguntar a las enfermeras. Sé que algunas de ellas se han involucrado bastante con los pacientes cuando les daban el alta.

—Muchas gracias por su tiempo. —Se levantó para salir de la sala.

—Si tienen cualquier otra pregunta, pueden llamarme sin problema. —Anduvo detrás de él para acompañarlo hasta la salida.

Alberto se giró al llegar al umbral de la puerta.

—Necesito que me responda a otra pregunta.

Soraya asintió con una sonrisa.

—¿Cree que se puede manipular a un enfermo mental?

—Claro que se puede, como a cualquier persona. No hace falta que sea un enfermo mental, solo hay que darles una motivación. Perdone la intromisión, pero ¿no cree que usted mismo ha sido manipulado por sus hijos para conseguir algo?, ¿o por su mujer?, por ejemplo. Ya me entiende.

—Entiendo. —Sonrió—. Creo que lo he comprendido a la perfección.

El agente abandonó el despacho. La paciente que esperaba la doctora estaba en la sala para ser atendida. Sintió auténtica pena al comprobar el estado de varios de los pacientes. Comprendió la poca esperanza que sentía la psiquiatra. No había cura, solo formas de aplacar el dolor que los atormentaba. Recordó a Sonia y todo el daño que había estado repartiendo entre la gente que la conocía, sobre todo para Eloy. Se dirigió hacia recepción. Esperaba que alguien le pudiera hablar de los grupos de terapia que los pacientes creaban a su salida. Las paredes blancas lucían brillantes y perfectas. No había nada que perturbara la paz mental de los pacientes. Por eso un tablón de corcho en aquellas paredes y decoración blanquecina, le llamó poderosamente la atención. Estaba repleto de fotografías del equipo del centro. Se detuvo analizando cada una de ellas. Debía existir una pista en ese centro. Era el lugar de conexión de los grupos de terapia. Se resistía a creer que saldría de allí sin nada. Los enfermos se conocían al ingresar. De manera posterior, formaban los grupos y sus futuras relaciones sociales con otros pacientes como ellos. Era la puerta para afrontar la vida de otra forma. Para intentar ser feliz. Tenía lógica pensar que la luz que necesitan para salir de la oscuridad en la investigación debía estar en ese centro.

Pasó sus dedos por las fotos. Había demasiadas. Unas estaban encima de otras. A golpe de vista no se podía ver la totalidad de quienes posaban, así que insistió en comprobar los rostros antes de darse por vencido. Una cara conocida hizo que diera un respingo en el sitio. Los ojos de Alberto se abrieron y se salieron de las órbitas. «Aquí estás». Sacó el móvil para hacer una foto y mandársela a su compañera. Aun así, necesitaba esa prueba. Miró hacia ambos lados para comprobar que nadie le observaba y la quitó del corcho para llevársela a comisaría. La guardaría como prueba.

Capítulo 45

El director de la científica decidió ir a echar una mano a sus compañeros en el registro de la casa de Mateo. La seguridad de Soledad en la inocencia de Juan le dejó pensativo, por lo que intentaría acelerar el registro.

«Ha sido un suicidio. Se ha cortado las venas». No dejaba de repetírselo.

Era un científico y, como tal, solo creía en las pruebas, pero su duda se acrecentó por la llamada de uno de sus compañeros.

«Es mejor que vengas», le dijo.

Lisardo se trasladó a la escena al terminar la reunión, no sin antes informarse del proceso de Eloy. Sonia se había inventado ciertas cosas. Las palabras que utilizó el forense fueron «demasiado fantástica», pero tenía una gran herida en la cabeza. Las pruebas demostraron que era de hacía varios días y no quedaba claro que se lo hubiera hecho el agente cogiéndola por la cabeza y dándole contra la encimera de la cocina. Sintió pena por la situación de su amigo, pero tenía que aguantar. Estaba convencido de que la verdad siempre salía a la luz. Si era cierto que ella se había golpeado sola se podría demostrar de alguna manera. Solo había que encontrarla.

Subió las escaleras despacio y sin hacer demasiado ruido. Los compañeros habían cerrado las puertas para que los curiosos no estuvieran intentando escudriñar información desde el umbral de esta. Los periodistas estaban acechando el portal desde el primer día. Habían informado de que era un suicidio, pero los involucrados en el caso eran escépticos, ya que las coincidencias no eran fruto de la casualidad.

Llamó a la puerta y un agente embutido en un mono blanco de plástico le abrió. Cerró cuando pasó Lisardo y le señaló dónde estaban los monos.

—Te estábamos esperando. Tienes ahí encima lo que hemos encontrado en el baño. Estaba metido en la cisterna. Cada vez son más originales —dijo impertérrito.

Cogió una bolsa de plástico transparente y la levantó para observarla mejor a la luz. «Aquí están los pelos».

—¿Habéis analizado el ADN?

—Sí, uno de los compañeros se llevó otro paquete igual. Son de

Juan. Los han analizado y llevan varios días fuera del poro, así que significa que los pusieron después de los asesinatos.

—Juan es inocente.

—Eso parece, pero no es todo. —Recorrió el salón y se agachó ante uno de los maletines. Lo abrió y sacó otra bolsa de plástico transparente—. Estaba pegado en la parte de atrás de la puerta de la entrada, por eso no lo vimos el primer día. Un despiste en el primer registro.

«Si no se accede, 30000 hombres harán astillas en dos horas el nuevo Palacio. De no hacerlo, arderá Madrid entero».

—Necesitamos que hablen con la historiadora. Les estaba ayudando con el caso. Aunque creo que dejó de hacerlo, pero no estoy seguro. Soledad debe saber que quieren incriminar a Juan. —Suspiró.

Hizo una foto con el móvil a los dos hallazgos del registro y se marchó a otra habitación para que no le escuchara ningún agente. No quería que hubiera filtraciones, aunque sabía que ya había habido alguna, porque los periodistas estaban en la puerta.

Todavía no habían registrado la habitación a fondo. El baño y las cocinas les solía llevar bastante tiempo. Las tuberías y los sanitarios a veces les traían sorpresas interesantes, como había sido en esta ocasión. Lisardo creía que el asesino era Mateo y que, al recapacitar sobre sus actos, se había suicidado. «Pero no tiene sentido».

Llamó a Soledad para que tuviera conocimiento de lo que habían encontrado y dejara a Juan libre. La prueba que le inculpaba se tambaleaba tras encontrar sus pelos en la bolsa de plástico. Informó a los agentes sin dejar de andar por la habitación. Colgó el teléfono y se quedó ensimismado en sus pensamientos y en la investigación. Sin Eloy tardarían más en encontrar lógica al caso. La experiencia y el apoyo que daba al departamento eran fundamentales. Su ausencia se notaba. Bajó la mirada y sus ojos chocaron con un cuaderno abierto. Acercó la vista, sorprendido. Lo último que había escrito Mateo se había quedado marcado en la hoja siguiente. «Apretaba al escribir». Lisardo buscó un lapicero lo más rápido que pudo por la habitación y pintó aquella hoja. Las letras de una carta aparecieron de la nada. «La confesión».

«No quería matarlos, pero ella me obligó. Me dijo que si no lo hacía moriríamos todos. Mi vida no importa nada, pero la de mis amigos, sí. Lo siento. Sacrifiqué unas mentes enfermas para salvar unas sanas».

—Pero ¡qué diablos significa esto! —murmuró entre dientes al

leerlo.

Capítulo 46

Alberto volvió a comisaría, donde le esperaba su compañera comprobando el historial de Juan. Era verdad, tenía una lesión en la espalda que le impedía coger peso. Esa información, junto al cabello encontrado, hicieron que le pusieran en libertad. Juan necesitaba descansar ante el estrés que estaba sufriendo y la acusación de asesinato. Se marchó sin mirar atrás dejando la culpabilidad de Soledad enfrente de su escritorio. Era su trabajo y las pruebas decían lo contrario. Intentaría aclarar las cosas con él cuando tuviera ocasión. No era el momento.

La noche había vuelto. Encendieron las luces en el interior del edificio. Soledad siguió con la mirada perdida en la pantalla. Le rugían las tripas. Se levantó para escoger comida de la máquina expendedora y mitigar aquel ruido que no la dejaba avanzar. Los nervios, el hambre y la falta de sueño eran demasiado fuertes. No podía descansar, pero sí podía comer. Abrió uno de los cajones de su escritorio y sacó un monedero fluorescente que le regaló su amiga en Navidad. Comprobó que tenía dinero suelto antes de hacer el viaje en balde. Sus pasos sin energía la arrastraron hasta la máquina. Escogió un sándwich sin mucho entusiasmo. Odiaba la comida precocinada, toda le sabía a plástico, pero se tendría que conformar para aplacar su hambre. Se encontró destemplada al agacharse para coger la comida. Notó cómo una ráfaga de aire entraba por la puerta del departamento. Era Alberto.

—Menos mal que ya estás aquí. —Le abrazó—. He tenido una mañana horrible.

—Vamos, ya estoy aquí y Eloy no tardará. Tenemos mucho que hacer y hablar —apremió correspondiendo con el abrazo. La quería como si fuera su hija.

—¿Eloy está bien?

—Bueno, todo lo bien que se puede estar. —Observó el departamento para comprobar si podían escucharlos desde su posición. Comenzó a cuchichear—. Debes tener cuidado con Sonia. No quiero entrar en detalles, pero ya han ocurrido varios incidentes y puede que nos espere hoy a la salida. —Suspiró—. Nunca os conté nada, pero hace tiempo intentó matarme. Me acuchilló a la salida de comisaría. Tiene celos de las personas cercanas a Eloy y, sintiéndolo mucho, tú eres una de esas personas.

Soledad frunció el ceño y movió el cuello hacia atrás con un

leve movimiento.

—¿Qué?

—Ya te he dicho todo lo que hizo. Toma. —Le dio la carpeta—. Aquí están las pruebas de que Sonia mató a Lucas. Ahora tenemos que ir a hablar con Eloy. No estoy seguro de que lo supiera. Quizá tuviera sospechas, pero nunca lo quiso corroborar, o al menos, a mí no me lo dijo.

—Eloy no es tonto. No tengo ninguna duda de que sí que lo sabía, pero no perdió la esperanza de que su mujer se curara. —Bajó la cabeza—. Se quiso agarrar a lo único que le quedaba en la vida: Sonia.

—Lo sé. —Inició el paso hasta la mesa de su compañera—. Ahora tenemos que solucionar el caso del asesino de las capas. Mira la foto.

—¡No puede ser! —Se detuvo en la mitad del pasillo—. Es Nina.

—Al final tus sospechas de tanta espontaneidad eran ciertas. Ella es quien está detrás de esto. Por eso nos ayudó desde el principio. Quería comprobar que sus instrucciones, como explicaba el propio Mateo, eran cumplidas.

—No estoy tan segura. El último día que dijo que no quería ayudarnos tenía miedo. Estaba asustada. —Se sentó en su silla y echó el cuerpo hacia adelante. Acortó distancia con Alberto, que se había sentado enfrente de ella—. Miraba a ambos lados y su casa… Bueno, estaba completamente a oscuras. Parecía que estuviera esperando a que fueran a por ella. No es la asesina. Creo que la están coaccionando —susurró.

—Pero en la foto está ella. —Alberto la sacudió—. Los demás están muertos. La otra chica es Soraya, la psiquiatra. Es un poco altiva, narcisista, prepotente y guapa. Muy guapa. —Sonrió—. Pero no ha sido ella.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Bueno, no sé. ¿Por qué teniendo esa profesión y ese estatus social iba a querer matar a enfermos?

—¿Cómo? ¿Qué has dicho?

—Ya me has oído —se quejó Alberto malhumorado.

—Creo que ha sido ella. Nina nos explicó la historia de las órdenes tanto la de Carlos III como la del Toisón de Oro. Entonces

llegamos a la conclusión de que tenía que ser alguien que había perdido clase social y por ese motivo estaba resentido. Bueno, en este caso, resentida.

—Por ese motivo, no es ella. Ya tiene clase social.

—Sabes que la mayoría de los asesinos disfrutan de su superioridad y por eso tienen puestos de trabajo prestigiosos. Les ayuda a cometer sus atrocidades. Incluso en la mayoría de los casos son médicos o enfermeras. —Levantó las cejas.

—Es ella. Ahora lo veo. En la reunión que tuve con ella menospreciaba a los enfermos. Dijo que eran incurables y que nosotros no los entendíamos, por eso debían estar juntos. La idea de la terapia de grupo al salir del centro era suya. —Se llevó las manos a la cabeza —. Pero ¿qué pruebas tenemos?

—Tenemos que demostrarlo.

—¿Cómo?

—Alguna manera habrá. No nos podemos quedar de brazos cruzados.

—Tienes razón.

—Hay que hablar con Nina. Urgente. —Se levantó de la silla y cogió el bolso—. Además, Mateo dejó una amenaza clara sobre la quema del Palacio Real.

—Nos hemos equivocado desde el principio. Cuando nos dieron la insignia de la orden nos dejaron una foto del cuadro de Carlos III vestido de gala. Ese cuadro está en el palacio —agregó Alberto sin reaccionar.

—Si es así, Nina está en peligro.

—¿Y Eloy?

—Le llamamos desde el coche. Corre.

Capítulo 47

Eloy fue puesto en libertad después de corroborar en el informe del forense que su mujer era una mentirosa compulsiva. Había dado multitud de versiones de los hechos durante la reunión. Era cierto que tenía una herida en la cabeza. Sin embargo, el forense determinó que la gravedad de esta no había sido provocada con gran fuerza, lo cual se suponía que podía haber sido una autolesión para que su marido fuera detenido. Eloy suspiró al ver a los agentes y salir de allí. Había sacado una cosa buena de su estancia en aquel lúgubre calabozo: tiempo para pensar y descansar.

Salió por la puerta y llamó a Alberto para que le pusiera al corriente de lo acontecido y las pruebas que habían ido encontrando. «No me da buena espina». Le gustaba poner las suposiciones en cuarentena e ir descartando. El caso tenía demasiados implicados y no podían tener un único sospechoso.

Su vida privada no estaba pasando por el mejor momento y debía solucionarlo a la mayor brevedad posible. No quería problemas legales que provocaran su expulsión del trabajo que tanto amaba y que con un gran esfuerzo había conseguido. Tuvo la idea de llamar al psiquiatra nuevo de Sonia, Manuel. Tenían una conversación pendiente y se había vuelto fundamental. Solo había hablado una vez con él, pero tuvo la corazonada de que tenía que contarle algo relevante. Después de la detención necesitaba una mano amiga para salir del embrollo al que Sonia le había hecho caer sin posibilidad de salvarse a corto plazo. Estaba convencido de que la venganza para ella solo había comenzado. Llamó a Manuel. Tardó varios tonos en responder.

—Hola, Manuel. Soy Eloy, el marido de Sonia, ¿se acuerda de mí?

—Hola. Sí, claro que me acuerdo. Llevo pensando en ti durante varios días. Me dijeron lo que te había pasado cuando recobré la consciencia —agregó con tono pausado.

—¿Consciencia? ¿Está usted bien? —Le extrañó el comentario del doctor.

—Sí, ahora sí. Tu mujer me ha acuchillado en la calle —soltó apresurado—. Tranquilo, ahora estoy bien, pero ha sido un susto. Necesito que hablemos. Es urgente y pienso que te puedo ayudar.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó con una de las manos en la cabeza—. Tenemos que hacer algo. Tiene que ayudarme. Es

peligrosa.

—Eloy, quiero que te tranquilices. Estás en una situación complicada, pero tiene solución. Todo tiene solución —repitió despacio—. La enfermedad de tu mujer está avanzada y no se puede frenar. Debes tener cuidado, ahora irá a por ti.

—Lo sé, pero no creo que me quiera matar. Solo quiere hacerme sufrir. Nunca había tomado la decisión de separarme porque tenía miedo de lo que me pudiera hacer, pero ahora ya me da igual. —Se sentó en uno de los bancos que había en la calle. Estaba inquieto al escuchar las palabras del psiquiatra.

—Ella no eligió cambiar de médico. La antigua psiquiatra tenía miedo de ella y por eso me la derivó. No sabía qué hacer. —Soltó un grito de dolor—. Perdona, me duele la herida.

—¿Cuál fue el motivo de que tuviera tanto miedo para no seguir tratándola? —preguntó con intriga y pavor ante la posible respuesta inminente.

—En las sesiones solo hablaba de cómo te mataría. Soñaba y tenía paranoias con tu asesinato. Deseaba hacerte daño. Tenía alucinaciones. Matarte era la única forma de ser feliz. Ten cuidado, no la subestimes. —Respiró profundamente—. Te quiere muerto y lo quiere hacer ella. Sueña con matarte desde hace meses.

—No tenía ni idea de que me odiara tanto. No comprendo el motivo de ese rencor, la verdad. Siempre he estado con ella. Nunca he dejado de intentar que se estabilizara, y más después de la muerte de nuestro hijo. —Sacudió la cabeza para ambos lados. Se colocó en el banco y dirigió su mirada al suelo.

—¿Muerte? —preguntó Manuel asombrado.

—Sí, nuestro hijo murió en la bañera. Se ahogó.

—Eloy, pensé que habrías hablado con Sonia de esto. No me gustaría ser quien te diera la noticia, pero no me queda más remedio —murmuró—. Fue ella quien mató a vuestro hijo. Pensé que lo sabías. No quería que nadie le robara tu atención. «Es mío y de nadie más» es lo que suele decir. ¿Sigues ahí?

Necesitó unos instantes para recuperar el aliento tras escuchar atentamente las palabras de Manuel. Siempre lo había intuido. No quería ver la realidad, era demasiado dura. Había llegado el momento. «Se lo debo a Lucas».

—Sí, perdona, Manuel. Sigo aquí —respondió pusilánime.

—Siento haber sido yo. Creo que deberías saberlo, siendo

policía. Debería estar en la cárcel o en un psiquiátrico. —Hizo una pausa—. Ahora entiendo por qué te quería matar, no quiere que nunca descubras la verdad.

—No lo sé, no puedo pensar con claridad.

—Irá a por ti. Tienes que detenerla —insistió—. Después volverá a por mí otra vez.

—Debería pedir una orden de alejamiento.

—¿En serio? —Soltó una carcajada sonora—. Sabes que si quiere matar lo hará igual. Es una enferma mental que tiene la impetuosa necesidad de ocultar sus acciones. No deberías dejar pasar los días, le darías más tiempo para planearlo.

—Tienes razón, pero antes tengo que cerrar el caso en el que estoy trabajando.

—De acuerdo. Esperaré la llamada con las buenas noticias. —La voz del psiquiatra cada vez sonaba más cansada debido a los calmantes y la falta de sueño.

—¿Le puedo hacer una pregunta?

—Claro.

—Es sobre el caso actual, el asesino de las capas.

—¿En qué te puedo ayudar? —preguntó extrañado y abrumado.

—Hay una psiquiatra en el centro donde se conocieron los enfermos mentales, y he pensado que, como usted es psiquiatra, a lo mejor la conoce.

—¿Cómo se llamaba la psiquiatra?

—Un momento. Mi compañero me ha mandado el nombre de la doctora. —Buscó el mensaje de Alberto en su móvil para verificar la identidad—. Soraya de Gregorio.

Se hizo un silencio en la conversación. A Manuel se le erizó la piel al escuchar el nombre de aquella mujer.

Capítulo 48

Soledad y Alberto llegaron lo más rápido posible. Nina estaba en peligro. Llamaron a la historiadora por teléfono en varias ocasiones, pero no respondió. Se temieron la peor de las escenas. Esperaban llegar a tiempo y poder evitar más muertes.

Aporrearon la puerta hasta que Nina abrió asustada. Sacó la cabeza por un hueco irrisorio.

—¿Qué queréis? —preguntó sobrecogida.

—Sabemos que estás en peligro. —Alberto le enseñó la foto que tenía de ella con los asesinados.

—Mateo se suicidó porque ella le obligó a hacerlo —dijo enfadada y temerosa.

—Déjanos entrar. —Soledad empujó la puerta.

—No podéis hacer nada. Tenéis que dejar que terminé su plan, solo entonces parará —explicó resignada de camino al sofá.

Los agentes se sentaron en las sillas mientras Nina se cubría de nuevo con la manta en el sofá. Había una caja de pañuelos en la mesa que se convirtieron en la prueba de que había estado llorando. Sus ojos rojos y los pañuelos esparcidos verificaban lo ocurrido hacía unos instantes.

—Sabemos lo que ha ocurrido. Es mejor que nos digas qué está pasando y cuál será su próximo paso —rogó Alberto.

—Lo siento, no puedo. Vosotros no podéis protegerme. Solo podemos hacerlo nosotras. —Un silencio se coló en el salón—. En realidad, fue Mateo el que nos salvó. Él mató a los demás para que nosotras pudiéramos estar aquí. Antes de comenzar con los asesinatos nos dijo que la vida de los enfermos ya estaba acabada antes de empezar a vivirla. No tenían importancia. No sumaban a la sociedad, solo restaban —explicó el argumento que Mateo utilizaba para justificar sus actos.

—¿De verdad piensas que os va a dejar vivas? —preguntó de manera retórica Soledad, poniendo los ojos en blanco.

Nina no respondió, se limitó a encogerse de hombros.

—¿Es Soraya?

—Sí. Es descendiente del Marqués de Esquilache, o eso dice ella. Creo que la enferma mental es ella. Cree que debería pertenecer a

la élite política y que por culpa de la sociedad le quitaron las insignias de las órdenes a su familia. —Nina cogió uno de los pañuelos y se secó las lágrimas—. Solo quedamos nosotras.

—Con «nosotras», ¿a quiénes te refieres? —preguntó.

—¿A ella? —Alberto señaló la otra mujer que aparecía en la foto al lado de Nina.

—Sí, se llama Gema. Al principio pensaba que era una broma, hasta que empezaron las muertes. Los chicos, Javier e Iván, nos contaron que Mateo les había advertido que debían morir. No les creímos. Cuando vimos las campanadas por la televisión supimos que su plan había empezado. —Se restregó los ojos humedecidos.

—¿Por qué escogió a Mateo?

—Supongo que era el más fuerte y el más frío. Mateo nos quería mucho. Gracias a nuestra ayuda comenzó una nueva vida. Se encontraba mejor, más estable. Las enfermedades tienes sus brotes, pero estaba mejor. Se sentía en deuda con nosotras… —Se secó una de las lágrimas que resbalaba por sus mejillas sonrosadas—. Supongo.

—Soraya solo quiere vengarse. ¿Tienes conocimiento del mensaje que dejó Mateo acerca del Palacio Real?

—Sí, por eso os quise avisar, para que la encontrarais. Os guie para que llegarais a ella. Me pidió que os ayudara para despistaros. Hice lo contrario. Pero me temo que el miedo no me dejó ayudaros más. Ahora sé que vendrá a por mí tarde o temprano. La he traicionado.

—¿Va a quemar el Palacio?

—Si no se le devuelven los títulos nobiliarios a su familia, sí.

—Está bien. Vamos a detenerla. —Soledad se levantó.

—Un momento —alzó la voz Nina—. Mi amiga trabaja allí. Tenéis que sacarla o ayudarla.

—No te preocupes. Detendremos a Soraya. No sabe que vamos. Será una detención silenciosa —aseguró Alberto rozando el picaporte de la puerta para iniciar el viaje.

El móvil de Alberto sonó. Eloy tenía que avisarles de lo que Manuel le había contado. Era Soraya.

—Tenéis que evacuar el psiquiátrico.

—Sabes que no podemos. Se escapará si lo hacemos.

—De acuerdo, pero necesitamos un aliado.

—Un momento, Gema está allí ahora mismo. Podemos llamarla para que mantenga la normalidad de la situación, pero que a la vez esté atenta por si se complica —propuso Alberto.

—Es buena idea —concluyó Eloy.

Trazaron un plan rápido y eficaz. Nadie debería resultar herido. Quedaron en el psiquiátrico. Gema les confirmó que se encontraba trabajando. Existía una aparente normalidad.

Los refuerzos rodearon el edificio para tener controlada la situación desde el principio. Los agentes se encontraban satisfechos. Habían encontrado al asesino y la motivación que le había llevado a actuar de aquella manera. Debían preparar la intervención en el centro. Había que darse prisa.

Capítulo 49

Los agentes entraron en el edificio rodeado con la protección y seguridad policial. En silencio, Gema esperaba su llegada. Se encontraba en la recepción. Disimulaba con cara de angustia por lo que ocurriría en breves momentos. Tenía miedo desde hacía muchos meses. Soraya había coaccionado a los miembros del grupo de terapia, incluidas las chicas que solo ayudaban a los enfermos a conseguir tener una vida dentro de la normalidad.

Sacaron las pistolas y fueron avanzando hacia la consulta de la psiquiatra. Alberto pegó la oreja en la puerta para hacer el gesto de confirmación a sus compañeros. Debían cubrirse unos a otros. Los acontecimientos habían demostrado que la doctora no se encontraba en su sano juicio. Desconocían si se encontraba armada. Levantó la mano y la bajó acto seguido para confirmar que entraban. No se escuchaba ni un solo ruido dentro de la consulta. El edificio se encontraba en una calma sorprendente. Fuera esperaban aviso para entrar a hacer la evacuación o intervenir cuando dieran la señal. Eloy giró el pomo y contempló horrorizado el interior.

—Pero ¿qué ha pasado aquí?

—¡Joder! ¡Está muerta! —exclamó Soledad asombrada detrás de Eloy con la finalidad de cubrirle las espaldas.

Eloy se agachó al lado del cuerpo para comprobar que no tenía pulso. Lo confirmó apesadumbrado, asintiendo con la cabeza. Soledad se acercó a su compañero con movimientos lentos para contemplar la escena del nuevo asesinato. «¿Quién ha sido?». Debían avisar a los agentes de refuerzo rápido. El asesinato de quien era el autor material de los crímenes cambiaba el rumbo de la investigación. Alberto asomó la cabeza y comprobó que Soraya yacía en el suelo con un tiro en la cabeza. Colocada en una de las solapas tenía las insignias de la orden de Carlos III y la del Toisón de oro.

—¿Habéis visto eso? —dijo Alberto señalando las insignias con el ceño fruncido.

—¿Qué significa esto?

—Si no ha sido ella, ¿quién ha sido?

La puerta se movió dando un golpe seco en la cabeza a Alberto que, debido al fuerte impacto, cayó al suelo. Soledad reaccionó al segundo de escuchar el ruido. El asombro fue mayúsculo al verificar la identidad de la persona que se había escondido detrás de la puerta de

la consulta. Las manos comenzaron a temblarle, un sudor frío recorrió su frente y un pinchazo se labró en su estómago. «Todo era mentira. Nos ha mentido desde el principio», pensaba sin dejar de lamentarse por lo estúpida que había sido.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó nerviosa.

—Ya ves. —Sonrió Juan—. Se me da bien mentir, ¿verdad? Te has tragado la historia de principio a fin. —Esbozó una sonrisa siniestra y arqueó una de las cejas.

—Suelta la pistola ahora mismo —ordenó Eloy sin dejar de apuntarle.

El rostro afable y colaborativo había cambiado a malvado y déspota. Su actitud se había vuelto altiva, prepotente e irritante. Continuó apuntándoles mientras su mirada de desprecio aumentaba con cada palabra.

—¿Mataste a tu hermano?

—Yo no he matado nadie. Ya sabéis que fue Mateo. Era un chico complaciente —respondió y comenzó a reírse—. Hizo lo que Soraya le dijo, nada más. No entiendo qué queréis saber. Ya tenéis toda la información, por eso estáis aquí. —Se encogió de hombros.

—Suelta la pistola y colócate contra la pared —ordenó Soledad sin dejar de apuntarle.

—Imposible.

Alberto seguía tendido en el suelo. El golpe le había aturdido. Se intentó incorporar lentamente con una de las manos tocando la parte donde inició el zumbido del golpe.

—¡Tú!, ¡quieto! —le increpó.

—¿Por qué has matado a Soraya?

—Estaba loca. La zumbada se pensaba que la iban a hacer marquesa. —Suspiró—. Estábamos juntos y le dije que la iba a ayudar con estos pobres locos. —Una sonora carcajada se instaló en el despacho de la víctima—. La conocí cuando venía a ver a mi hermano. Veréis, yo quería quitarme a mi hermano del medio. Era un estorbo para mí, solo me traía problemas con sus locuras y con continuas amenazas. Pasé de quererle a odiarle. Así que al conocerla y saber lo que quería hacer, planeamos cómo ganar los dos. Lo que pasa es que ella no conocía el final de la partida —aclaró con tono amenazador.

—Soraya pensaba que los enfermos mentales no tenían solución, así que decidió aprovecharlos, ¿no? —dijo Eloy para seguirle

la corriente.

—Exacto. Cómo se nota que te juntas con locas que te quieren arruinar la vida, ¿eh? —Juan le guiñó el ojo—. A mí también me gustan, por eso estaba con ella. Pero ya no me servía para nada, el plan había acabado. Las pruebas las colocó Mateo, como le ordené. Parecería una víctima y os daría más pena. Me acusaríais falsamente, luego os sentiríais mal y yo me haría el indignado. Funcionó.

—De acuerdo, danos el arma. Vamos. Esto no puede acabar de otra manera. —Extendió la mano para intentar convencerlo y que no se derramara más sangre.

—Sí, sí que puede. Ahora soy un hombre libre. Además, Soraya me ha donado el dinero de todas sus cuentas y su casa. —Levantó uno de los hombros—. Era una prueba de amor y ella se lo creyó —murmuró con una sonrisa perversa—. Mateo confesó y no tenéis prueba de nada en mi contra. El diario, las fotos y el móvil de Javier los quemé. Por cierto, la carta de mi hermano la escribí yo. Por eso tenía la misma letra que los mensajes de la calle Atocha. Soraya amenazó a Nina y Gema para que estuvieran calladitas. Hasta les mandó una pistola para que os mataran, pero eso no funcionó. Por eso tenían tanto miedo.

Juan se agachó y cogió a Soledad por el pelo. Tenía la clara intención de utilizarla para salir de allí. Se colocó detrás de ella para evitar los disparos. Tendrían dudas al intentar dispararle con ella de escudo humano. Sus compañeros se preocuparían por su integridad si fallaban el tiro para reducirlo. Era el mejor rehén que podía tener.

—No disparéis. Voy a salir de aquí sin hacer mucho ruido. Vosotros no daréis ningún aviso ni nada parecido. Si lo hacéis, la mato, ¿entendido? —Inició el paso para salir de allí sin darles la espalda.

Los agentes se miraron y contemplaron la escena de huida. Tendrían que confiar en los refuerzos que protegían el edificio.

Al cruzar el umbral de la consulta, Juan se desvaneció dejando caer el arma al suelo y soltando a Soledad. Rápidamente, ella cogió la pistola. Observó la caída y escuchó el instante anterior al ruido de la bala que atravesó la cabeza de Juan. Los agentes salieron rápido del despacho para comprobar la identidad del autor del crimen: Gema.

Todavía se encontraba en la misma posición. Estaba en estado de shock. Soraya había guardado la pistola en uno de los armarios del almacén. Solo ella conocía el escondite.

—¿Qué has hecho? Lo has matado —dijo Alberto moviendo una

de las manos.

—Vete, diremos que hemos sido nosotros con lo que ha pasado. La situación nos desbordó al coger a Soledad de rehén —propuso Eloy que agitaba las manos para que se fuera de ahí.

Gema asintió con la cabeza sin dejar de llorar. Todavía tenía la pistola en la mano. Soledad se acercó y se la quitó despacio.

—Corre —le susurró acercándose a su oído.

Gema salió de su letargo para reaccionar a las palabras de Soledad. La miró fijamente y soltó la pistola que se deslizó por sus dedos. Se secó una lágrima que corría por una de sus mejillas.

—No podía vivir. Nos hubiera terminado buscando para matarnos. —Tragó saliva y el sonido retumbó en la sala vacía.

—Tienes razón. Por eso tienes que irte de aquí ahora mismo. —La empujó levemente para que saliera de allí.

—Estamos rodeados. No tiene sentido. —Colocó sus manos en los ojos para seguir llorando.

—No, ahora no. —Le apartó las manos—. Escóndete en el baño, así no te verán salir. Nadie sabrá lo que ha pasado. No digas nada. Nosotros te cubriremos. —Le acarició el brazo—. Tienes que esconderte. Van a venir tras escuchar el disparo —apuró con prisas.

Gema corrió ante la mirada de los policías, que observaron hasta comprobar que desaparecía por el pasillo del psiquiátrico. Los agentes entraron con chalecos y armas en alto para verificar el disparo que se escuchó desde fuera. El *walkie* no había dejado de sonar desde el ruido del arma de fuego. Los gritos de «¡Policía!» no dejaban de oírse, al igual que el ruido de las puertas y la gente corriendo despavorida de un sitio a otro. Comenzaron las comprobaciones para conocer el estado de los presentes en el edificio. Se podría calificar como una intervención limpia y con éxito. No se había producido ninguna muerte civil.

El caso estaba cerrado. Ahora habría que hacer el papeleo y realizar una versión conjunta para tapar el asesinato que Gema había cometido.

—Sé lo que tenemos que hacer —susurró.

Asintieron. Sabían muy bien a lo que se refería su compañero.

«No siempre nos gusta lo que tenemos que hacer, pero es lo correcto».

Ninguno de los asesinos estaría en la calle. Madrid volvería a

ser una ciudad segura.

Capítulo 50

Los agentes de homicidios rebosaban felicidad ante el resultado del caso de el asesino de las capas. Cuando entraron por la puerta del departamento sus compañeros comenzaron a vitorear, silbar y a dar palmas celebrando la resolución del caso. Sonrieron, saludaron y se dieron golpecitos en la espalda sin cesar. Martín apareció pasados unos minutos con el labio ligeramente elevado a la izquierda. Su sonrisa conquistadora traía malas noticias disfrazadas con su rostro amable, y acompañadas con buenas palabras y pausas sutilmente pensadas para atraer al oyente. Eloy sintió una puñalada en la espalda cuando lo vio aparecer con una Sonsoles sonriente.

—¡No me lo puedo creer! Viene con la periodista —anunció Soledad en un murmullo.

—Esto no huele nada bien. ¿Crees que será referente a lo tuyo? —preguntó Alberto, que le daba pequeños golpes con la mano.

—Por supuesto que es de lo mío. No pasa nada —intentó apaciguar a sus amigos—. Hay cosas en la vida por las que hay que pasar. Esta es una de ellas. Esperemos a que venga y dé comienzo su maquiavélico plan.

—¿Cuál es ese? —preguntó Alberto sorprendido por sus palabras.

—Me quiere fuera de aquí. No quiere escándalos en el cuerpo. No va a dar la cara por nadie, y menos por mí. Viene con Sonsoles con la clara intención de amenazarme para que desaparezca. —Su voz sonaba triste pero serena.

Eloy dejó el vaso que cogió al entrar para la celebración. Alberto le miraba nervioso, cambiando de la pierna buena a la mala continuamente.

—No vayas, espera. —Le agarró Soledad por el brazo.

—Puede que no sea lo que te imaginas. —Se rascó la mejilla, cediendo los nervios ante la tensa situación.

—Está bien. Ya viene —proclamó Eloy apretando los puños.

Martín se había vuelto una sonrisa andante con la vocación de conseguir su principal objetivo: ascender en la escala social a través de su puesto de trabajo y salario.

—Hola, Eloy. Me alegro mucho de que hayáis resuelto el caso. Esta es Sonsoles, creo que ya la conoces, ¿no?

—Sí, ya nos conocemos. Además —Giró la cabeza hacia la mujer—, no nos caemos bien.

Sonsoles torció el gesto confirmando las palabras del inspector.

—Bueno, he venido a informarte de que, debido a lo que está pasando en tu vida privada, es mejor que yo dé la rueda de prensa. Le daré la exclusiva a ella —Señaló—, así todos ganamos. —Afirmó con la cabeza.

—De acuerdo. Espero que no te traiga problemas y que te den el ascenso que quieres.

—¡Genial! Me alegro de que estemos todos de acuerdo. —Martín estaba alegre y satisfecho. Le dedicó una mirada repleta de soberbia.

Con la confirmación por parte del agente y una sensación de conquista, comenzó a andar alejándose del campo de visión.

—Conozco a esa chica, se la terminará liando y poniéndolo en evidencia. Quizá no sea hoy ni mañana, pero ocurrirá —adivinó Eloy.

—¡Un momento! Lo haces por otra cosa. —Alberto sonrió sin dejar de asentir.

Soledad frunció el ceño. Miró a sus compañeros, que no dejaban de sonreír. Pasaron unos instantes hasta que entendió el plan oculto del inspector.

—Ahora sí, ¡ya lo he entendido! Le vas a dejar hacer la exclusiva en la prensa para que quede involucrado en el caso. Así no podrá remover nuestra versión y Gema quedará impune —susurró sin soltarle el brazo.

Las carcajadas invadieron el departamento, que se había convertido en una sala de fiesta improvisada. Alberto le dio una palmada en la espalda. Sintió que no podía esperar más para hablar con él. Tenía la necesidad de decirle la verdad de Sonia y mostrarle lo que ocurrió en el pasado con su hijo.

—Tenemos que hablar.

—Sé que fue ella. No me tienes que dar explicaciones —confirmó al peinarse el pelo hacia atrás con la punta de los dedos.

—Lo sé, pero quiero que veas algo que lo ratifica. No son palabras, son pruebas del asesinato. —La voz sonó compungida. Tragó saliva ante la mirada del inspector.

Asintió con los ojos cerrados. «El pasado siempre vuelve».

—De acuerdo.

Capítulo 51

Después de la charla con Alberto en la comisaría, recordó lo vivido en aquel momento de su vida que quería olvidar. Siempre supo la verdad y lo que había ocurrido en su casa, pero nunca quiso reconocerlo. Tomó la decisión de olvidar. Después de la muerte de su hijo solo le quedaba Sonia. Pensó que quizá podría ayudarla. Arreglar lo que estaba estropeado en su cabeza. Era lo único que le mantenía las ganas de seguir vivo. Pero se equivocó. Su mente perturbada no tenía arreglo. Nunca lo tuvo.

Había pruebas más que suficientes. Alberto se había encargado de hacer una labor de investigación exquisita. No dejaba a la imaginación ninguna situación. Cada uno de los movimientos y sucesos estaba documentado. Era el momento de hacer justicia y de que Sonia pagara por lo que había hecho. Pero primero debía hablar con ella, dejarle claro que la quería fuera de su vida. No quería volverla a ver ni tener nada que hablar con ella. Se lo haría saber para acabar de una vez con el desastre que era su vida. Necesitaba vivir tranquilo y con su conciencia limpia por los hechos tan crueles que habían acontecido.

Conducía de camino a casa. El hogar en el que ya no volvería a vivir y en el que Sonia se había atrincherado como si fuera de su propiedad. «Da igual, solo es una casa. Que se la quede, si con ello consigo no volverla a ver». A falta de una calle para llegar a la puerta de su casa tuvo que detener el vehículo para tranquilizarse. Su corazón iba demasiado deprisa para tener una conversación pacífica. Respiró despacio para intentar serenarse antes de ver a la persona que le había arruinado la vida. Se quedó sentado con la ventanilla bajada y mirando la calle. Su mirada se detuvo en uno de sus vecinos que paseaba al perro junto a su hijo. El niño tendría la edad que ahora tendría Lucas. Su mente se imaginó que podría ser él en un mundo paralelo en el que su pequeño no hubiera sido asesinado por su madre. Una lágrima descendió desde sus ojos. Se frotó los ojos en un movimiento inconsciente para, acto seguido, continuar con el llanto silencioso que le desquebrajaba el corazón en más pedazos.

Decidió acabar con la situación de una vez. Tendría una conversación breve que concluiría con la promesa de que cada uno debía hacer su vida. Simplemente. No le estaba pidiendo nada que requiriera un esfuerzo. Sonia era una persona tóxica y necesitaba tenerla lo más lejos posible. Apretó violentamente el volante antes de tomar el aire necesario para abandonar el coche. Al salir comprobó que la luz de su casa estaba encendida. Anduvo los pocos metros que

le quedaban para llegar a la puerta, intentando encontrar las palabras adecuadas para que la mente atormentada de su mujer lo entendiera de la manera correcta.

Llamó. Sonia abrió de par en par con media sonrisa en su rostro. No dijo nada. Esperó a que entrara. Fueron en silencio hasta la cocina donde se estaba preparando una infusión. Su rostro reflejaba una mente desquiciada y perversa. El corazón de Eloy notó las intenciones crueles que se escondían tras sus movimientos comedidos.

—Tienes que parar. No quiero que nos llevemos mal. Tú por tu lado, y yo por el mío. Ya está.

—Si eso fuera así, no os habríais tomado la molestia de querer meterme en la cárcel por un asesinato.

—Tienes que pagar por lo que hiciste.

—Yo no hice nada, fuiste tú. Ese niño solo nos quitaba tiempo de sueño y de estar juntos. Era necesario hacerlo y lo sabías. —Se acercó con la mirada perdida.

—Sonia, por favor, ya está. Solo he venido a decírtelo en persona. Ahora me voy.

—No deberías irte. ¿Quién me va a cuidar? Es tu obligación y debes hacerlo. —Le agarró la mano—. No te vas a ningún lado. —Le amenazó. Su voz era grave y el tono amenazador.

—Yo no puedo cuidarte. —Le quitó la mano—. Tienes que ir a un centro, no estás estable. —Dio un paso hacia atrás al ver cómo se acercaba hacia la encimera de la cocina.

—No. —Su cabeza se hundió en el cuello y su boca se giró ligeramente hacia la izquierda mientas su mirada cedía a la oscuridad de su mente.

Cogió uno de los cuchillos que estaban en la encimera y se abalanzó sobre él. Se lo clavó en el estómago. El agente apretó sus manos sobre la herida, de la que brotaba sangre demasiado deprisa. «Me voy a desangrar». Sonia le tenía presionado con los brazos sobre su torso. Eloy tuvo que hacer acopio de sus fuerzas para empujarla y quitársela de encima. Sonia cayó de espaldas y el cuchillo se cayó al suelo, lejos de su alcance. El agente sacó la pistola que tenía en la parte de atrás del pantalón y disparó. Un solo disparo en la cabeza hizo que se desplomara repentinamente.

Un fuerte golpe sonó en la puerta. Otro más y la puerta se abrió. Tania, Gael y Alonso aparecieron con las armas en alto hasta llegar a Eloy.

—¡Joder, estás sangrando! —exclamó Alonso sorprendido. Dio al botón del *walkie* para avisar de lo ocurrido a la central.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —preguntó Eloy con una gran sudoración fría y sin dejar de apretar la herida, que no paraba de sangrar.

—Tu mujer llamó para decir que te iba a matar, hemos venido lo antes posible. La ambulancia no tardará —animó Tania.

—No pasa nada. Ya ha terminado todo. Por fin —dijo con una sonrisa que se iba desvaneciendo hasta que se desmayó entre los brazos de Tania.

Gael insistió en llamar de nuevo para acelerar la llegada de la ambulancia. Salió por la puerta esperando verla y que pudieran salvar a su compañero. Los nervios estaban a flor de piel. Tania no lo soltó ni un momento. Sus ojos no podían contener la emoción de ver cómo se desvanecía delante de ella sin poder hacer nada. La impotencia aumentó al comprobar que un gran charco de sangre se había formado alrededor de su cuerpo.

«¡No puede ser! ¡No puede morir así!».

Capítulo 52

Eloy abrió los ojos en el hospital. Después de lo que había ocurrido en los últimos días de su vida, la decisión que tenía que haber tomado hace tiempo no dejó de hacer visitas a su atormentada y asustada mente. Había llegado el momento en el que necesitaba cambiar drásticamente su estilo de vida. No era una decisión que hubiera tomado de la noche a la mañana, sino que con los sucesos acontecidos se encontraba con la fuerza suficiente para hacerlo. Necesitaba tener tiempo para él mismo y, sobre todo, para pensar sin tener que escuchar a nadie de su alrededor diciéndole lo que estaba mal o bien. «Vivir mi vida», era la frase que se repetía una y otra vez. Eloy era una persona sugestionable respecto a los demás. Era honorable con sus amigos e incluso con sus enemigos. No le gustaba hacer daño a nadie a pesar de hacérselo a sí mismo. Ahora Sonia no estaba, lo que suponía la gran liberación del yugo que le presionaba el pecho y no le dejaba respirar. Estaba solo. No tendría que dar explicaciones ni sentirse culpable por lo que hacía o decía. Dio un largo y profundo suspiro al ver caras conocidas a su alrededor. Soledad se encontraba dormida agarrándole la mano y Alberto enfrascado en las páginas de un libro. No dijo nada. Sonrió al verlos. La presencia de sus compañeros le complació gratamente. Se sentía querido y arropado por ellos. El recuerdo de Sonia le vino a la mente produciéndole un pinchazo de dolor en el interior del corazón. Incluso su recuerdo le provocaba repulsión. Por unos segundos se quedó absorto en la idea de su matrimonio y su mujer. Jamás odiaría tanto a una persona. Le había arruinado la vida. Sin embargo, parte de Eloy sabía que él lo permitió en gran medida.

Alberto giró la cabeza y una amplia sonrisa le acaparó el rostro. Dejó el libro en la mesa que se encontraba al lado y se acercó con celeridad hacia él.

—¡Que alegría!, ¡ya estás despierto! —Se abrazaron. Los ojos desprendían un brillo especial y una gran tranquilidad. La incertidumbre por el despertar de su amigo le perturbaba de manera incesante.

—¡Parece que casi me mata! —Apreció al levantar la sábana blanca y fijar sus ojos en la venda que cubría la cuchillada que le había regalado.

Soledad abrió los ojos incrédula al oír su voz. Se frotó los ojos para desperezarse y con un respingo saltó con cuidado y suavidad sobre él. Le abrazó rodeándole con los dos brazos y esbozó una gran

sonrisa de felicidad. El carácter pizpireta de la agente había vuelto. Recuperó la alegría que en su fuero interno se había embriagado de tristeza con la gélida e inhóspita situación del inspector.

—¡Menos mal! Pensábamos que no ibas a salir de esta. Perdiste mucha sangre. Ya le puedes dar las gracias a Tania.

—Sí, lo sé. Lo recuerdo. —Asintió memorizando los minutos del fatídico día—. Es lo primero que voy a hacer. Dadme el móvil, por favor.

—No lo necesitas. No se ha apartado de ti ni un solo momento. Ha bajado a comprar un café, pero no tardará en subir —resolvió la duda Alberto, que se había colocado al pie de la cama.

Soledad le cogió la cara con las dos manos asegurándose de que era realidad lo que estaba ocurriendo. Había estado llorando en diversas ocasiones cuando se encontraba sola. Quería a Eloy como si fuera un padre y no se merecía lo que le había pasado. Era una buena persona y uno de los mejores policías que conocía.

Tania entró por la puerta con un vaso de plástico en la mano a los pocos minutos de que Alberto la hubiera nombrado. El equipo se giró para comprobar quién era la visita sin abandonar la alegría de sus rostros. Tania se quedó petrificada al comprobar que estaba despierto. Parpadeó varias veces con la mano todavía en el picaporte de la puerta. Cruzó la mirada con el inspector, que bajó la cabeza como símbolo de un profundo agradecimiento. La agente tragó saliva, había sufrido mucho al pensar que habían tardado demasiado en llegar. Por suerte no fue así. Tania había sido una persona crucial para salvarle la vida. Depositó la bebida en la mesa con un movimiento rápido y eficaz para tardar lo menos posible en darle un reparador abrazo.

—¡Cuidado, cuidado, que esto duele! —se quejó por el apretón que le dio al hacer presión sobre la herida.

—Lo siento —se disculpó avergonzada mientras se apartaba—. ¡Ha sido la emoción del momento!

—Gracias. Sin vosotros no estaría vivo —dijo sin apartar la mirada.

—Cogí la llamada de tu mujer ese día. Dijo que te iba a matar, que había visto tu coche y era su momento —dijo cabizbaja—. Fue entonces cuando avisé a los chicos. Gael y Alonso estaban de patrulla y habían hecho una parada en comisaría. Nos fuimos corriendo hasta tu casa. ¡Menos mal que lo hicimos!

—Gracias —dijo con voz cálida y repleta de un agradecimiento profundo—. Esto me ha hecho ver la vida de otra manera.

Gael y Alonso entraron por la puerta. Se quedaron asombrados al contemplarle con los ojos abiertos y radiantes de felicidad en la sombría cama del hospital. Se acercaron inmediatamente para darle un abrazo. Recordaron el momento en el que le encontraron. No habían dejado de hablar de ello desde que ocurrió. Esperaban que la rápida reacción hubiera valido la pena. Le tenían en alta estima y sabían que había estado sufriendo en silencio durante más años de lo que una persona normal puede aguantar.

—¡Me alegro de que estés bien! —dijo Alonso sentándose en la cama junto a Eloy.

—Sí, yo también. Menos mal, por un pelo no lo cuentas. —Sonrió Gael.

—Cierto. Ahora que estáis todos, tengo que daros una noticia. Llevaba tiempo dándole vueltas y creo que ha llegado el momento —dijo observando los ojos clavados en él.

—Bueno, tranquilo, tenemos tiempo para hablar. Te acabas de despertar y casi no lo cuentas —se adelantó Alberto, que suponía cual era la triste noticia.

—Por eso mismo no lo quiero posponer más. Este es el momento idóneo. —La voz le temblaba y sonaba áspera y triste—. Llevaba tiempo pensándolo y, después de lo ocurrido, estoy más seguro todavía. He recapacitado sobre mi vida y estoy en un punto de inflexión. —Tragó saliva antes de continuar. Sus ojos se humedecieron inconscientemente—. Me voy del cuerpo de Policía. Pediré una excedencia de unos años. Después decidiré si vuelvo o no —dijo feliz y triste a la vez—. Ahora estoy seguro de que es la decisión correcta. Me iré al pueblo, donde no os pueda volver a ver. —Sonrió soltando una sonora carcajada—. De esos en los que no hay cobertura. —Bromeó con una vigorosa sonrisa.

—Está bien. Pero llamarás, aunque sea de vez en cuando, ¿no?

—Bueno, eso ya lo iremos viendo —respondió seguro de su decisión.

—Prométeme que tendrás cuidado —dijo Soledad preocupada y resignada.

—¡Prometido!

El resto de los agentes asintieron apesadumbrados. Sabían que su felicidad era lo primero. Después de lo que había vivido y de estar al borde de la muerte, una temporada lejos de la sociedad no le vendría mal. Era la cura que necesitaba para recuperarse de las heridas que Sonia le había dejado por fuera pero también por dentro.

—Ah, por cierto —recordó alegre—, voy a ir a una protectora de animales para escoger al que será mi nuevo compañero de vida. ¿Alguien quiere venir conmigo?

—Iremos todos a ver al nuevo miembro de la familia —respondió Alberto, agitando la cabeza como símbolo de su conformidad.

—Claro, iremos juntos a darle la bienvenida. —Tania le guiñó el ojo.

—Supongo que esto es un «hasta luego», ¿no? —dijo Alberto reteniendo las lágrimas con un gran esfuerzo.

—Sí, pero no es un «adiós». —Miró a su amigo fijamente con una sonrisa complaciente y dándole una palmada cariñosa en la espalda.

No dijo nada, solo asintió con una pena tan grande que le produjo un pinchazo doloroso en el corazón. Lo entendía, pero aun así no dejaba de dolerle. Se aproximó hasta él sin levantarse de la cama y le dio un abrazo de despedida. El resto de los policías imitaron el gesto. El gran equipo que se había formado de manera casual había creado un gran vínculo que se fundamentaba en la lealtad y ahora la piedra angular que los unía se marchaba.

Los ojos se tornaron en húmedos y rojos mientras el abrazo grupal continuó por unos intensos y reparadores segundos para asimilar el «hasta luego» del inspector.

Para los escritores es importante tener reseñas de lectores. Si puedes poner tu opinión en Amazon sobre el libro te lo agradecería mucho.

Puedes contactar conmigo:

Instagram: veronica_caballero_sanchez

Twitter: @VernicaEscrito1

Facebook: Verónica Escritora

Otras de mis novelas publicadas:

«Serie *El enigma*»

El enigma masón

https://www.amazon.es/dp/B09SGHHGWX

Un psicópata dentro de mí

https://www.amazon.es/dp/B08L7YMZPS

El enigma de Toledo: La cueva de Hércules

https://www.amazon.es/dp/B0BN1X5W92

«Serie *Imposible de perdonar*»

–Lo pagaréis
https://www.amazon.es/dp/B08YK2282L

—El principio de la venganza
https://www.amazon.es/dp/B0C2Q3PJ2V

Muchas gracias por leer una de mis novelas.

Un abrazo enorme.